



P. JUAN ANTONIO VIVES AGUILELLA

Aventura misionera en

China

HERMANAS TERCIARIAS CAPUCHINAS DE LA SAGRADA FAMILIA

 $(1929 \sim 1949)$





© Juan Antonio Vives Aguilella.

Portada original del pintor José Vicente Cascales Mascarell

Edita: Surgam Editorial ISBN: 978-84-946433-4-7 Impresión: Martín Gràfic

C/ Pintor Jover, 1 46013 VALENCIA

ÍNDICE

Presentación	. 11
Prólogo	. 15
CAPÍTULO 1.	
SE PREPARA LA AVENTURA	. 19
Muchos años antes	. 21
El Vicariato del Kansú se divide	. 22
Por fin, Pingliang, Prefectura Apostólica	. 23
A China, si Dios así lo quiere	. 26
Una odisea de casi seis meses	. 29
CAPÍTULO 2.	
AÑOS DE INTENSA ILUSIÓN (1929-1935)	. 43
Pingliang, el primer amor	. 49
· Adaptación y dificultades del día a día	. 52
· La Misión progresa	
Llegan los refuerzos	. 60
Con Sifengchen, se cumple el plan inicial	. 65
Se multiplican los sobresaltos	
· Sanshelipú. Hospital de Sangre	. 71
El grupo de once se reduce a ocho	. 74
Su Padre Fundador no las olvidó	. 75
Plan General Misionero	. 77

CAPÍTULO 3.

AL RITMO DE LA GRAN MARCHA (1935-1945	5) 81
Pingliang. Un adiós inesperado	. 86
Sifengchen sigue su marcha	. 93
Paishui La Misión a la que otras renunciaron	. 94
· A Pingliang, de visita	. 97
Su fortaleza, el Señor	. 100
Otras dos se quedan en China para siempre	. 101
CAPÍTULO 4.	
LAS FUERZAS SE REPLIEGAN (1945-1948)	. 105
De Paishui a Kingchow	. 107
Vuelta a la primera casa	. 108
Refugiadas en Mongolia	. 109
De nuevo en Pingliang	. 113
Dos regresan a España	. 114
Sifengchen, el último bastión	. 115
CAPÍTULO 5.	
REALIDADES Y SUEÑOS	. 119
En defensa de la mujer	. 121
El sueño que no pudo ser	. 123
Florecillas misioneras	. 126
· Peripecias, cruzando ríos	. 127
· El agua milagrosa	128

· Otros milagros de la fe	129
· Un bautismo de deseo	131
· Criando una sietemesina	131
· De novia a novicia	132
· Con la hermana de Mao	132
· Tragedia familiar	133
· En un sitio muy raro	134
· El misterio de las tocas	134
· Casas que se caen	135
· Compartiendo comida con un muerto	135
· Al borde de una repatriación forzosa	136
· Testimonio de amor	136
· Amansando una fierecilla	137
· Las alegrías de Navidad y Pascua	138
· Aventuras de Liberata	138
· Un bautizo que se hizo famoso	139
CAPÍTULO 6.	
ENTONANDO UN "HASTA LUEGO"	141
Salida definitiva de China	145
Estancia en Roma	147
A España, pasando por Lourdes	
EPÍLOGO	
SE PREPARA EL RETORNO	153
Álbum fotográfico	161

Presentación

Dios es sorprendente y hace de la historia congregacional el lugar teológico de su manifestación en los acontecimientos que van sucediendo en lo cotidiano.

La Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, fundada en 1885 por el fraile capuchino Luis Amigó y Ferrer, empieza, desde entonces, a escribir una historia fecunda, porque es historia de fe, de sacrificios, de esfuerzo, de entrega, de martirio, de cruz y de esperanza. Cada hecho se compila en los anales históricos para preservar la "memoria congregacional", herencia carismática, que nos identifica como Terciarias Capuchinas en la Iglesia y se va trasmitiendo a las nuevas generaciones en forma oral, escrita y testimonial.

Acogiendo la invitación del Papa Francisco en el año de la Vida Consagrada, "Mirar el pasado con gratitud, vivir el presente con pasión y abrazar el futuro con esperanza", este nuevo escrito histórico es un homenaje de gratitud a nuestro Padre Fundador por su fe coherente y su capacidad de riesgo misionero y a la vocación misionera de nuestras hermanas enviadas a China.

Homenaje de gratitud a quien, sin emprender el viaje a tierras de misión, mantuvo el sueño de entrar en China, tierra misteriosa y desconocida, de cultura milenaria y fascinante, donde el sol naciente quema como quema el corazón al contacto con el Evangelio. Homenaje a las Hermanas de la primera expedición (1929): Guadalupe de Meliana, María Pilar de Altura, Catalina de Sesma, Pacífica de Anna, Leontina de Pamplona y Amelia de Oroz-Betelu, tres valencianas y tres navarras y a las hermanas que se unieron a ellas (1932), Agustina de Sesma, Milagro de Ororbia, Liberata de Azcona, Marina de Iturmendi e Imelda de Yelz, todas ellas navarras, mujeres que vivieron el presente con

pasión, valientes, arriesgadas, dispuestas a recorrer los caminos polvorientos y ensangrentados de la Misión de Pingliang, desde donde se abrieron también otras presencias, para llevar el bálsamo de la compasión, de la misericordia y la esperanza y dejar en las hermanas de la Congregación, una huella de su espíritu misionero, que por siempre empujará a todas a dar respuesta a las necesidades de los hombres y mujeres de frontera, allí donde "clama la vida".

Queremos recordar, a través de estas páginas, la aventura martirial, en lo cotidiano, de este grupo de Hermanas y en ellas descubrir el rostro de Dios en nuestra historia congregacional; queremos escuchar la invitación que nos hacen a volver la mirada a China y dejarnos cautivar por la urgencia de anunciar el Evangelio e inculturarnos en este país de Oriente donde ellas dejaron su juventud y algunas también sus cenizas; ellas son hoy llamada vocacional para las jóvenes chinas que comienzan a vivir al estilo de Jesucristo en nuestra Congregación.

La Historia de la Congregación en China se propone motivarnos a preparar el camino de regreso a ese país, entusiasmarnos, desde dentro, a regresar un día a lo que, con la ayuda de los Frailes Capuchinos, fue nuestro. La Congregación ha ido gestando, durante muchos años, con sabiduría y prudencia, ese retorno, a través de nuestra presencia en Filipinas y luego en Corea, pasos obligados para cumplir el sueño misionero de nuestro Padre Fundador.

En este libro, nuestro hermano Juan Antonio Vives Aguilella, Terciario Capuchino, recopila una serie de datos sobre la vida y aventura misionera de nuestras hermanas en China; al leerlo, queremos que se reavive en nosotras esa presencia cercana que hoy ya es real en el grupo de hermanas chinas que el Señor le ha regalado a la Congregación; ellas han sido portadoras del mensaje que tantas veces pronunció la Hna. Modesta Noain (Amelia de Oroz-Betelu)

a los oídos de todas las hermanas que pasaban a su lado: "Volved a China".

Con las hermanas chinas, un día, cuando Dios lo disponga, queremos emprender de nuevo este viaje a ese país desconocido, de inmensa población, que espera que la "Semilla del Verbo" vuelva a resurgir, que el Misterio Encarnado se haga Palabra en cada una de nosotras y que lo demos a conocer, allí donde no lo conocen.

Una historia nueva llega al corazón de cada hermana; es la que está detrás de la muralla china que esconde el rostro fascinante de una nación pujante y que nuestro hermano Juan Antonio Vives Aguilella, ha desentrañado y plasmado en estas páginas como andadura de un grupo de hermanas Terciarias Capuchinas, jóvenes, intrépidas y audaces que, en aras de su obediencia sacrificial, sembraron el Evangelio para siempre.

A las Hermanas de la Viceprovincia General "Santa Clara"-Asia, nuestro reconocimiento por la iniciativa de proponer a nuestro hermano Juan Antonio la redacción de la historia de la Congregación en China. A él nuestro agradecimiento porque, una vez más, deja tatuado en las páginas de este libro el carisma amigoniano, su fraternidad y su pertenencia a la Congregación y con su dedicación y empeño hace llegar a nuestras manos la historia de nuestras hermanas misioneras escrita en clave evangélica y carismática. Lo presento con la seguridad de que al leerlo nos hará vibrar el corazón y emocionarnos ante la experiencia testimonial de nuestras hermanas.

Juliah peg 3:

Hna. Ana Tulia López Bedoya superiora general

Roma, 28 de febrero de 2017

Prólogo

Aún recuerdo, con renovado cariño cada vez, la primera vez que la vi y cómo su mera presencia y semblante me impactó.

Era el mes de abril de 1989. Yo llegué al Santuario de Nuestra Señora de Montiel en Benaguacil para participar en el XVII Capítulo General de mi Congregación amigoniana. Ella, la hermana *Modesta* –o, si se prefiere, Amelia de Oroz-Betelu, como fue conocida por largos años entre las Terciarias Capuchinas– se encontraba allí, de comunidad, desde mediados de 1984.

Con su semblante risueño, con una actitud que traslucía a un tiempo sencillez y fraternidad, y con esa mirada pícara que la caracterizaba y que ponía de manifiesto la viveza de su ánimo, ella nos recibió en la puerta de entrada y nos acompañó mientras nos instalábamos en la que iba a ser nuestra casa durante el tiempo que se prolongase la asamblea capitular.

Fueron en total doce, los días que allí permanecí y no hubo día alguno que no me detuviese a intercambiar algunas palabras con ella. Y en nuestras conversaciones afloró indefectiblemente *China*. No podía ser de otra manera. *China* la había atrapado de joven. *China* la había ido moldeando durante los diecinueve largos años que allí vivió. Y *China* la acompañaba día y noche, desde su regreso a España, a través de sus recuerdos, de las experiencias allí vividas y a través también de las incontenibles ansias y deseos de volver al que había sido su primer amor apostólico. Sus palabras, evocadoras siempre de sus vivencias entre "sus chinitas y chinitos" no dejaban nunca de trasmitir una fuerte y profunda carga emocional de cariño y ternura, que contagiaba entusiasmo a los oyentes.

Por supuesto, también a mí me fascinó su expresión de sentimientos, salpicada de añoranzas y anécdotas, que revelaban con espontaneidad el espíritu misionero que la continuaba alentando entonces –como la continuó alentando después hasta el final– y, al despedirme de ella, finalizado aquel Capítulo, percibí con nitidez que, a pesar de la diferencia de edad que nos separaba, había nacido entre nosotros una amistad matizada, en todo momento, de fuertes caracteres chinos.

Posteriormente, en mis viajes a Valencia desde Roma siempre buscaba y encontraba la ocasión de visitarla en Montiel o Massamagrell. La visitaba entonces con una persona muy querida para mí, a la que también ella llegó a tener mucho cariño. Y fue en esta época cuando más pudimos compartir sentimientos, salpicados, a veces, de anécdotas que dejaban entrever, especialmente a través de su mirada no exenta de "pillería", hasta qué punto se había identificado con la cultura y costumbres chinas. Más tarde, cuando en 1995 regresó a España, subí varias veces a Montiel, donde ella se encontraba de nuevo.

Era una delicia oírle relatar sus andanzas, su peregrinar, sus idas y venidas por aquellas lejanas tierras de Asia. Era enternecedor sentir la hondura de sus sentimientos, fruto, sin duda, de una espiritualidad profundamente humana y de una humanidad profundamente espiritual, que se había ido desarrollando en ella, a partir de las alegrías y tristezas, de las ilusiones y desencantos, de las esperanzas y temores que había experimentado en sus primeros veinte años de vida religiosa y que ella no se cansaba de relatar, con el gracejo y sana picardía que le eran propios, trasmitiendo así a sus oyentes una contagiante ilusión por la acción misionera.

Debilitada en su cuerpo –que no en su espíritu– aún la visité en la Casa de las Hermanas Mayores de Massamagrell

y, en medio de sus achaques, su conversación, como siempre, giró en torno a la fe agradecida que profesaba a Dios, quien en todo momento la había sostenido en su caminar, y acabó aterrizando –también como siempre– en China, en su querida China, de la que un día tuvo que salir, pero a la que nunca abandonó, pues permaneció viva y presente en su corazón.

Finalmente, cuando el 14 de octubre de 1998, por invitación de las hermanas, presidí su funeral, junto a la tumba de nuestro querido Padre Fundador, expresé, entre otras cosas, este sentimiento y creencia que ella me había trasmitido en más de una ocasión y que estaba cada vez más arraigado en su vida: "China –así lo decía ella– fue un kairós, una experiencia fuerte de Dios en mi vida, que me hizo entregarme sin medida y ser hermana de todos, pero de manera particular de quienes estaban en mayor necesidad".

Y en el emotivo acto de su sepelio –en el que también me hice presente– le prometí y me prometí a mí mismo que haría todo lo que estuviese en mi mano para que la aventura misionera, vivida por ella y por las otras diez hermanas que fueron en China testigos vivos de la fe en el Resucitado, no quedase en el olvido.

Algo de lo prometido logré realizarlo ya, cuando escribí y publiqué en 2000 el libro 50 años de historia. Provincia de la Sagrada Familia. Hermanas Terciarias Capuchinas. En él dediqué tres amplios apartados –La fascinante China, China, la gran aislada y Sólo China dice ¡hasta luego!— a recoger algo de la estancia misionera de la Congregación en este grande y deslumbrante país.

Mi espíritu, sin embargo, no quedó del todo satisfecho con ello. Yo soñaba con un libro –sin grandes pretensiones, si se quiere– pero dedicado exclusivamente a recoger y trasmitir a las presentes y futuras generaciones algo de lo que fue aquella gran aventura. Y la oportunidad se me presentó el 13 de octubre de 2016. Este día, la hermana Martha Ramírez, Superiora de la Viceprovincia de Asia, se encontraba en las Escuelas Profesionales Luis Amigó -donde yo resido desde 1998-, sensibilizando al alumnado con el tema de las misiones y presentándoles concretamente el proyecto del Centro Theresia Karunalaya Children's Home, desarrollado en Trichy (India), y en uno de los descansos subió a mi despacho a saludarme e interesarse por mi salud. Y aquí, mientras saboreábamos un café, me expuso el plan que tenía su Viceprovincia para regresar a China y establecerse de nuevo allí. Inmediatamente -de forma del todo espontánea- vino a mi mente la promesa hecha en su día a la hermana Modesta y me ofrecí a escribir un pequeño libro -más bien orientado a la divulgación y a la propaganda vocacional- en el que quedase recogido lo más esencial de la estancia de la Congregación en aquel país durante casi veinte años. Al momento, la hermana Martha acogió, gozosa, mi oferta y, al momento también, yo me puse manos a la obra para hacer feliz realidad este pequeño libro que ahora tienes en tus manos.

Se prepara la aventura



Aunque la aventura misionera de las Hermanas Terciarias Capuchinas en China comenzó oficialmente en 1929 y su preparación inmediata arrancó en 1927 –como se verá–, no todo se inició en esos años, sino que hay que remontarse bastante en el tiempo, si se quiere encontrar las primeras raíces de esta gesta evangelizadora.



Muchos años antes1

La historia de las misiones católicas en China llevadas a cabo por los seguidores de Francisco de Asís es casi tan antigua como la misma Orden Franciscana.

El franciscano Juan de Montecorvino (1247-1328) fue el primer obispo de *Khanbaliq* –actual Pekín–, pero, cuarenta años después de su muerte, el cristianismo fue prohibido en el país, con la llegada de la dinastía *Ming*, que sustituyó a la dinastía mongol *Yuan*.

Pasados doscientos años –en 1579– una expedición franciscana, formada por religiosos españoles, intentó llevar de nuevo a China el evangelio, pero su propósito fracasó al ser obstruida en su viaje por el colonianismo portugués.

Posteriormente, hubo que esperar hasta 1633 para que los franciscanos tuviesen otra oportunidad de evangelizar las tierras chinas. A partir de estos años, los misioneros franciscanos en el Imperio de la Gran Muralla comenzaron ya una larga historia de éxitos y persecuciones, que se prolongaría propiamente hasta nuestros días.

Cuarenta años antes de que se erigiera la diócesis de Pekín –en 1690– y fuese nombrado obispo de la misma el franciscano padre Bernardino Della Chiesa, los misioneros –por mano del jesuita Esteban Lefevre, al que pronto siguieron los franciscanos– se internaron por fin en la región del Kansú. Era el año 1650. No les fue fácil, sin embargo,

¹ Los datos que aquí se aportarán están entresacados principalmente de: Gulina, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China y Beizama, Manuel de, Historia Misionera en China, en: iglesiasanantonio.capuchinospamplona.org/wp.

desarrollar aquí, en aquella época, la fe católica, pues fueron muchas y de diversa índole las hostilidades encontradas.

En 1848 –casi doscientos años después de las primeras incursiones misioneras llevadas a cabo en el Kansú– fue erigido el *Vicariato Apostólico de Kuko-noor-Kansú-Turques-tán-Tungu*. Fue ésta la primera organización eclesiástica en la que quedó integrada la región del Kansú.

Al ser suprimido ese Vicariato Apostólico de Kuko-noor, el Kansú pasó a integrarse en el *Vicariato Apostólico de Shenxi*. Para entonces, en el Kansú sólo existía una pequeña estación misional, escondida en las montañas del Este, que acogía principalmente a cristianos inmigrantes de Shenxi, pues cristianos kansuanos eran, en aquella época, tan sólo unos mil.

Finalmente, el 21 de junio de 1878, el Papa León XIII, queriendo dar nuevo impulso a la evangelización de esta región, erigió el *Vicariato Apostólico del Kansú*, desmembrándolo del de Shenxi, y lo confió a las Hijos del Inmaculado Corazón de María, también conocidos como Congregación de Scheut.

El Vicariato del Kansú se divide²

En 1905, monseñor Huberto Otto –que había sucedido al primer Vicario Apostólico del Kansú, monseñor Fernando Hamer– dividió el territorio de su jurisdicción en dos Prefecturas: la del *Kansú septentrional*, con capital en Lanchow y la del *Kansú meridional*, con capital en Tsinchow.

² También en este apartado, los datos están entresacados, como en el anterior, de las obras de los padres *Rafael de Gulina* y *Manuel de Beizama*.

A pesar de ello, el Vicariato no acababa de despegar y en 1920 los cristianos del mismo –contados los de las dos Prefecturas– no superaban la cifra de mil quinientos. Una de las razones del escaso número de bautizados se debió a que los misioneros vivían entonces en las ciudades y no eran asiduos en visitar aldeas y montañas, siendo unos verdaderos desconocidos por la gente del campo.

Ya en 1922, la Prefectura meridional fue elevada a Vicariato Apostólico. Y este mismo año 1922, la Vicaría septentrional pasó a denominarse Vicaría occidental y la meridional, Vicaría oriental. Esta última, además, sería confiada a los capuchinos alemanes, siendo nombrado Vicario de la misma el padre Salvador Pedro Wallesser.

Tras el I Concilio de la Iglesia Católica en China –celebrado en Shanghai del 15 de mayo al 12 de junio de 1924–se decidió que los Vicariatos tomasen el nombre del lugar en que residía el respectivo Vicario. Así pues, el del Kansú occidental pasó a denominarse Vicariato de Lanchow y el del Oriental, Vicariato de Tsinchow.

Por fin, Pingliang, Prefectura Apostólica³

Fue tal el impulso que, con el talento organizador de los capuchinos, se dio al *Vicariato de Tsinchow*, que, en sólo tres años desde su creación en 1922, se vio ya la necesidad de realizar una división de éste. A tal fin, monseñor Wallesser se puso en comunicación –por mediación del padre Vicente Larrasoaña, llegado a China desde las Misiones de Carolinas-Palaos– con el Provincial capuchino de Navarra-Cantabria-Aragón, el padre Joaquín de Beriain.

³ Los datos de este apartado están extraídos asimismo de las obras de los padres *Rafael de Gulina* y *Manuel de Beizama*.

En julio de 1926, el Provincial de Navarra comunica oficialmente un próximo envío misional, desde su jurisdicción, a China y pide voluntarios. De momento, fueron elegidos los padres Andrés de Lizarza y Gregorio de Aldaba, que eran profesores en Lecaroz. Éstos, saliendo de España en agosto de aquel mismo año 1926, llegaron al Kansú el 20 de diciembre y se hicieron oficialmente presentes en Pingliang en abril del siguiente año 1927. Este mismo año 1927 -el 15 de agosto- se celebró en Pamplona la despedida de otros cuatro misioneros capuchinos, entre los que se encontraba el padre Rafael de Gulina, un viejo conocido de las hermanas, a cuyo Noviciado de Massamagrell había encauzado a más de treinta vocaciones. A esta segunda expedición se unirían pronto los padres Fernando de Dima y Simón de Bilbao, procedentes de la Custodia de Chile-Argentina.

Pasados dos años desde la segunda expedición, el 10 de noviembre de 1929, salió de España la tercera con cuatro capuchinos. En esta expedición viajaron ya las primeras seis hermanas terciarias capuchinas misioneras de China. Para cuando esta expedición salió de España, el padre Gregorio de Aldaba había sido nombrado -ese mismo año 1929- Vicario Foráneo para la región de Pingliang. Era el primer paso hacia la creación ya de la Prefectura Apostólica. Meses después de este nombramiento -y en previsión de que con la llegada de la tercera expedición serían doce los sacerdotes y seis las religiosas, monseñor Wallesser creyó que era llegado el momento de separar del Vicariato de Tsinchow la región de Pingliang, erigiendo este territorio en una nueva Prefectura Apostólica. Así lo propuso a la Santa Sede, que -mediante Decreto del 25 de enero de 1930, cuando ya las hermanas estaban en Shanghai desde hacía un mes- creó la Prefectura Apostólica de Pingliang.

La nueva Prefectura comprendió en sus inicios el distrito de *King-yang-tao*, que contaba dieciséis mandatarios y tenía una extensión de 54.000 km² con 2.000.000 de habitantes, de los que sólo 1.669 eran católicos.

Integrada en la séptima Región Eclesiástica de China –llamada Región del Kansú–, en la que se contaban también los Vicariatos Apostólicos de Tsinchow, Lanchow, Sining y la Misión Independiente de Sinchang (Turquestán chino), la Prefectura de Pingliang no se distinguía precisamente por sus posibilidades económicas. Si ya el Visitador Apostólico monseñor Guebriant había dejado escrito en su informe a la Santa Sede que "de todas las Misiones de China, la más pobre era la Misión del Kansú Oriental⁴, se podría añadir que, dentro del propio Kansú Oriental, la parte más pobre era la que quedó integrada en la nueva Prefectura de Pingliang.

La mayoría de la población estaba dedicada a la agricultura, y su *tierra amarilla*⁵, supremamente fértil, podía dar hasta dos cosechas de cereales al año, si acompañaba el clima. Pero desgraciadamente no siempre era así, pues había veranos –que eran la temporada de lluvias– en que el agua no se hacía presente y provocaba la pérdida de cosechas y grandes carestías– que hacían aún más insoportables unas temperaturas extremas que podían alcanzar unos 25° bajo cero en invierno y que podían llegar a los 50° en verano– y que, además, favorecían la proliferación de bandas de ladrones

⁴ Cf. Gulina, Rafael de, Kansú la misión más pobre de China, p. 5.

⁵ Las tierras del Kansú son enormes depósitos –o loess– de fina arena arcillosa amarilla, trasportada desde el desierto de Gobi por el viento de Siberia. Esta tierra, que tiñe las aguas del río, bautizado por ello como *Amarillo*, tuvieron en su día una importancia tan decisiva en la vida y civilización del Norte de China, que los mismos Emperadores gustaron llamarse "Señores de la tierra amarilla" (cf. Gulina, Rafael de, *Kansú la misión más pobre de China*, p. 9-10).

y los ataques a la población por parte de animales salvajes –leopardos, panteras, osos, jabalíes, lobos, etc.– que habitaban en los bosques cercanos.

En el momento de su creación, la Prefectura de Pingliang estaba organizada en estos siete distritos: Sanshelipú, Kinyang, Kingchow, Chengyen, Tsuschent, Yituchen y
Sifengchen, en los que se ubicaban las Estaciones Misionales
de Sanshelipú, Kingchow, Chengyen, Tsuschent, Yituchen y
Sifengchen. Con el tiempo –y mientras permanecieron allí
las hermanas terciarias capuchinas—, aún se abrirían las Estaciones Misionales de Kingyang, Piagtsüan, Tsingning y
Paishui.

A China, si Dios así lo quiere

El 17 de octubre de 1854 nació en el pueblo valenciano de Massamagrell, en España, un niño a quien sus padres –Gaspar Amigó Chulvi y Genoveva Ferrer Doset– bautizaron con el nombre de *José María*.

Con diecinueve años de edad, abandonando casa y patria, marchó al Convento Capuchino de Bayona (Francia) donde vistió el hábito el 12 de abril de 1874 con el nombre de *fray Luis de Massamagrell*.

Tras su regreso a España en 1877, reside primeramente en los Conventos capuchinos de Antequera (Málaga) y de Montehano en Santander. En éste último sería ordenado sacerdote el 29 de marzo de 1879, siendo trasladado dos años más tarde al Convento de Santa María Magdalena, ubicado en su pueblo natal de Massamagrell. Aquí se encargaría de acompañar espiritualmente a los integrantes –hombres y mujeres– de la Tercera Orden Franciscana Seglar de la comarca, y de este apostolado surgirían las dos Congregaciones religiosas fundadas por él: las Hermanas Terciarias

Capuchinas de la Sagrada Familia, el 11 de mayo de 1885, y los Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, el 12 de abril de 1889⁶.

Para las hermanas estableció como fines apostólicos: la atención de enfermos, la enseñanza de niñas y jóvenes y la educación de niñas acogidas en Orfelinatos, aunque les insistió también en que si eran pedidas para ir a las Misiones "se deberían prestar a ello con toda docilidad".

Llevadas precisamente por ese espíritu misionero, presente en su identidad espiritual desde los inicios, en 1905, las hermanas marcharon ya a las Misiones de la Guajira colombiana, y en 1928, a las del Coroní venezolano.

Para cuando se realizó la fundación de Venezuela, sin embargo, ellas estaban ya en tratativas con los capuchinos de Navarra con la vista puesta en China.

La cosa comenzó poco después de que –en 1926– dichos religiosos se comprometieran a encargarse de las Misiones establecidas en el entorno de Pingliang. Y el principal instigador de la idea fue el padre Rafael de Gulina, quien tan pronto como se estableció en aquella región de China, a principios de 1928, contestando una carta que le había remitido la Superiora General de las hermanas, le dijo, quizá con "ánimo de levantar la liebre":

⁶ Tras estas fundaciones, y después de haber desempeñado distintos cargos en su Orden capuchina –entre ellos, el de Provincial de la Provincia de Valencia– el padre Luis de Massamagrell fue nombrado obispo el 18 de abril de 1907, pasando a llamarse ya oficialmente hasta el final de sus días: *Luis Amigó y Ferrer*. Rigió la diócesis de Solsona, primero, y después –desde 1913– la de Segorbe. A las puertas de cumplir los ochenta años de edad, falleció en Godella (Valencia) el 1 de octubre de 1934. Sus restos reposan desde entonces en la Casa de las Terciarias Capuchinas de Massamagrell. El 13 de junio de 1992, fue declarado *Venerable* en presencia del Papa Juan Pablo II.

 Esta noche he soñado que las terciarias capuchinas van a venir a trabajar con nosotros en China.

A lo que la hermana Genoveva –curtida en las Misiones y que no se asustaba fácilmente ante los retos y dificultades–le respondió con gracejo:

 Si está de Dios ¡a donde Dios nos lleve, incluso a China!⁷

Y la cosa "debía estar de Dios", pues poco después la Superiora General y el Provincial de los capuchinos navarros empezaron a gestionar –en enero de 1929– la posible marcha a Pingliang de las hermanas, y el 13 de julio de aquel mismo 1929 se firmaba un documento titulado Bases para que las Hermanas Terciarias Capuchinas puedan cooperar con los Capuchinos en el Kansú Oriental. Entre las bases establecidas –dejando aparte otras de índole económica– se decía:

Por ahora se enviará un mínimo de cinco y un máximo de siete hermanas. Las Superioras se comprometen a enviar y conservar en dicha Misión religiosas aptas para los trabajos propiamente misionales: regir Orfelinatos e instruir a las asiladas y servir en los hospitales, pero no para montar ningún Colegio de enseñanza y educación de señoritas⁸.

⁷ Cf. VIVES, Juan Antonio, 50 años de historia. Provincia de la Sagrada Familia, p. 97.

⁸ Cf. Copia de estas *Bases* en *Archivo Provincia Nazaret*. Madrid, 5.1.0.1.



Una odisea de casi seis meses

El 1 de mayo de 1929 hicieron su primera profesión en Massamagrell, las hermanas Amelia de Oroz-Betelu y Leontina de Pamplona con 24 y 25 años respectivamente, y tan sólo cinco meses más tarde –el 18 de octubre– salían de allí camino de Pamplona –en compañía de la hermana Catalina de Sesma, que había profesado dos años antes y que contaba 26 años– para despedirse de sus familias, pues habían sido seleccionadas –entre las que a ello se habían ofrecido voluntarias– para formar parte de la primera expedición de misioneras terciarias capuchinas que marcharían a China.

La primera parada de su gira de despedida fue *Sesma* –el pueblo natal de la hermana Catalina–donde, tanto el párroco como el pueblo entero, les brindaron en la iglesia –repleta hasta los topes– un emotivo acto en el que actuaron unos cuantos chicos y chicas ataviados con típicos trajes chinos, se recitaron varias poesías alusivas a las Misiones, predicó con todo entusiasmo el párroco, y ellas dieron a besar el crucifijo que especialmente los jóvenes besaban emocionados, mientras se preguntaban:

— "¿Cómo es posible que estas hermanas dejen toda una vida de juventud para dedicarse —y quizá para siempre— en aquellas tierras lejanas y además en tiempo de hambre?" 9

El 21 de octubre, salieron de Sesma y, pasando por Pamplona, llegaron a Oroz-Betelu, donde había nacido la her-

⁹ Cf. NOAIN, Modesta, *Diario del viaje a China*, p. 1. Este diario se encuentra en el *Archivo General de las Hermanas Terciarias Capuchinas*, Roma, 5.4.0.2. El texto no está paginado, la paginación que aquí aparece es la que yo mismo le puse, numerando desde el inicio hasta el final, con un total de 50 páginas.

mana Amelia, o si se quiere, como sería conocida después, Modesta. También aquí la despedida fue solemne y se desarrolló en la iglesia y en las escuelas del pueblo. La hermana Modesta expresaría con los años en su Diario las emociones que entonces experimentó con estas palabras:

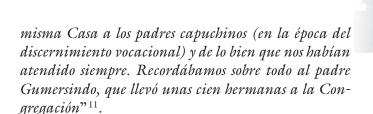
- "Grande fue la despedida en las escuelas del pueblo, con cantos, poesías, etc. Para mí fue tremendo, pues mis hermanitas, que eran nueve más pequeñas que yo, me declamaban las poesías. Yo creía que no podría resistir la emoción, pues hacía año y medio que me despedí por primera vez de ellas para ir al Noviciado ¡Qué fuerza me dio el Señor! Gracias que tenía unos padres altamente cristianos y comprendían mi vocación. Si fuerte había sido la despedida cuando salí para el Noviciado, lo fue más salir a la Misión.

Veinte años pasaría en la Misión sin verlos –anotaría también en su Diario– pues no visitamos más nuestra patria, ni nos visitó nadie. Tampoco nos visitaron nuestras Superioras. Gracias que todas éramos almas de mucha fe, pues pasamos mucho, pero Dios da la fuerza en cada ocasión"¹⁰.

Desde Oroz-Betelu, marcharon –el 25– a Pamplona, la ciudad capital en la que había visto la luz la hermana Leontina. Aquí se celebró –el 27– una despedida en los Capuchinos para los cuatro padres que iban a ir en la expedición y para las tres hermanas navarras. La iglesia estaba a rebosar:

 "Fue algo extraordinario –recordaría en su Diario la hermana Modesta– ¡Qué recuerdos nos venían a nosotras de tantas visitas que habíamos hecho en esta

¹⁰ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 1.



Aquí mismo, en Pamplona, se produjo entonces otra escena enternecedora en la casa familiar de la hermana Leontina, pues al despedirse ella de su madre, que estaba muy enferma, ésta le dijo:

 "No sufras por mí. Estoy contentísima de tener una hija misionera"¹².

El 28 de octubre, abandonaron Pamplona y el 29 llegaban a la Casa de las hermanas en Massamagrell. Aquí tuvo lugar –el 3 de noviembre– la despedida oficial de las seis misioneras –las tres navarras y las tres valencianas–, a la que asistió el padre Fundador y unas cien hermanas entre las de la comunidad de Massamagrell, las venidas de otras casas y las novicias, que eran unas cuarenta. Predicó el padre Gumersindo de Estella, quien, como delegado del Provincial de los capuchinos de Navarra, les impuso el crucifijo a las misioneras.

Lo más emocionante, sin embargo, fue cuando ellas se arrodillaron ante su querido padre Fundador para pedirle la bendición:

 Él –recordaría la hermana Modesta– se puso a llorar con lágrimas y gemidos. No pudo casi pronunciar palabra. No pudimos entender lo que nos quería decir.

¹¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 1.

¹² Cf. Iriarte, Lázaro, Historia de la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas, p. 176.

Parece que intuía todo lo que tendríamos que sufrir en el viaje y durante los veinte años que estaríamos solas, sin apenas preparación" ¹³.

El 6 de noviembre salieron las seis misioneras de Massamagrell, rumbo a Barcelona en compañía del padre Gumersindo. En la capital catalana se hospedaron en las Madres Josefinas. Durante su estancia aquí, visitaron la *Exposición Misional* que se celebraba aquel año en la ciudad, el *Pueblo Español*, la *Catedral*, deteniéndose especialmente en la tumba de Santa Eulalia, y se acercaron al Convento de los capuchinos para saludarles.

Cuatro días más tarde –el 10– embarcaron en el puerto de Barcelona en el vapor Saarbrucken. Para entonces les acompañaba ya una bendición especial del Papa Pío XI y un telegrama del Rey Alfonso XIII, deseándoles feliz éxito en la misión.

Tras un día largo de viaje, llegaron a Génova, hospedándose en el Hotel Noderse. Tres días –el 12, 13 y 14– permanecieron en esta ciudad italiana y finalmente el 15, a las 12,30 h. salía desde allí el vapor camino ya de Asia. La despedida en este puerto –en el que junto a ellas y los capuchinos embarcaron otros misioneros– fue muy emocionante. Se cantó la Salve y, como recordaría la hermana Modesta, ellas no pudieron contener las lágrimas por la emoción 14.

Cuando se disponían a zarpar rumbo a China, fray Gerardo de Erro les había dedicado desde España estos versos:

Aquellas seis Terciarias Capuchinas, que hermanas en el hábito y el celo, visteis seguirnos con el mismo anhelo...

¹³ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 1.

¹⁴ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 2.



¡Ellas son, ellas son las heroínas!
En el porte, sencillas golondrinas,
mas águilas reales en el vuelo;
las vi trocar del claustro el dulce cielo,
por este erial de abrojos y de espinas.
Sí, yo las vi: los mares porcelosos,
las zonas y los climas desiguales,
las hieles de mil lances angustiosos,
las perfidias de gentes inmorales,
todo lo superaron ¡heroínas!
¡Superiores a todo y a sí mismas!¹5

El itinerario exacto del viaje lo va describiendo minuciosamente en su Diario la hermana Modesta¹⁶ y entre anotación y anotación de lo que es un verdadero *cuaderno de bitácora*, expresa sentimientos como estos:

- En Port-Said nos impactó el trato que se daba a las mujeres. Vimos un hombre, con una cuerda de 3 metros, atando a mujeres tan fuerte, que no les dejaba casi ni respirar. Aquí cargaron carbón para el barco y los cargadores iban tratados a golpe de látigo¹⁷.
- Pasando el Canal de Suez, pudimos contemplar a un lado Palestina y al otro Egipto. También pasamos por donde se cree que los israelitas cruzaron el Mar Rojo¹⁸.
- El día 29 fue un despertar algo apenado, de pensar que muy pronto se acercaba la hora de confesarnos, pues esto era muy curioso, ya que lo hacíamos sin confesionario. Todos nos miraban con extrañeza, pues,

¹⁵ Cf. Verdad y Caridad 1930, p. 383.

¹⁶ El itinerario diario puede seguirse en el mapa del viaje seguido hasta Shanghai, que se encuentra en el Álbum fotográfico de esta obra.

¹⁷ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 3.

¹⁸ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 3-4.

como lo quería la Superiora, así, estábamos todas en fila sin que faltara una. La mayoría de los pasajeros eran protestantes. Los apuros de algunas hermanas fueron grandes. Yo no me apuré, mas si tenía algún apuro, hablaba mirando al mar¹⁹.

- El 8 de diciembre, celebramos en el barco la fiesta de la Inmaculada. Después de comer, copita de Benedictino y unos mantecados (los últimos que quedaban de España)²⁰.
- En Singapur –donde llegamos a las 7 h. del día 11 de diciembre–, salimos a visitar la ciudad. Nos llamó la atención hombres tirando de carritos. Quisimos comprar zapatos, pero eran más caros que en España. Al final, compramos seis docenas de pañuelos. También nos llamó aquí la atención el atuendo de hombres y mujeres y las costumbres locales. Al atardecer se acercaron al vapor pequeñas barcas con hombres como Dios los trajo al mundo, que ofrecían diversos artículos a los pasajeros para que los comprasen²¹.
- Al amanecer del día 16, divisamos Filipinas y a las 12 meridiem llegamos al puerto de Manila. Nos esperaban tres padres capuchinos y Hermanas de la Caridad, que nos llevaron a su Casa de Sedoban. Aquí pudimos bañarnos y cambiarnos de ropa. Las hermanas nos lavaron toda nuestra ropa.

En la capilla de estas hermanas –sigue recordando emociones la hermana Modesta– sentí tal alegría que ni sé cómo expresarla ¡Qué emoción junto a aquel sagrario! ¡Qué emoción junto al Dios escondido!

¹⁹ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 4.

²⁰ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 5.

²¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 6.

Hacía ya un mes que no habíamos visto un Sagrario y nos parecía un año. Aquí pasamos un buen rato, dando gracias a Dios por tantos beneficios y pidiéndole seguir bien en nuestra ruta.

Pudimos saludar a las niñas del Colegio –unas ochocientas– y salimos después a saludar a los capuchinos. Visitamos también el Colegio Santa Isabel, donde se encontraba una religiosa, amiga de Leontina. Después marchamos a otro Colegio llamado Concordia.

A la hora de dormir, nos llamó la atención la cama, que consistía sólo en somier y esterilla. Yo –puntualiza la hermana Modesta– me pasé casi toda la noche, esperando el colchón.

El 17 fuimos a Misa a la iglesia de los capuchinos y los padres nos invitaron a desayunar, entreteniéndonos con chascarrillos y "fechorías" de sus días de novicios. Para nosotras fue todo un ejemplo de sinceridad y sencillez, pues algunas acabábamos de salir del Noviciado. Aquí, en los capuchinos, nos retratamos junto a la Virgen de Lourdes. Nos acercamos después a visitar el Hospital, donde había muchas religiosas navarras y nos acercamos también a saludar a los padres de la hermana Bienvenida²², que se portaron maravillosamente²³.

²² La hermana Bienvenida de Libmanan –así llamada por el pueblo filipino en que había nacido– nació el 27 de septiembre de 1890, vistió el hábito el 11 de enero de 1912 y profesó el 11 de enero de 1914, emitiendo los votos perpetuos el 11 de enero de 1920. Fue la primera vocación de la Congregación procedente de Asia, que llegó a Massamagrell enviada por los capuchinos de Manila. Al comenzar en España la guerra civil, fue repatriada, falleciendo en Manila el 26 de diciembre de 1941, víctima de un bombardeo japonés. Su nombre civil era Agustina Goyena Flores.

²³ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 7.

- El 17, a las 16 h., partimos de Manila y el 18 fue un día de mareo general. Fue entonces cuando noté –narra una vez más en primera persona la hermana Modesta– que a uno de los padres le pasaba algo. Parecía que tenía una idea fija. Siempre solo en un rincón de popa. Un día me decidí a preguntarle, y me dijo que sentía nostalgia al acordarse de su madre... El Señor se las arregló para sacarlo de su ensimismamiento. Un buen día, el mar se puso furioso y las olas llegaron hasta popa y una de ellas lo dejó como una sopa y esto hizo que buscara la compañía del grupo. Yo solté varias carcajadas viéndole venir hacia el grupo²4.
- El 19 de diciembre llegamos a Hong-Kong y, al día siguiente, varios padres dominicos alemanes se acercaron al barco y, después de desayunar, nos llevaron al Convento de unas monjitas extranjeras que tenían unas quinientas alumnas. En este Convento saludamos a una religiosa que había sido compañera de la hermana Bienvenida. Tras visitar la Catedral, regresamos al vapor y a las 12,30 del día 21, salimos hacia Formosa²⁵.
- Tras repostar en Formosa el día 23 hasta las 17 h., llegamos a Shanghai a las 8 h. del 25 de diciembre de aquel 1929, día de Navidad ¡Qué emoción sentimos al divisar el puerto, pensando que pronto pisaríamos tierra china!

En Shanghai nos hospedamos en un primer momento en el Noviciado de las Hijas de la Caridad, donde nos acompañaron los padres del Verbo Divino que nos esperaban en el puerto.

²⁴ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 7-8.

²⁵ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 9.

Como la estancia aquí se veía que se alargaría mucho, pues, por ser año de hambre, ladrones y maleantes acechaban en los caminos, nos trasladamos al Convento de las Hermanas Franciscanas Misioneras de María –también conocidas como Misioneras de Pamplona o las Blancas— donde nos sentimos como en casa. Ellas nos prepararon para la Misión, trasmitiéndonos sus experiencias, que eran muchas. Nos enseñaron a llevar un dispensario y a visitar a los enfermos a domicilio. Estas enseñanzas nos sirvieron mucho, pues en nuestra expedición no viajaba ninguna enfermera, pues las que iban a venir se retiraron al final.

¡El Señor permitió muchas cosas, para que viéramos que era Él quien da la fuerza. Y Él nos sacó de cientos de apuros!

Aquí en Shanghai hicimos los primeros bautizos²⁶.

- El 21 de marzo de 1930 salimos de Shanghai en barco rumbo a Tientsin, donde llegamos el 23, hospedándonos en las Hijas de la Caridad²⁷. Dos días después –el 25– llegamos a Pekín y nos recibieron cordialmente y con mucho cariño en su Convento las Hijas de la Caridad de nuevo ¡Cuánto tenemos que aprender!²⁸
- En Tayanfú –donde llegamos desde Pekín, pasando por Suara– nos hospedamos de nuevo en las Franciscanas Misioneras de María ¡Cuánto gocé yo! En mi decisión a seguir la vida religiosa tuvieron mucho que ver las Mártires de estas hermanas en Tayanfú²⁹. Yo tenía

²⁶ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 9-10.

²⁷ El viaje desde Shanghai hasta Pingliang puede seguirse también en los mapas que se adjuntan en el Álbum fotográfico.

²⁸ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 10-11.

²⁹ Martirizadas en 1900, fueron canonizadas por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

mis deseos de entrar religiosa, pero, al mismo tiempo, no quería, a pesar de los empujones que me daba el Señor. Pero un día, vino a mis manos una estampa de sus siete Mártires ¡Qué ilusión me entró de ser, si el Señor lo quería, mártir como ellas! Ya que la vocación de misionera hacía tiempo que la sentía... Cuando yo entré en la Casa de Tayanfú donde ellas habían vivido, mi corazón ardía, pues hasta este gusto me concedió el Señor. Aún creció más mi emoción, cuando me llevaron al sitio donde las tuvieron encerradas. Era una habitación pequeñita, con las mismas rejas que yo había visto en mi estampa, con un kan de tierra como el que tienen los chinos, y al otro lado, otro cuarto más pequeño, donde encerraron al obispo. De aquí fuimos al sitio del martirio, un poco distante de la ciudad y de la cárcel en que las habían tenido. Nos contaron que a las mártires las llevaron a pie, una detrás de otra...; Qué envidia me dio todo aquello!, al tiempo que pensaba en mi interior: "Y qué sé yo con qué martirio daré más gloria al Señor, pues esto es una gracia tan grande, que no la merezco". De allí, nos fuimos al cementerio donde las enterraron. Junto a ellas está también el sepulcro de la Beata Asunta Pallota, fallecida de tifus y a la que tenían gran devoción los mismos paganos. Me comentaron también que, al principio, no sabían dónde habían enterrado a las mártires, pero Dios escuchó su oración y sobre su tumba nació una flor -rosa o azucena- y excavando allí, encontraron sus cuerpos 30.

- Tras una estancia de cuatro días en Tayanfú, proseguimos -el 2 de abril- nuestro viaje hacia Pingliang,

³⁰ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 11.

hospedándonos, al caer el día, en una posada. Aquí pasamos muchos apuros para preparar la comida, pues los hornillos eran de petróleo y el aire no permitía mantenerlos encendidos. Al fin, pudimos hacer una sopa y huevos con tomate y nos comimos también unas sardinas de lata, que eran ya una de las pocas existencias traídas de España, que nos quedaban. Después nos acostamos las seis juntas en un kan, una especie de cama, construida de barro y paja y con un agujero por donde meten estiércol, al que prenden fuego para calentar, si es invierno. Al amanecer, desayunamos un café, que parecía "agua de fregar". Y con tal desayuno y doloridas por el duro lecho, reemprendimos el viaje³¹.

- Del 3 al 5 de abril nos detuvimos en Yunchen, hospedándonos en unas monjitas holandesas. Y el 5, salimos temprano de allí, encontrándonos a las 12 meridiem en el lugar donde teníamos que pasar un río. Río que nosotras vadeamos a espaldas de los chinos que nos acompañaban³².
- En una de las últimas etapas, llegamos a una posada y estábamos todas tan cansadísimas que casi no podíamos subir una pequeña escalera de palo. Teníamos los ojos tan hinchados de polvo amarillo que parecíamos ya chinas, pues las lágrimas nos caían, haciendo como surcos, pero, si nos limpiábamos, era aún peor. ¡Qué risa nos entró al ver al padre Tarsicio de Villaba, que, a cada parada del camino, pedía un tazón de agua o té con que frotarse un poco los ojos, poniéndolos peor cada vez! Sólo mirarnos, nos entraba la pena y la risa

³¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 12.

³² Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 12.

al mismo tiempo. Además de esto, estuvimos sin comer todo un día, hasta que a las 18 h. hicimos comida-cena. ¡Y qué cena, consumimos las últimas migajas de nuestra Navarra!³³

Finalmente, la primera expedición de las hermanas –que era la tercera de los capuchinos– llegó a Pingliang el 19 de abril de aquel año 1930. Era sábado Santo y el termómetro marcaba 20° bajo cero. Desde que habían salido de Barcelona habían pasado cinco meses y nueve días.

El recibimiento, preparado por el padre Andrés de Lizarza, con las vírgenes chinas y las niñas de la Santa Infancia, fue espectacular.

La hermana Modesta recordaría así con el tiempo la llegada y recibimiento que les hicieron:

 Al llegar a Pingliang nos decíamos: "Ya terminaron nuestras peripecias y dificultades de viaje".

Teníamos una emoción que no se puede explicar. No sabíamos cómo dar bastantes gracias a Dios que nos sacó de tantos peligros...

Nos esperaba el bendito padre Andrés de Lizarza que nos recibió con mucha alegría y enseguida nos llevó a nuestra casita de adobes y paja y de una sola planta baja, pues allí las casas son así o cuevas en tierra.

La emoción fue grande al llegar y ver con qué cariño nos recibieron... Una catequista mayor –que parecía la profetisa Ana– y 15 niñas tenían preparado un canto con la tonada del Avemaría de Laudes, pero en chino. Permanecer serias nos costó un tiempo, pues todo nos parecía raro y nos hacía reír ³⁴.

³³ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 12.

³⁴ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 13.

Diez días después de la llegada de las hermanas –el 29 de aquel mismo mes de abril –el padre Gregorio de Aldaba fue nombrado *Prefecto Apostólico de Pingliang*, y el 2 de mayo tomó oficialmente posesión de su cargo como Primer Prefecto de la naciente Prefectura.

Años de intensa ilusión (1929~1935)



Las hermanas llegaron emocionadas a su destino y -lo que es más importante- llenas de celo apostólico por entregarse cuanto antes a aquellas personas, a las que libremente habían querido consagrar sus vidas.



La ciudad de Pingliang –sede del Prefecto Apostólico– en la que iban a establecer su primer asentamiento misionero estaba situada a más de 200 km de la capital de la región, Lanchow. Se encontraba en el camino de Zungaria a Pekín y a 1.386 m de altura sobre el nivel del mar ³⁵.

A 12 km de la población se encontraba el *Kongton Mountain*, lugar sagrado para el Toísmo, Budismo y Confucionismo.

En el momento en el que las hermanas se hicieron allí presentes, la ciudad contaba unos 50.000 habitantes y toda ella estaba amurallada y tenía ejército propio para defenderse especialmente de los ladrones. Precisamente por esto, las puertas de la ciudad se cerraban por la noche.

Las casas eran, por lo general, viejas y pobres y algunas parecían más cuadras de animales, que viviendas para personas. Había familias que habitaban en cuevas.

No había alumbrado eléctrico y tenían que alumbrarse con lámparas de aceite o petróleo.

Los medios de comunicación eran, por lo general, carros, animales de montar, algún esporádico automóvil y unas pocas bicicletas, importadas principalmente por los propios misioneros.

Los habitantes ³⁶ –como el resto de kansuanos– eran de natural bondadoso, pacífico y sobre todo extraordinariamente calmo. Se contentaban con su casita o cueva, tenían

³⁵ La ubicación, de acuerdo a las coordenadas de paralelos y meridianos es: 35° 34' 38" de latitud Norte y 106° 40' 39" de longitud.
36 La descripción que sigue de la población y sus principales carac-

³⁶ La descripción que sigue de la población y sus principales características, está entresacada fundamentalmente de GULINA, Rafael de, *Kansú, la misión más pobre de China*, p. 12-15.

los campos estupendamente trabajados, poseían unos cuantos animales y se preocupaban de los asuntos de su extensísima parentela. Fuera de su pequeño mundo doméstico, apenas había nada que les preocupase. Eran hospitalarios y muy minuciosos en la cortesía. Cultivaban sus relaciones sociales con el mismo mimo y cariño que sus hortalizas. Las calamidades públicas –frecuentes seguías, y consecuentes hambrunas y los repetidos asaltos de ladrones- habían ido fortaleciendo su carácter, para soportar con estoica paciencia las desgracias y para luchar, siempre sin prisas, por superarlas. Era también característico en ellos su respeto por los ancianos -hasta el punto que un anciano, aunque fuese pobre, podía presentarse en sociedad, con la seguridad de que todos le respetarían y saludarían a su paso- y su veneración por los difuntos. En este último sentido, no perdonaban gasto ni sacrificio para que el funeral resultase a la medida de los deseos expresados en su día por el propio difunto³⁷. En el aspecto religioso, los originarios del lugar seguían una corriente espiritual sincretista entre Taoísmo, Budismo v Confucionismo, con un trasfondo de cultos primitivos a los espíritus, genios de la naturaleza y supersticiones. Creían en un ser supremo (Lo-tien-ye), en la inmortalidad del alma y en la necesidad de un amparo sobrenatural en la lucha cotidiana. En las poblaciones destacaba siempre, sobre sus humildes casas, la silueta de la pagoda³⁸ -centro de cultocon servicio permanente de bonzos. Además, por caminos,

³⁷ Las gentes del lugar, por ejemplo, no perdonaban que un hijo, a la muerte de su padre, no se sacrificara al límite de sus posibilidades y, si no era así, lo consideraban un degenerado. Familias hubo, por ello, que liquidaron gustosas toda su fortuna en las honras fúnebres de un ser querido (en el Álbum de fotos de esta obra, se puede ver alguna imagen de un funeral católico chino).

³⁸ En el Álbum fotográfico aparece la pagoda principal de Pingliang.



campos y encrucijadas se levantaban templetes o pagodillas dedicadas a algún espíritu protector. Había también una nutrida comunidad musulmana, proveniente del Turquestán, pero vivía en las afueras de la población, desde que fueron vencidos tras la revolución mahometana de 1865 a 1876. Los protestantes se habían asentado asimismo en la ciudad con gran lujo, habían levantado aquí un magnífico templo y habían fundado escuelas, pero, con la hambruna de 1929, sufrieron varias incursiones de ladrones, que llegaron a asesinar al Pastor, y esto provocó su casi desaparición del lugar, quedando tan sólo un pequeño grupo.

A todo este cuadro ambiental que Pingliang presentaba en vísperas de que se iniciase la aventura misionera de las hermanas en esta localidad, hay que añadir otro, que no contribuyó precisamente a que la situación fuese, ni mucho menos, idílica. El año 1929 –como repetidamente se ha hecho ya referencia a este hecho—fue un año de hambre atroz, acompañada de otras calamidades, que los propios misioneros capuchinos que allí estaban describieron así:

 Fue un año fatídico para el Norte y Noreste de China y especialmente para el Kansú, escribiría el padre Gulina.

La falta absoluta de lluvia durante un año fue la causa de pérdidas de casi todas las cosechas.

El hambre multiplicó el bandidaje, que se cebó con la población³⁹.

 El hambre –anotaría el propio Prefecto Apostólicofue espantosa, cual nunca me hubiera imaginado, si no lo hubiera visto. En las ciudades eran muchas las personas que diariamente morían de hambre. A mí

³⁹ Cf. Gulina, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China, p. 28.

me tocó ver muchas personas muriendo de hambre, en medio de las calles o en las afueras de la ciudad. Los perros estaban rabiosos de hambre, tanto que, según dicen, llegaron a morder a personas que estaban durmiendo. Lo que se sabe de cierto es que los lobos hambrientos bajaban a los poblados y devoraron a varios niños⁴⁰.

- En Lung-nan -contaba también el padre Gulina- se desató una terrible epidemia de tifus exantemático que causó grandes estragos, incluso entre los capuchinos alemanes de esa parte sur del Vicariato de Tsinchow, llegando a fallecer 3 padres, 1 hermano, 2 religiosas y la señora del médico de aquella misión 41.
- Parece que la guerra civil se da por terminada con el triunfo del gobierno de Nankin...

La pobre gente sobre todo la que vive en el campo, ha sido juguete de los ladrones como nunca. Entraban impunemente en las casas y las saqueaban bárbaramente. En vano sus dueños tomaban la precaución de ocultar bajo tierra sus objetos y dinero. Ataban al dueño de la casa de pies y manos, tomaban un hierro candente y se lo iban aplicando por diversas partes del cuerpo.

Pero lo que más molestias nos han causado han sido los nuevos soldados (ladrones convertidos en soldados).

No bajaban de cinco, los pequeños ejércitos que se formaron en el Kansú⁴².

⁴⁰ Testimonio del padre Gregorio de Aldaba, en Gulina, Rafael de, *Kansú, la misión más pobre de China*, p. 28.

⁴¹ Cf. GULINA, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China, p. 28.

⁴² Cf. Lorca, Berardo de, Carta, en Verdad y Caridad, 1931, p. 118-120



Pingliang, el primer amor

Los inicios de las hermanas, en la Misión de Pingliang fueron muy duros a causa de la extrema pobreza que había y de las difíciles condiciones de vida que allí encontraron. Pero todo lo superaron con gallardía de ánimo y hasta con alegría franciscana, gracias a la reciedumbre de su fe y a la constancia en su vida de oración, que engendraba en ellas un celo apostólico tal que –como les indicase su padre Fundador en las Constituciones– estuvieran en todo momento dispuestas a atender "con toda solicitud y desvelo las necesidades corporales y espirituales del prójimo, trasfundiéndoles así los incendios del divino amor que los animaba"⁴³.

Las condiciones ambientales de la casita que les fue asignada como primera morada y los avatares que acompañaron sus primeros días en la Misión, los describiría así la hermana Modesta en su Diario:

Teníamos un dormitorio común y nos extrañó que las separaciones de las camas estuviesen hechas con cortinas ¿De dónde sacarían tanta tela con la pobreza que tenían?

Sólo había dos toallas y una más que nos dejaron para que nos secáramos todas, pues aún no había llegado nuestro equipaje.

El primer día, llegó la hora de la cena, y como no teníamos nada, nos llevaron a cenar con los padres (cosa que hicieron con un poco de reparo, pues los chinos no ven esto bien).

Un día, al volver de cenar, nos salieron 5 ó 6 soldados o ladrones y nos dieron un buen susto. Desde ese

⁴³ Cf. OCLA, 2292 y 2293.

día, nos traían los padres algo a nuestra casa y nos preparábamos aquí las comidas.

Teníamos una cocina parecida a las cuadras de nuestros pueblos: una caldera grande para calentar el agua, con un gran fuelle de madera, que los chinos hacían funcionar sentándose en él con mucha calma..., cuatro cacharros (¡y qué cacharros!)...

Nos alumbrábamos con un candilito de un aceite que despedía un olor repugnante. En los veinte años que allí estuve no vi luz en las noches.

El techo del dormitorio era de papel y unas cañitas, de donde nos caían ratones a la cama o a la palangana que teníamos para lavarnos.

El primer amanecer de nuestra estancia allí, se presentaron en la entrada la catequista con unas cuantas niñas, cada una con su propia jofaina –bastante sucias, por cierto– con agua caliente. Lo agradecimos mucho, pero ¡Cuánto nos costó acostumbrarnos los primeros días!

Por fin, ya nos pudieron traer -no sé de dónde- palanganas para cada una. Fue un éxito y un alivio, pues pensaba: "si tengo que salir para mis necesidades... dónde ir?

Allí no se estilan escusados y nosotras, al principio tampoco teníamos. Y un día nos propusimos hacernos uno para nosotras. Todas colaboramos, unas fabricando barro y otras trayendo paja y adobes, y las otras sacando agua del pozo a 50 m de profundidad. Todo nos parecía poco para poder tener un baño.

Durante el primer mes, nos dieron en nuestra casa clases de chino. Nos las daba el Prefecto. Lo malo es que después no teníamos tiempo para estudiar por el gran trabajo que teníamos...



La Superiora, al poco tiempo, sufrió un ataque de reuma que casi no le permitía andar... Nos repartieron los oficios y a mí me tocó la ropa... A otras, cuidado de las capillas y coser... Lo más gordo le tocó a la encargada de la cocina, que era buenísima, pero, entre que no tenía comodidad y era muy lenta, raro era el día que hiciese la comida a la hora. Yo, viendo el panorama, le dije a la Superiora -que estaba nerviosa por la situación-: "Mire, la hermana sufre mucho y no alcanza. Si quiere, póngame a mí en la cocina y veremos qué puedo hacer. Dese cuenta de que no hay abundancia de cosas, ni de cacharros y muchos días ni agua, pues no está el hombre que se encarga de sacarla y tiene que sacarla la propia hermana del pozo con el pozal y una cuerda de 50 m de profundidad" (¡Cuán importante es que las superioras sepan algo de estos menesteres y puedan comprender a las hermanas encargadas!) La Superiora me dijo: ";Pero sabe hacer la comida?". Yo le respondí: "Lo intentaré y veremos qué sale". Y me puse al frente. ¡Cuánto me tuvieron que ayudar el Señor y la Santísima Virgen!, pero gracias a Ellos, ni un solo día faltó la comida a su hora y se terminaron los conflictos... Los domingos venían las hermanas para que les enseñara y poco después, me enviaron cinco muchachas como aprendices, pues los padres se ponían enfermos y no podían ni hacerse la comida y nos los traían allí para que los cuidáramos, se repusieran y pudieran volver a sus Estaciones Misionales.

En lo que toca a lo espiritual, no nos podemos quejar, pues fuimos bien atendidas y se cumplió la ilusión que yo tenía en el Noviciado de que, cuando fuéramos a la Misión no nos faltará nunca el Sagrario. Y lo tuvimos desde el principio. En cambio a las alemanas pasaron varios años antes de que se lo pusieran. Los retiros los hicimos con un padre, pero cada una haciendo su oficio y acoplándonos a ciertas horas. Así los veinte años. La Misa no faltaba. En los días en que los padres estaban fuera, recorriendo las casas de los cristianos, si había que hacer algún bautismo "in artículo mortis", lo hacíamos nosotras. Y si alguno moría, dirigíamos los rezos con los cristianos y lo enterrábamos 44.

Adaptación y dificultades del día a día

Como escribiera en su día la hermana Marina "hacen falta al menos dos años para aclimatarse a la cultura china, tan distinta de la de España⁴⁵.

Con todo, las hermanas de la primera expedición –quizá por la necesidad reinante– lo lograron relativamente pronto.

La lengua, aunque en un principio recibieran clases, la aprendieron fundamentalmente "más hablando con la gente, que estudiando" ⁴⁶. Y pronto adoptaron también algunas de las costumbres del lugar en el vestir: "nosotras vestíamos el hábito, pero con pantalones largos debajo como las mujeres chinas. Ello nos permitía, además, poder montar con tranquilidad" ⁴⁷. "Poco a poco las gentes nos fueron conociendo y nos cogieron mucho afecto" ⁴⁸.

Ese proceso de adaptación –constante y siempre mejorable– estuvo acompañado –como es natural en el devenir

⁴⁴ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 13-14 y 18.

⁴⁵ Cf. Galarza, Eugenia, *Relato de China*, p. 8. El original de este relato se encuentra en el *Archivo General Hermanas Terciarias Capuchinas*, Roma, 5.4.0.2.

⁴⁶ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 15.

⁴⁷ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 15.

⁴⁸ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 15.



del día a día- por *dificultades* y, dada la situación política -y socialmente inestable de la China de entonces- también por *sobresaltos* que, en ocasiones, fueron graves:

Teníamos que lavar la ropa con apenas jabón, pero aprendimos a hacer sebo. Lavábamos la ropa de los padres, de varias capillas, más la de las niñas, que en poco tiempo ya no parecían las mismas, de lo lindas y finas que empezaron a ir con nosotras.

El almidón lo conseguíamos poniendo trigo a remojar en una tinaja hasta que soltaba la cáscara, cambiándole el agua varias veces y poniéndolo a secar con aquellos aires y aquel polvo amarillo ¡Qué lucha!

Las planchas eran de carbón de piedra; eran de hierro y estaban cuando nos hicimos cargo, como un tizón de negras. ¡Lo que tuvimos que bregar para limpiarlas! Y con éstas planchábamos también nuestras tocas, tan molestas para la Misión.

Las formas las hacíamos frescas todas las semanas, pues allí no se pueden conservar mucho tiempo hechas.

Confeccionábamos también la ropa a los padres (que vestían como chinos) y llegamos a hacer hasta un gabán.

En estos años, pasamos mucha pobreza, pues muchas veces no sabíamos con qué hacer la comida para tanta gente. A mí, además, me faltaba experiencia, pues con 1 kg de carne y con hueso, había que sacar chuletas para todos. Podemos decir que pasamos casi todo ese tiempo con tocino gordo y algún huevo. Yo creo que cogí la solitaria en ese tiempo. La tuve 34 años, pero no pudo conmigo⁴⁹. Otra dificultad en la cotidianidad la constituyó –en los inicios– el carácter demasiado rígido

⁴⁹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 15 y 17.

de la Superiora. A raíz de la experiencia que tuvo en este sentido, la hermana Modesta escribiría con el tiempo:

 Las Superioras tengan mucho cuidado y sepan a quien mandan. Para ir a frente misionero, lo primero que se necesita es mucha sencillez, o sea ser muy franciscana. Hay que tener mucha prudencia y ser muy humanas...

Ya en Barcelona, vo, con sólo unos meses de profesión, noté algo en ella que me hizo dudar de su espíritu misionero... Y si nos descuidamos, poco a poco acaba mandando a todas para atrás... Quería mandar hasta en los frailes, si se hubiesen dejado... Un día una hermana se quedó dormida en el baño; otro, una hermana se durmió encima de la máquina de coser. Y el propio Prefecto, que se dio cuenta del panorama tuvo que decirle que, por favor, nos dejara más tiempo de descanso. En los inviernos, a veces, no podíamos conciliar el sueño en toda la noche por estar a 28 ó 30º bajo cero y metidas en un saco de paja. Tampoco ayudaba la deficiente alimentación. Y encima, la Superiora lo quería todo a toque de campana, a la letra ¡Dios sea Bendito por todo! ¡Gracias a que éramos gente de fe, pudimos resistir hasta que, poco a poco, se fueron arreglando las cosas⁵⁰.

Tampoco ayudó demasiado en el día a día la excesiva dependencia económica de los capuchinos:

Ellos eran los que mandaban, pues las bases contractuales las hicieron para demasiados años nuestras Superioras. Con cinco años de duración, hubiese sido suficiente y hubiéramos podido ser libres para

⁵⁰ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 10 y 18-19.



obrar en muchas circunstancias, pues ellos eran ajenos a muchas miserias y casos que nosotras, por ser mujeres, veíamos y hubiésemos querido abordar⁵¹.

Y junto a esas dificultades diarias, los *sobresaltos* que no fueron pocos desde su llegada:

 Cuando llegamos al Kansú, la región estaba completamente abandonada por parte del Gobierno...

Sufrimos mucho por ladrones, que se decían ejército de tal o cual general... Nos llevamos sustos tremendos... En una ocasión, a mí me pusieron un revolver en el pecho a las 2 ó 3 de la madrugada....

Con ocasión del Año Nuevo Chino de 1932, cuando estábamos ya descansando nosotras y las hermanas que habían llegado en la segunda expedición. Las nuevas estaban tranquilas, pero nosotras, no. De hecho le dije a la hermana Pacífica—que era pacífica del todo—: "Mira no nos acostaremos porque esto tiene mala pinta" (pues se estaba oyendo correr de caballos desde las primeras horas de la noche), pero ella me respondió: "Yo estoy bien tranquila y pienso dormir".

Pronto llegaron los ladrones –3 muchachos con fusil en mano–. Uno de ellos entró en la celda de Pacífica que salió con su hábito de dormir y cara de susto. El muchacho la tenía agarrada de la barbilla y le quería quitar los dientes de oro, pero no pudo y desistió.

Tres o cuatro rodearon a la Superiora y un muchacho le quería sacar el anillo con los dientes. Yo les dije: "Tendréis que esperar a que traigan jabón". Y así se lo saqué.

⁵¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 14.

Luego me fui al cuartito en que dormían Liberata y Agustina y veo que mientras dos muchachos las vigilaban, ellas, tranquilas, se lavaron, se peinaron y luego pasaron por medio de sus vigilantes y se pusieron a nuestro lado. La verdad es que no se habían percatado de lo que sucedía, pues les habíamos advertido al irnos a dormir: "Si oís algo, será por el Año Nuevo".

Una de las hermanas -que ellos creían china por lo chata que era- y una de las niñas no aparecían. Al final salieron de la pocilga en que se habían escondido. La hermana iba con un hábito puesto y el otro de reserva en un brazo (para que se vea el aprecio que teníamos al hábito).

Al final, los ladrones cogieron lo poco que teníamos y se fueron. Yo los acompañé hasta la puerta y, al cruzar el patio, sonó, en el bolsillo de uno de ellos, el despertador que teníamos para levantarnos. Cuando volví donde las hermanas, casi me desmayé del susto que tenía encima y y me llené de habones (granos como habas de grandes). Dos de las niñas murieron a los pocos días, víctimas del susto pasado⁵².

La Misión progresa

Superada en gran parte la dura época de la hambruna y carestía sufridas entre 1929 y el otoño de 1930 –durante la que apenas se pudo hacer otro trabajo, que el de captar simpatía entre las personas por medio de obras de caridad—, se organizó ya, en la Misión, la catequesis, los catecumenados, la Santa Infancia y las escuelas, y se inició una campaña de propaganda en los campos.

⁵² Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 14-15 y 17-18.



Al mismo tiempo, el Prefecto echó los cimientos del futuro *Seminario*. "Em Yütuchen, un grupo escogido de niños cristianos hacía –entre el alboroto de asaltos y saqueos de las bandas de ladrones– el duro aprendizaje de la carrera sacerdotal en las Misiones" ⁵³.

La *catequesis* corría a cargo de los catequistas y del padre encargado de ello.

El *catecumenado*, sin embargo, sí que daba bastante trabajo a las hermanas, aunque también les reportaba cumplidas satisfacciones:

Nuestra labor con los catecúmenos –recuerda la hermana Modesta– consistía en prepararles la comida, atenderles en la enfermería, escucharles en sus problemas y ayudarles a superar el vicio del opio.

Todos los trabajos, sin embargo, nos parecían pocos, cuando llegaba el día de Pascua y entraban cuarenta o más, agarraditos de la mano, para ser bautizados.

Ver hombres de 80 años, mujeres y niños de 7 o menos, era verdaderamente emocionante ⁵⁴.

Otra obra que pudo ponerse en marcha en la Misión, superada la carestía, fue la de poner en marcha la *Obra de la Santa Infancia*, encaminada a acoger y educar a niños, y especialmente niñas, abandonados por sus familias:

 Un antiguo cristiano me confesaba un día: "Aquí en el Kansú no existía la horrible costumbre de exponer a las criaturas", pero ahora, debido sin duda a las calamidades que venían afligiendo al Kansú en los

⁵³ Cf. Gulina, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China, p. 32-33.

⁵⁴ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 35-36.

últimos veinte años, eran muy frecuentes los casos de abandono de niños y niñas pequeños.

Tan pronto como fue posible, la Misión estableció la Santa Infancia al cuidado de las hermanas terciarias capuchinas. Y desde su creación, varios cientos de niños y niñas abandonados fueron hallando nuevas madres en ellas. Algunas de esas niñas cuidadas e instruidas han llegado a ser excelentes catequistas, otras han formado familias cristianas y no han faltado quienes esperan que vuelva pronto la paz para ir a España y abrazar la vida religiosa para ser misioneras como las buenas Madres 55.

Junto a los edificios de la Santa Infancia se estableció también un *Asilo* para ancianos y ancianas, que "se entretenían cuchicheando pacíficamente o desgranando rosarios, y que, cerca ya del ocaso, habían hallado la *Luz* y esperaban en paz la última llamada del Señor" ⁵⁶.

En 1933 se pudo, por fin, abrir también las *Escuelas* – atendidas por maestras chinas y en las que la hermana Liberata impartió clases de labores–, pero sobre todo se pudo ver cumplido el anhelado sueño de poder abrir el *Hospital Católico de Pingliang* ⁵⁷, denominado *San Miguel*, atendido por un médico chino –el doctor Mei, formado en la *Universidad Aurora* de los jesuitas en Shanghai– y en el

⁵⁵ Cf. Gulina, Rafael de, *Kansú, la misión más pobre de China*, p. 54-55. Cf. también más adelante: *El sueño que no pudo ser*, p. 123-126.

⁵⁶ Cf. Gulina, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China, p. 55. 57 Previamente a la apertura de este hospital, en la Misión venía funcionando desde los inicios un Dispensario, atendido por las hermanas y algún hermano capuchino, que en 1931 atendió un total de 6.060 enfermos y en vísperas de la apertura del Centro hospitalario atendía ya unos 40.000 (cf. Gulina, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China, p. 34-35).



que las hermanas, prestaban servicios de enfermería y despachaban –cual farmacéuticas– las recetas. Uno de los misioneros trasmitía así la noticia a sus hermanos de España:

 Desde hace un año, tenemos médico en la Misión. Las hermanas terciarias capuchinas sirven de enfermeras, practicantes y directoras del Botiquín.

A principios de la semana pasada, se practicó la primera operación importante: la de una mujer que sufría hidropesía.

No penséis, sin embargo, que se pueden hacer operaciones delicadas, pues se carece de lo más necesario.

Nuestro hospital es un local estrecho, dividido por un tabique hecho de papel y cañas. Una parte se dedica a las prácticas quirúrgicas. La otra sirve de aposento a la religiosa enfermera.

En la parte dedicada a operaciones, no hay más que una mesa pobrísima que vale para todo menos para una clínica; cerquita hay una cama con jergón de paja. Y acabad de contar. La luz, los desinfectantes y otros elementos, tan imprescindibles para una operación quirúrgica, brillan por su ausencia.

El doctor, que es un chino muy bueno y listo, echa en falta todo. Pero la suma pobreza de nuestra Misión, quizá la más pobre de China, no nos permite mayores lujos⁵⁸.

⁵⁸ Cf. Verdad y Vida, 1934, p. 381-382. Cf. también Gulina, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China, p. 58. Este hospital, ante la crisis económica provocada por las guerras internas de China y la falta de ayudas por parte de España, a causa de la guerra civil, "cerró sus puertas en 1936. El Dr. Mei tuvo que marchar y lo que quería llegar a ser un flamante Hospital Católico descendía a su anterior categoría de humilde dispensario" (Gulina, Rafael de, ibidem, p. 58).

Otra obra emprendida en 1933 –y que denotaba también un progreso de la Misión– fue la construcción, para las hermanas, de una vivienda amplia, de dos pisos, y que tenía forma de Pagoda.

Llegan los refuerzos

Superadas en buena medida las difíciles condiciones vividas en China entre 1929 y finales de 1930, a causa principalmente del hambre provocada por la pérdida de cosechas, en 1931 se preparó, por parte de los Superiores capuchinos y de las Superioras de las hermanas, una nueva expedición misionera al Kansú. Para ellos era la cuarta expedición y marchaban tres padres y tres hermanos; para las hermanas era la segunda y la componían estas cinco hermanas: Liberata de Azcona, Agustina de Sesma, Imelda de Yelz, Milagro de Ororbia y Marina de Iturmendi.

En la Iglesia parroquial de Amurrio, repleta de fieles –y con la asistencia de las hermanas de las Casas del propio Amurrio y de Respaldiza, además de algunas hermanas refugiadas en esta última Casa desde la quema de Conventos de 1931 en Valencia– tuvo lugar la despedida de las nuevas misioneras.

La Misa –celebrada a las 10,30– fue oficiada por el padre Gumersindo de Estella. Por la tarde –a las 15,30– se celebró, en la propia iglesia, un acto en el que se rezó el Rosario y predicó el padre Gumersindo, y en el que, además, las cinco hermanas fueron pasando una a una por el presbiterio y, después de hacer *promesa de servir a la Misión a la que habían sido destinadas*, recibieron de manos del padre el crucifijo misionero. Finalizado este acto, tuvo lugar –a las 18 h.– en el Salón parroquial, una *Velada literario-musical* en honor de las misioneras, en la que, junto a sentidas canciones y alguna



representación alusiva a las misiones, se declamaron distintas poesías ⁵⁹.

Días más tarde, tuvo lugar en San Sebastián –en el templo del Buen Pastor– el envío oficial de todo el grupo de misioneros y misioneras –once en total, seis capuchinos y cinco hermanas– que estaban ya a punto de embarcarse para la China. El templo estaba a rebosar y el padre Provincial de Navarra fue entregando a cada uno de los enviados la correspondiente Obediencia e imponiéndoles el Crucifijo que los identificaba como misioneros ⁶⁰.

El 11 de noviembre de 1931 embarcaron en Barcelona en el vapor *Coblenz* –de la compañía Bremen, a la que pertenecía también el Saarbrucken en que marchó la primera expedición de las hermanas– y, al despedirse de aquel puerto, cantaron una *Salve* a todo pulmón que resultó inolvidable y muy emocionante para todos.

El itinerario marítimo –según lo relata fray Conrado de Salinas ⁶¹– fue en todo idéntico al realizado por las primeras hermanas.

La hermana Eugenia Galarza – Marina de Iturmendi en religión – sintetizó sus experiencias, durante aquel largo itinerario, así:

— En 48 días de viaje hubo tiempo para todo, especialmente para mareos, pues el barco perdió el rumbo en alta mar. En uno de estos mareos, a un hermano capuchino le cayó la dentadura al mar, junto con lo que le quedaba en el estómago.

⁵⁹ Cf. Verdad y Caridad, 1931, n. 92, p. 380-381.

⁶⁰ Cf. Verdad y Caridad, 1931, n. 92, p. 368-369.

⁶¹ Cf. Salinas, Conrado de, Cartas del 3-12-31, del 3-1-32, del 12-

²⁻³² y del 29-2-32, en Archivo Provincial Capuchinos. Pamplona.

El padre Rafael de Gulina nos esperó en Manila el 24 de diciembre. De aquí llegamos a Shanghai el 28 y estuvimos hasta el día de Reyes. El camino de Shanghai a la Misión lo hicimos: unos días en tren y otros, en camiones, sentadas encima de nuestros equipajes ¡Toda una maravilla de Santa Pobreza! Un día entero fuimos en un furgón, sin parar.

Llegamos a una Residencia de padres italianos, dispuestas a devorar lo que nos pusieran. Nos sirvieron unos panecillos redondos y revuelto de huevos. Abrimos el pan y a una le salió un piojo de tamaño regular... Lo quitó tranquilamente y se comió el pan tan a gusto.

Unos días más tarde, nos hospedamos también en esta Casa de padres italianos, aunque esta vez se trataba de la Casa central. Aquí descansamos dos días. Tres días más tarde, llegamos a nuestra Misión 62.

Fray Alfonso de San Martín –compañero de expedición–completó así la narración de la hermana Eugenia:

Después de cuarenta y ocho días de navegación, pasamos otros quince de vida errante, yendo de tren en tren, de misión en misión, cargados siempre de maletas, maletines y mantas de viaje, con aspecto de vagabundos y no de la mejor calidad.

Hemos dormido dos noches sobre los bancos del tren; otras dos sobre la mesa del comedor de una pobrísima Estación italiana, en la que faltaba de todo, menos la caridad de los misioneros que, a escondidas, durmieron en el suelo.

⁶² Cf. Galarza, Eugenia, Relato de China, p. 1-4.



También nos tocó dormir un par de noches en los famosos "kanes", y en uno de ellos, el padre Pedro de Tolosa se asó la mitad de carne que llevaba. Un día nos tocó hospedarnos en un "diversario" chino..., que me hizo pensar en el Portal de Belén, envidiando a San José la calefacción que debió encontrar entre la mula y el buey. A la mañana siguiente, alquilamos un auto ya anteriormente tomado de herrumbre... Veinticinco veces bajó el chofer a soplar el motor; cuatro o cinco bajamos nosotros para evitar que alguno de los barrancos que escoltaban el camino, soplara la lámpara no muy encendida de nuestras vidas. Momento hubo en que faltó la dirección y el auto fue a dar contra un ribazo...

Llegamos a una Misión de italianos, donde encontramos un misionero de Beasain –27 años en las misiones– y con un catalán, que estaba ya 20 años en China.

Pasados seis días de grata compañía, emprendimos, en un camión destartalado, la última etapa del viaje... No habíamos andado 20 de los 500 km que nos faltaban, cuando, al pasar por un puente, se rompió el eje de una de las ruedas... Con llegar con 24 horas de retraso al término de nuestro viaje, nos tuvimos por muy afortunados.

Bien embozados en nuestros abrigos, encasquetados los gorros de piel y caladas las gafas de defensa contra el polvo, entramos en Pingliang⁶³.

⁶³ Cf. SAN MARTÍN, Alfonso de, Carta a los estudiantes del Colegio de la Inmaculada de Pamplona, en Verdad y Caridad, 1932, p. 187-189. En el Álbum de fotos de esta obra se puede apreciar una instantánea que muestra el momento de la llegada a Pingliang y cómo iban ataviados misioneros y misioneras.

La llegada a Pingliang tuvo lugar el 27 de febrero de 1932 y el recibimiento de los nuevos misioneros y misioneras fue impresionante: abrazos, gritos, lágrimas, de todo. Hasta una traca china fue disparada en su honor, según contó fray Alfonso de San Martín.

Por parte de las hermanas que ya estaban en Pingliang desde hacía casi dos años, los sentimientos experimentados con el refuerzo que les llegaba, quedan expresados así:

– El personal que había llegado era ya un personal más preparado. Y con su ayuda, nos sentíamos capaces de todo. Nosotras –las que ya estábamos – con la experiencia de dos años pasados en una pobreza tremenda, en medio de sustos y con unos fríos de 28 y 30º bajo cero. Gracias que las nuevas llegaron pasados cuatro meses de frío, pero aún así les tocó pasar lo suyo, pues, hasta junio, hacía frío ¡Pero nosotras habíamos pasado tanto!

Procurábamos atenderlas. Les costó hacerse a ello, pero ya no fue como con nosotras, que casi todo lo tuvimos que aprender por señas.

Pasamos unos días felices todas juntas, pero muy pocos, porque en mayo hice mis votos perpetuos y salimos a fundar Sifengchen⁶⁴.

Las hermanas que acababan de llegar se dedicaron en un principio y de forma casi exclusiva a aprender el nuevo idioma.

Ya repuestas del largo viaje empezamos a estudiar chino. Desde luego, muy difícil por su pronunciación. A
mí personalmente no me asustó, sin embargo, dema-

⁶⁴ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 17.



siado, pues el vascuence todavía es peor. Por ello, a las que sabíamos vasco, nos fue más fácil dominarlo 65.

Con Sifengchen, se cumple el plan inicial

La fundación de Sifengchen estaba prevista –según el plan original trazado por los capuchinos y las Superioras de las hermanas, que se realizase al mismo tiempo que la de Pingliang, quedándose tres –de las seis hermanas de la primera expedición– aquí, y marchando las otras tres a Sifengchen.

No fue posible, sin embargo, dadas las dificultades iniciales con el idioma y dado también que de las seis hermanas una de ellas manifestó bien pronto –como se verá– que no estaba a gusto en la Misión. Pero en 1932, tras la llegada de otras cinco hermanas, se consideró que era el momento oportuno de emprender la fundación que había quedado en suspendo.

Tan pronto como profesé –cuenta la hermana Modesta–, el padre Prefecto nos dijo que teníamos que salir hacia Sifengchen, pues los soldados o ladrones querían apoderarse de la casa.

¡Poco teníamos que preparar, tan poco era lo que teníamos! Sólo cargamos con lo indispensable para cambiarnos⁶⁶.

A primeros de junio de 1932, salieron de Pingliang, camino de Sifengchen, las hermanas Amelia de Oroz-Betelu, Superiora, Milagro de Ororbia, Pacífica de Anna y Marina de Iturmendi.

⁶⁵ Cf. GALARZA, Eugenia, Relato de China, p. 3.

⁶⁶ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 19.

Todo un día tuvieron que viajar en carros y caballos, con serias dificultades. Atravesaron tres ríos con no poco peligro. Uno de ellos estaba tan crecido, que los chicos tuvieron que pasarlas a hombros. Llegaron a Sifengchen al anochecer.

La gran sorpresa que se llevaron a su llegada, la relató así la hermana Modesta:

 Nos encontramos que "de casa, nada", pues lo único que había eran unas cuadras de animales. A nosotras aún nos tenían que construir la casa.

Estuvimos un mes comiendo con los padres -que eran dos en aquella Estación misional- y durmiendo los cuatro en común. Gracias que la estancia era bastante buena para expansionarnos un poco.

Poco después empezaron las obras. Encima de las paredes de los cuadros pusieron los techos de caña y un papel que parecía de fumar.

Al poco tiempo, ya teníamos "vecinos" que se asomaban por las ventanas que ellos mismos hacían en la pared ¡Qué ratones!.

Por fin, al mes, pudimos ir a nuestra casita, tan pobre y tan querida⁶⁷.

Una de las primeras cosas: que hicieron, al tiempo que colaboraban con los padres –como en Pingliang– fue abrir un *dispensario* "y hasta que hicieron un cuartito para ubicarlo, cenaban en la calle" ⁶⁸. Este dispensario fue atendido principalmente por las hermanas *Milagro de Ororbia*, que era enfermera profesional, y la propia Superiora, que se fue

⁶⁷ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 19-20.

⁶⁸ Cf. GALARZA, Eugenia, Relato de China, p. 4.

do libros de

especializando, como buena autodidacta, leyendo libros de medicina, traídos por las hermanas:

- ¡No se puede uno imaginar lo bien que sentó al pueblo nuestra llegada y no os digo a los pobres misioneros!

Abierto el dispensario, enseguida empezó la gente a llamarnos de los pueblos y cuevas. Y cuando íbamos a curar fuera, nos seguía un montón de gente detrás, para que los curásemos 69 con lo poco que teníamos de medicinas. Había día que curábamos hasta 180 de sífilis, sarna, lepra... Como nos trajeron nuevos libros de medicina, a mí -la más ignorante- me tocó consultarlos mucho, para poder hacer ungüentos, como el que llamábamos "del misionero", y que los chinos apreciaban mucho, pues con él se curaban de todas las enfermedades. En realidad, se trataba de Yodoformo (un antiséptico y analgésico). Cuando lo preparaba cerca de la cocina (pues la casa era muy pequeña) la hermana Marina, la cocinera, me decía: "Como hagas más de esa medicina aquí, yo no hago más comida". Y yo le contestaba: "Mira, si no es por estos ungüentos que fabricamos, no podríamos comer, pues aunque se lo damos todo casi gratis a los enfermos, como ellos piensan que lo mejor es lo que cuesta dinero, les cobramos una mínima parte y con eso vamos comprando más medicinas y comida".

Yo, ayudando a la hermana en la enfermería, fui aprendiendo a poner hasta intravenosas, pues la enfermera tenía mucho miedo a ponerlas, por si le pasaba algo al paciente ¡Dios sabe el número de Septenarios que hemos rezado a la Santísima Virgen, para

⁶⁹ Estas palabras hacen evocar con espontaneidad los pasajes de Jn. 6, 2; Mt. 14, 13b-14, Mc. 6, 33-34 y Lc. 9, 11.

que, por intercesión de nuestro Padre Fundador, nos ayudara! ¡Y cuánto nos ayudó! 70

Aparte de atender el *dispensario* –que conllevaba también la visita domiciliaria a enfermos–, tuvieron también a su cargo la Santa Infancia, el cuidado del Asilo de ancianos, la atención al catecumenado y se encargaron de preparar la comida para todos y del lavado y arreglo de ropa. Amén de todo esto: visitaban la cárcel de la localidad, atestada de maleantes y guerrilleros, para curar sus dolencias, y, en ausencia de los padres, se encargaban de la atención de diversas necesidades pastorales, como la asistencia a moribundos, la celebración de entierros y la administración de bautizos.

Consiguieron tener –por su testimonio de entrega generosa y sacrificada a la población– una buena relación con las autoridades del lugar –mandarín, alcalde, jefe mahometano, etc.–, y éstos las llamaban como enfermeras, las visitaban con algún presente e incluso las invitaban a algún banquete, si bien no siempre acudían. Todas las oportunidades las aprovechaban para sembrar la semilla del evangelio⁷¹.

Por supuesto, no faltaron dificultades y privaciones:

Aquí teníamos que lavar en la calle y el jabón, además, brillaba por su ausencia; lejía teníamos la que hacíamos con ceniza de carbón vegetal. Teníamos que hervir toda la ropa, pues si no los piojos no emigraban. Hasta en la comida aparecían. Una hermana –en plan de chanza– le preguntó al padre si se podían comer en viernes y le contestó que sí, pues eran carne de pescado⁷².

⁷⁰ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 20.

⁷¹ Cf. Iriarte, Lázaro, Historia de la Congregación, p. 182-183.

⁷² Cf. Galarza, Eugenia, Relato de China, p. 4.



En invierno era frecuente la visita de lobos que llegaban hambrientos en busca de comida y se lanzaban a atacar a los niños. En una ocasión, gracias a los perros de casa, que se les enfrentaron, las hermanas pudieron rescatar a una niña que habían cogido⁷³.

En 1934 –cuando llevaban en Sifengchen un par de años– salieron de la comunidad, destinadas a Pingliang, las hermanas Pacífica y Marina, y en su sustitución llegaron las hermanas Liberata y Agustina. La hermana Modesta comentaría así estos cambios:

 Ahora éramos ya tres para curar. Eran muchos enfermos y una sola no podía, pues se hacían muchas visitas domiciliarias por las calles de la población o de pueblecitos vecinos.

Por esta época –añade– nos visitó el cólera. La gente caía muerta a montones. En la Misión tuvimos unos cuantos enfermos entre hombres y mujeres ¡Gracias a Dios, no se nos murió ninguno! Los atábamos de pies y manos y les poníamos trapos empapados de vinagre caliente (todo lo caliente que se podía resistir) y se ve que esto les fortalecía los intestinos. ¡Qué días más trágicos! Las tres, novatas en la materia, para atender aquello, y la cuarta, para calentar el vinagre y hervir el agua para beber.

Nos decíamos: "En cualquier momento puede caer una de nosotras". ¡Pero nos daba tal fuerza el Señor para ayudar a aquella pobre gente, que nos olvidábamos de todo! 74.

⁷³ Cf. Iriarte, Lázaro, Historia de la Congregación, p. 183.

⁷⁴ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 23.

Se multiplican los sobresaltos

En 1921 –ocho años antes de la llegada de las hermanas a China– Chen Duxin fundó en este país el Partido Comunista, que se asentó fundamentalmente en las Provincias sureñas de Jiangxi y Fujian, donde Mao Zedong estableció, entre los años 1930 a 1934, la *República Soviética China*.

Por esos mismos años, sin embargo, el General *Chiang Kai-shek* suprimió la colaboración que se venía manteniendo con el Partido Comunista y los cercó en las provincias del Sur en que se había hecho fuerte. Ante esta situación, los comunistas, logran romper el cerco, iniciando –el 16 de octubre de 1934– la conocida como *Larga Marcha de Mao*, que recorrería 12.500 km en 370 días, llegando a las Provincias del Nordeste y, entre ellas, al Kansú.

En tanto que Mao proseguía su avance hasta el Norte, grupos de comunistas venían actuando, desde finales de 1933, en los bosques de la Prefectura de Pingliang, cometiendo desde allí distintos asaltos y robos, principalmente a ricos y misioneros⁷⁵.

La hermana Modesta, recordando estos años, escribiría:

 Teníamos a los comunistas siempre cerca y venían muchos a curarse a nuestro dispensario... A nosotras nos querían mucho porque éramos para todos igual. En cambio a los padres los miraban como a gente más burguesa...⁷⁶

⁷⁵ Cf. Gulina, Rafael de, *Kansú, la misión más pobre de China*, p. 36-38. En estas páginas, el padre Gulina relata además el secuestro sufrido por el padre Fernando de Dima el 12 de noviembre de 1933 en Sanshelipú y los castigos y escarnios que soportó sin perder la sonrisa. Este padre no fue liberado hasta el 5 de enero de 1934, gracias a una incursión del ejército de Chang-Kai-shek (cf. *Ibídem*, p. 181). 76 Cf. NOAIN, Modesta, *Diario del viaje a China*, p. 22.

Sanshelipú. Hospital de Sangre

En febrero de 1935, hubo un enfrentamiento entre los comunistas y las tropas gubernamentales en las cercanías de las Estaciones Misionales de Kingyang y Sanshelipú.

Ante esta situación, el Prefecto dio órdenes a los misioneros de dichas Estaciones para abandonarlas.

Antes, sin embargo, de que los padres marcharan, el general mahometano Manjongping, de la 35^a división, que contaba 9.000 soldados, recibió órdenes de Lanchow y Nanking de ir en persecución de los comunistas.

La batalla fue muy sangrienta y, finalizado el ataque –en el que murieron más de 300 comunistas y 60 de sus caballos, mientras que el ejército regular tan sólo contó con 2 muertos y 9 heridos– el general mahometano ofreció a los misioneros la dirección de un Hospital militar instalado en Sanshelipú.

Aceptado el compromiso, al día siguiente salieron hacia aquel hospital las hermanas *Milagro de Ororbia* y *Liberata de Azcona*, ambas de la Misión de Sifengchen, quienes, "armadas de valor heroico, vencido todo obstáculo por amor de Dios y por las almas, y con alegría franciscana", se lanzaron a curar heridos de ambos bandos y, al tiempo que curaban las heridas corporales con sus manos y medicinas, procuraban, en lo posible, curar las gravísimas heridas de sus almas mediante su buen ejemplo y edificantes palabras.

A principios de mayo, fueron trasladadas a Kingyang los tres heridos que quedaban y a mediados de ese mismo mes, las dos hermanas regresaron a Sifengchen⁷⁷.

⁷⁷ Cf. Cartas de fray Conrado de Salinas y fray Leonardo de Berbinzana, en *Verdad y Caridad* 1935,p. 241-246 y 249-251.

También de esta estancia de las hermanas en Sanshelipú guardaría, la hermana Modesta, estos recuerdos:

– El general mahometano –que era hombre bueno – pensó que nadie mejor que las vírgenes –como nos llamaba a las religiosas – para cuidar de los heridos, internados en un Hospital de Sangre, que había establecido cerca de la Misión en Sanshelipú.

Mientras Liberata y Milagro estuvieron allí, Agustina y yo continuamos atendiendo el día a día de la Misión de Sifengchen.

El general, por su parte, se preocupaba de que nos trajesen regularmente noticias de cómo se encontraban las desplazadas, y un buen día nos invitó, a las que habíamos permanecido en Sifengchen, a ir al Hospital para que pasáramos el día las cuatro juntas. Vinieron con un camión—que no sé cómo pudo subir por aquellos montes— y al llegar nos tenía preparado un banquete... La comida no pudo ser mejor..., el trato delicadísimo y el general en persona nos servía, probando él primero los platos, para que comiéramos tranquilas.

Al acabar la comida nos anunció que el trabajo había terminado. Nos agradeció el servicio realizado y nos regaló telas preciosas y algo de dinero.

Estando Milagro y Liberata en el Hospital, nos trajeron a la Misión otro general casi ciego, que casi no podía abrir los ojos. Lo curé con paños de agua "vosicada" y para el tercer día ya estaba curado. Se fue tan contento, que, al día siguiente volvió y le entregó al padre unos dólares para la virgen que lo había curado⁷⁸.

⁷⁸ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 23-24.



El sobresalto más fuerte tuvo lugar, sin embargo, en agosto de 1935, con la llegada a los alrededores de Pingliang de las tropas de Mao⁷⁹.

Los padres destacados en las Estaciones Misionales del Sur, llegaron a Pingliang, perseguidos de cerca por los comunistas. También se habían refugiado en Pingliang los hermanos de la comunidad de Sifengchen.

El 14 de agosto, ante la inminente amenaza de que los comunistas entraran en la ciudad, se decidió desalojar el Orfanato, distribuyendo a los niños entre las familias cristianas, y los misioneros, las hermanas y los seminaristas salieron camino de Sianfú, capital de Shensi.

Llegaron a Sianfú dos días más tarde –el 16– después de un viaje muy duro, en el que tuvieron que dormir en cuevas y aguantar una gran tormenta.

En Sianfú permanecieron las hermanas durante dos meses, en los cuales visitaron a los pobres y enfermos del entorno y realizaron curas que les pagaban, lo que contribuyó a su manutención.

Estando precisamente en Sianfú, los capuchinos propusieron a las hermanas, por primera vez, regresar a España en tanto se despejaba el panorama político, pero casi todas ellas prefirieron correr la suerte de los demás ⁸⁰.

Pasado el peligro misioneros, hermanas y seminaristas volvieron a sus correspondientes Misiones.

⁷⁹ Días antes de llegar a Pingliang habían atacado el Vicariato de Tsinchow y los capuchinos alemanes tuvieron que dispersarse, mientras que sus seminaristas y religiosos huyeron a *Sianfú* (cf. Gulina, Rafael de, *Kansú*, *la misión más pobre de China*, p. 39-40).

⁸⁰ Cf. Iriarte, Lázaro, Historia de la Congregación, p. 181 y 183.

El grupo de once, se reduce a ocho

De las once hermanas llegadas a China en las dos expediciones que se hicieron, a finales de 1935 tan sólo quedaban ocho.

La primera en abandonar China fue la hermana *Pilar de Altura*.

"Ya en Barcelona –anotaría la hermana Modesta en su Diario– noté algo entre ella y la Superiora. Y el caso es que en Carcagente, donde ambas coincidieron de comunidad entre 1926 a 1929, no se había notado nada"81.

El caso es que, una vez en Pingliang, la hermana Pilar dio muestras de que no se adaptaba a aquella vida y manifestó repetidamente su deseo de regresar a España.

Con el fin de que se serenase un poco fue enviada a otra Misión, en compañía de la hermana Leontina, pero ni los dos meses que permaneció en esta nueva casa la hicieron cambiar de idea.

Finalmente, las Superioras dispusieron que regresara a España en diciembre de 1931 cuando llegaba a China la segunda expedición de hermanas.

La hermana *Pacífica de Anna* fue la segunda que causó baja, aunque, eso sí, por motivos bien diferentes. A finales de 1933, "el agotador trabajo que ella misma se había impuesto, movida por su espíritu de caridad y servicio, acabó por pasarle factura y no tardó en resentirse hondamente su salud". Y a pesar de haber sido trasladada a Pingliang, para poderla atender mejor, el 21 de febrero de 1934 fallecía, cuando aún no tenía los cuarenta y dos años de edad"82.

⁸¹ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 16.

⁸² Cf. Vives, Juan Antonio, *Necrologio. Terciarias Capuchinas*, T. I, p. 58-62.



Desde entonces, aguarda en Pingliang, junto a otras dos hermanas fallecidas en China, el regreso de la Congregación.

La tercera baja producida antes de finalizar el año 1935 fue la de la hermana *Catalina de Sesma*. La decisión de regresar la tomó, cuando, estando en Sianfú, donde se habían refugiado a causa del enrarecido panorama político y social que se estaba viviendo, los capuchinos propusieron a las hermanas volver a España hasta que se aclarase todo. Sus compañeras desecharon la idea, pero ella se acogió a lo propuesto, pues no se sentía con fuerzas para seguir y, con el permiso de sus Superioras, regresó a España en diciembre de 1935 83.

Su Padre Fundador no las olvidó

Al despedir en Massamagrell –el 3 de noviembre de 1929–la primera expedición de hermanas que iban a China, el padre Fundador –como recordara la hermana Modesta, "lloró con lágrimas y gemidos" ⁸⁴ intuyendo, quizá, que ya no las volvería a ver.

Aquello, sin embargo no fue totalmente una despedida, pues, aunque sus cuerpos –el del padre Fundador y los de las hermanas– se distanciaron en el espacio, sus espíritus permanecieron unidos y posiblemente con más fuerza que cuando eran físicamente vecinos. Ni él las separó afectivamente nunca de sí, ni ellas le dejaron de tener presente constantemente.

⁸³ Cf. Vives, Juan Antonio, *Necrologio. Terciarias Capuchinas*, T. III, p. 997-1002.

⁸⁴ Cf. más arriba, p. 31.

Los primeros bautizos que hice –anotaría, la hermana Modesta– fueron por mi Padre Fundador y le escribí una cartica, que fue contestada por él, en la que le comunicaba que a uno de los niños bautizados le había puesto el nombre de "Luis", en su honor. ¡Qué lástima que al llegar los comunistas a la Misión se quemó todo entre los demás papeles!

Me acuerdo que un día me llamaron para asistir a una mujer que estaba de parto. Cuando entré, vi a una anciana junto a la parturienta con un cuchillo en las manos, que tenía las uñas como un tizón...

Tenía la parturienta una cuerda tremenda atada a la cintura, para que el niño no se le subiera al estómago... Como lo vi todo tan negro y no podía hacer nada, les dije: "Mirad, yo no he traído nada para darle, pero sí tengo en casa unas hojitas que son muy buenas y le ayudarán". Y como nos habían mandado hojas o pétalos de cuando murió el padre Fundador (no sé si de la caja o los habían pasado por sus manos) en caso de apuro las dábamos frecuentemente.

Y como ella tenía mucha fe en nosotras y en nuestra medicina, se las tomó... Y cuál fue mi sorpresa, cuando al anochecer vienen a decirnos que, por la medicina, había dado a luz, sin abrirla ni nada...

Dimos gracias a Dios, llenas de alegría, pues Nuestro Padre Fundador nos oía de verdad... Todas las que estábamos allí lo habíamos conocido y le teníamos mucha devoción⁸⁵.

Si sus hijas no lo olvidaron, tampoco él las olvidó nunca y las tuvo siempre muy presentes y cercanas en el afecto de

⁸⁵ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 20.



su corazón. De hecho, cuenta uno de sus biógrafos, que, cuando estando ya en el lecho de muerte, se le comunicó que sus hijos de Colombia y de Italia le acompañaban con sus oraciones y que le habían escrito sus hijas de China, él, al oír China, sacó las manos para aplaudir.86.

Plan General Misionero

La labor misionera, aunque nunca dejó de tener un cariz de aventura, no por ello respondía a acciones improvisadas, antes por el contrario, éstas se desarrollaban de acuerdo a un plan previsto, con sus objetivos y medios.

El Plan General Misionero llevado a cabo en concreto por los capuchinos no sólo en China, sino en otros muchos lugares, lo expone sintéticamente así el padre Gulina:

 Las obras misionales son los brazos con que el misionero trabaja en las almas de los paganos.

Con dispensarios y escuelas se trabaja para anular obstáculos, que la ignorancia y el miedo a una cultura desconocida, ponen a la fe.

Con otros, como Catecumenado y Seminario –se atiende directamente a la conversión de quienes no profesan aún la fe cristiana, o se preparan promociones escogidas de sacerdotes indígenas ⁸⁷.

Especial relevancia se daba sin embargo al Catecumenado:

 En todas las Estaciones Primarias –en las que habitualmente reside un misionero– se procura levantar

⁸⁶ Cf. Luis Amigó. Boletín Informativo, n. 257, p. 22.

⁸⁷ Cf. Gulina, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China, p. 49.

un largo edificio, dividido en tres departamentos: sala de estudio, comedor y dormitorio. Es el catecumenado.

En él habitan separadamente, durante unos meses, el número de hombres y mujeres que los medios de la Misión permiten, instruyéndoles en las verdades principales de la fe. Viene a ser como un cursillo intensivo, que se cierra con el bautismo de los que se hallan preparados.

Durante el catecumenado, todos los gastos corren a cargo de la Misión.

Funciona durante el invierno –de octubre a abril, de ordinario–, se procura que cada año salgan de ellos –tres tandas de nuevos cristianos–. Catequistas pagados por la Misión explican las verdades de la fe, bajo la supervisión del misionero.

La recluta de aspirantes y catequistas corre a cargo del misionero durante primavera y verano.

Los catecúmenos, una vez bautizados y vueltos a sus casas, son periódicamente visitados por el misionero, quien ha de trabajar lo indecible, sobre todo al principio, para que mantengan íntegra su vida cristiana.

He aquí, cómo relata un misionero el bautismo de sus catecúmenos en el patio helado de la Estación Misional: "Era la víspera de Navidad y los primeros catecúmenos habían aprendido el catecismo del bautismo y las primeras y principales oraciones. El bautismo de los hombres fue algo que debió impresionar profundamente el alma de los neófitos. Veintiún hombres de pie, escoltados por sus padrinos, formaban en semicírculo y en el centro, en una silla sin respaldo, sentábase uno de ellos, que mantenía en alto una lámpara de petróleo, que proyectaba contra las paredes las sombras de la concurrencia:



- "¿Renunciáis a Satanás?" les preguntaba el padre.
- "¡Renuncio...!" Contestaban con decisión, uno tras otro...

Un maestro viejo, al llegarle su vez, lloraba a grandes gritos y un pequeño seminarista murmuraba a espaldas de su Prefecto: "Cuidado que le cuesta a éste dejar las malas compañías"...

Media hora después, cuando el reloj de la Catedral -si en Pingliang hubiera habido Catedral o, al menos reloj- indicara la medianoche de la Noche Buena, el agua bautismal que con una jarrita derramaba, el Prefecto, sobre las frentes de los nuevos cristianos, replicaba en el fondo de la jofaina, como las campanillas de la Noche de Navidad"88.

⁸⁸ Cf. Gulina, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China, p. 50-52.

Al ritmo de la gran marcha (1935~1945)



A mediados de octubre de 1935, las hermanas pudieron regresar desde Sianfú –donde se habían refugiado– a sus respectivas Misiones de Pingliang y Sifengchen, pero su vida no tuvo ya, en ningún momento, la tranquilidad –aunque nunca había sido, ni mucho menos, absoluta–, que gozaron en los inicios de su estancia en China.



La situación político-social se fue agravando, cada vez de forma más acelerada, y las hermanas tuvieron que afrontar estos años como verdaderas, *forasteras y peregrinas*, al ritmo que, de alguna manera, iba marcando la *Gran Marcha* dirigida por Mao.

Un primer contratiempo serio fue ya para las misiones de Pingliang, el inicio –el 18 de julio de 1936– de la Guerra civil española, por lo que supuso de aislamiento de sus Superiores religiosos –tanto los capuchinos, como las hermanas–, que ya no pudieron enviarles nuevos refuerzos de personal, y por lo que supuso también de merma de su capacidad económica, al verse prácticamente cortadas las ayudas de dinero, alimentos, medicinas, etc., que regularmente les enviaban desde España.

Por otra parte, en la propia China –y más concretamente en los territorios de la Prefectura de Pingliang–, tras un breve período de relativa tranquilidad, propiciado por la retirada de las tropas comunistas de dichos territorios, gracias a la acción que había llevado a cabo el ejército gubernamental, el panorama volvió a ensombrecerse bien pronto al ser víctima de un secuestro el general Chiang-Kai-sheck por las tropas de Chang-sho-leang y de los propios comunistas⁸⁹. Para su puesta en libertad, Chiang-Kai-sheck tuvo que firmar un pacto con sus secuestradores, comprometiéndose a luchar juntos contra el Japón.

⁸⁹ El secuestro se produjo en la ciudad de *Xi'an* y duró del 12 al 25 de diciembre de 1936. Se le acusó de haber respondido tibia y débilmente a la invasión que los japoneses habían realizado en Manchurria –el 19 de septiembre de 1931–, imponiendo allí un gobierno títere de sus propios intereses.

Por ese pacto, el ejército rojo fue reconocido como ejército regular –con los mismos derechos y grados que el ejército del líder nacionalista–, aunque a éste se le designaría Generalísimo de ambos ejércitos. Por el mismo pacto, se establecía, además, que en las regiones dominadas por los comunistas el día de su firma, el régimen y el método sería el de éstos, y en los otros territorios, el de los nacionalistas de Chiang-Kai-sheck. Precisamente por ello, la mitad septentrional de la Misión de Pingliang quedó en manos de los comunistas ⁹⁰.

Seis meses después de haberse firmado el pacto entre nacionalistas y comunistas, los japoneses, quizá considerando que esa unión de fuerzas militares en China, sería una seria amenaza para sus planes imperialistas en Asia, declararon oficialmente la guerra al Gobierno chino el 7 de julio de 1937⁹¹.

Como era de temer, la apertura de este nuevo frente bélico complicó –si cabía– aún más la situación de las hermanas, que no tenían sólo que huir ya de las incursiones de los comunistas, que continuaban acechando las inmediaciones de sus Estaciones Misionales, sino que debían protegerse también de los bombardeos que los japoneses realizaron, a partir de entonces, en la zona.

La situación se agravó todavía más con la entrada de Italia en la guerra, al lado de los alemanes, en junio de 1940, pues cerró otra vía fundamental de comunicación y abastecimiento de los misioneros. También fueron importantes

⁹⁰ Cf. Gulina, Rafael de *Kansú*, *la misión más pobre de China*, p. 43. 91 Esta guerra se convertiría, a partir de 1941 en un frente más de la II Guerra Mundial, al aliarse Japón con Alemania e Italia y formar el eje Berlín-Roma-Tokio. La guerra chino-japonesa no concluiría, pues, hasta que, el 9 de septiembre de 1945, se dio por finalizada la contienda en el Pacífico.

hándicaps: la ofensiva contra Rusia, llevada a cabo por los japoneses, que interrumpió la *vía transiberiana*, por donde los misioneros podían comunicarse con bastante rapidez, y la ocupación de Hong-Kong y de Filipinas por las fuerzas niponas, que cerró otro de los cauces por donde llegaban ayudas y financiación⁹².

El propio Prefecto Apostólico resumía así la situación de sus misiones a partir de la apertura de los distintos frentes de guerra:

No pueden figurarse los apuros económicos que estamos pasando. Desde el inicio de la guerra, se han ido cerrando todas las puertas... Hemos tenido que vender los animales de montar, y los misioneros deben de andar distancias enormes a pie, lo mismo en el buen tiempo, que en el malo. La mayor parte de los misioneros sólo hacen una comida formal, es decir, sólo comen una vez un poco abundante, pero... no prueban la carne.

Aquí en Pingliang, al anochecer no tomamos más que un platito de verdura... Las escuelas y los catecumenados hemos tenido que cerrarlos y despedir a maestros y catequistas... Estamos poniendo todos los medios para sacar aquí, en Kansú mismo, algún poco de dinero para sostener esta pobrísima Misión que parece que se acerca a su período agónico. El material que teníamos comprado y reunido para la edificación de la Iglesia, y otros muchos objetos, los hemos empezado

⁹² Cf. Gulina, Rafael de, *Kansú, la misión más pobre de China*, p. 44. Todo este bloqueo –añade aquí mismo el padre Gulina– fue tanto más trágico para las Misiones de Pingliang, pues "mientras otras Misiones tenían ahorros en distintos bancos, aquí en Pingliang se vivía al día".

a vender... Para que se formen una idea de nuestras dificultades, les digo que el "tu" de trigo, que antes solía oscilar entre 1 y 2 dólares, ahora cuesta 60 ó 70... y así casi todo lo demás" 93.

Pingliang. Un adiós inesperado

En mayo de 1935, las hermanas –aunque en medio de dificultades– celebraron, gozosas las *Bodas de Oro* de la fundación de la Congregación, y en el mes de julio, el Consejo General procedió al nombramiento trienal de las nuevas superioras de las comunidades y la configuración de las mismas.

Para cuando las obediencias correspondientes pudieron llegar a China, las comunidades –la de Pingliang y la de Sifengchen– estaban viviendo momentos muy delicados, pues las hermanas –reunidas todas ellas en Pingliang, a causa de la amenaza comunista– tuvieron que abandonar esta ciudad el 14 de agosto de aquel mismo año 1935 y buscar refugio en Sianfú⁹⁴.

A la vuelta de aquel exilio –ya en el mes de octubre– pudieron, por fin, dar cumplimiento a las órdenes recibidas de su Gobierno General.

Para esta Casa de Pingliang había sido designada Superiora la hermana Modesta, y ella misma se encarga, una vez más, de recoger en su *Diario*, como fue este cambio:

 En 1935 regresé a Pingliang como Superiora, también vino Milagro y poco después Liberata para el Colegio⁹⁵.

⁹³ Cf. Gulina, Rafael de, Kansú, la misión más pobre de China, p. 44-45.

⁹⁴ Cf. más arriba, p. 73.

⁹⁵ En 1935, la comunidad de Pingliang estuvo conformada en un

En Pingliang se refugió mucha gente desde la entrada de los japoneses en Shanghai. Había muchas niñas cristianas y paganas. Entre ellas la hija de un general chino que estaba luchando en España 96.

La casa de Pingliang no era la que dejamos para ir a Sifengchen en 1932. Era en forma de Pagoda, de dos pisos y bastante arreglada con celditas separadas por medio de unos tabiques chinos (se oía hasta el respirar).

La hermana Milagro era jefa de enfermería y la ayudábamos fray Conrado⁹⁷ o fray Francisco y yo. Era mucha la gente que venía diariamente al dispensario. Yo he visto ejércitos enteros tumbados en tierra, esperando turno... También he visto 8 ó 9 personas, agarradas de las manos, casi ciegos por la gonorrea. A éstos, si los cogíamos a tiempo (entre 2 y 3 días), les curábamos con una inyección.

¡Cuánto se padece de ver tanta miseria y no poder hacer más por esta pobre gente! ¡Con qué fe venían a nuestros dispensarios, tan pobres, pero con una bondad y cariño que a veces, aún sin remedio para

primer momento por: Modesta, Milagro, Liberata y Marina. Cuando llegó Leontina desde Sifengchen, marchó allí la hermana Marina.

⁹⁶ Muy posiblemente se refiera a Chen Agen, quien, a pesar de que la hermana dice que era general, fue en realidad un sindicalista que organizó el Sindicato de Shanghai y fue el único que provenía directamente de China, entre los más de cien brigadistas chinos que lucharon junto a las tropas republicanas en la guerra civil española (cf. Kaosenbared.net / historia de los brigadistas chinos que lucharon en la guerra civil española).

⁹⁷ Fray Conrado de Salinas de Oro falleció en la misma Pingliang el 2 de enero de 1936. Ese mismo año fallecieron el padre *Félix de Arbizu* –en mayo– y el padre chino *Felipe Wang*, en diciembre. En febrero de 1937 fallecía también el padre *Berardo de Lorca*.

su enfermedad, salían tranquilos y sufrían con más resignación! Y nosotras en estos momentos hacíamos lo posible, por hablarles algo tocante a nuestro Dios, al que ellos llamaban "el Abuelo del Cielo"... Con estas conversaciones, muchos no se convertían de momento, pero sí que nos llamaban después, cuando les llegaba la última hora...

La Casa, además de lo dicho, tenía dos lavabos, comedor grande, capilla también grande para todo el personal –éramos unas cien–, una cocina económica de segunda mano que nos habían mandado desde España y que, gracias a ella, en las grandes fiestas hacíamos algo de pasta y pan a nuestro estilo.

Como ya éramos tanta gente, además de lo nuestro, nos ocupábamos de la comida y limpieza de ropa de los padres y capillas, la ropa de los seminaristas 98 –que eran unos 40–, a quienes cada semana se les enviaba individualmente un paquetito con su muda limpia, remendada y planchada.

Ya teníamos planchas de vapor -ya no eran las de hierro y carbón de piedra-. Teníamos un muchacho dedicado expresamente a sacar agua del pozo.

Lo que más trabajo nos daba era el lavado y planchado de los "sanses", vestidos largos de los padres, al estilo chino, que en verano eran blancos.

También nos ocupábamos de la ropa de las niñas -unas 60- y atendíamos a los ancianos enfermos y al-

⁹⁸ El curso 1935-1936 se inauguró un verdadero *Seminario Menor* con 21 alumnos que funcionó junto al *Seminario Preparatorio Indígena* que ya venía funcionando para seminaristas mayores y que, a pesar de las estrecheces por la que pasó la Misión, a partir de 1936, pudo mantenerse en funcionamiento.

gunas niñas muy pequeñas que nos traían con 2 ó 3 días, llenas de piojos y otras cosas peores.

Teníamos un patio y las escuelas bastante espaciosas con dos maestras, un padre que les daba música, la hermana Liberata, labores y algunos maestros de la calle y el padre Wan, chino educado en Europa y que no se llevaba demasiado bien con los otros padres⁹⁹.

En este panorama bastante idílico, dentro de lo que era la vida en las Misiones de Pingliang en aquellos tiempos, bien pronto hubo que hacer restricciones, tales como la de fijar un número máximo para la admisión de catecúmenos o el cierre de algunas de las Escuelas dependientes de la Misión¹⁰⁰.

Con el inicio –en 1937– de la guerra entre China y Japón, se vivió en Pingliang este panorama:

Durante la guerra de China-Japón pasamos mucho. Curábamos cantidad de soldados que nos traían. Algunos venían completamente llagados, con trozos de carne colgando y hasta los huesos se les veían ¡Cuánta lástima nos daban!

También los muchachos que venían del frente, lo hacían todos llenos de malezas y de las peores enfermedades. Eran como sacos rotos ¡No se podía comprender tanta miseria!

⁹⁹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 34.

¹⁰⁰ Las Escuelas Católicas llegaron a superar en fama, –en casi todas las ciudades– a los Centros Oficiales en la materia. De suerte que, haber estudiado en una Escuela Católica, constituyó un excelente título de recomendación. En 1940, aún funcionaban en Pingliang, en medio de las dificultades, tres Escuelas Católicas de primer grado y una, de segundo. Lo ideal hubiera sido poner en marcha una *Escuela Normal*, para la formación de maestros, pero la economía no lo permitió (cf. Gulina, Rafael de, *Kansú*, *la misión más pobre de China*, p. 53).

Un día, la campana de la iglesia de las protestantes anunció el primer bombardeo de los japoneses a Pingliang.

Nosotras bajamos al sótano y enseguida empezaron a caer bombas... Las de la enfermería se metieron debajo de una mesa y los enfermos junto a ellas.

Salimos del sótano, cuando ya no se oían ruidos y en nuestra casa sólo había algunos cristales rotos.

Alrededor de la casa, cayeron muchas bombas y destrozaron muchas chozas, y nos empezaron a traer tal cantidad de heridos, que no dábamos a basto.

Cada vez que había un bombardeo, los padres y los niños venían a nuestra casa, que tenía un poco de sótano. A veces teníamos incluso que comer allí.

Nosotras entrábamos las últimas, pues había que preparar algo para alimentarse. Pero nunca bajábamos sin haber encendido velas a San José, aunque los aviones hubiesen empezado a descargar sus bombas.

Nosotras teníamos puesta toda la confianza en San José y no nos falló nunca.

En una ocasión, llegaron los aviones con una carga terrible para descargar en Pingliang –era miércoles, con más razón, pues, para que San José nos cuidara– y cuando estaban atravesando nuestra ciudad, se dividieron en dos hileras y se fueron a descargar a Lanchow.

Los padres repetían que algo había, cuando tanto nos ayudaba el Señor. Y nosotras les dijimos que todo era por intercesión de San José, a quien habíamos pedido que nos cuidara a los misioneros y a los pocos cristianos que teníamos repartidos en el entorno y gracias a Dios, no cayó ninguna ¡Demos gracias a Dios! 101

¹⁰¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 31 y 36-37.

En medio de aquel clima bélico, a las hermanas les esperaba aún, antes de finalizar el año 1940, un "bombazo" del que esta vez no pudo librarlas San José:

El año 1940 - cuenta la hermana Modesta - nos juntamos todas en Pingliang para hacer los Ejercicios. ¡Cuánto disfrutamos! Fue el último año que lo pasamos juntas las ocho (las cuatro de Pingliang y las cuatro de Sifengchen).

Las cosas se iban poniendo cada vez peor... A los pocos días de marchar las hermanas de Sifengchen, llegó el Prefecto con una carta cerrada y me dice: "Mire, madre, aquí les traigo una noticia y, si usted quiere, yo mismo se la leo a las hermanas".

Le contesté: "Yo misma se la leeré". Pues pensé: "No sé lo que será y cuál podría ser la reacción de las hermanas delante de él".

Me fui a la capilla. Y, después de rezar un Septenario a la Virgen de los Dolores y de pedir la ayuda de San Francisco y del Padre Fundador, leí la carta. Y cuál no sería mi sorpresa al leer que, por favor, teníamos que ir a Paishui, donde habían levantado una casita y un dispensario, para que fuéramos nosotras allí y dejáramos nuestra casa de Pingliang a unas religiosas recién profesas de una Congregación diocesana que había fundado un padre alemán y una religiosa china que era la general de entonces (las recién profesas eran chicas que se habían educado con nosotras) 102.

¹⁰² Se trata de la Congregación de Missionary Sister Oblatas of the Holy Family (OHF) –o si se quiere, Hermanas Misioneras Oblatas de la Sagrada Familia— que actualmente siguen el Pingliang y están presentes además en otras 7 Provincias de China, en Taiwan, en Filipinas,

Yo consideré lo jóvenes y sin experiencia que eran las nuevas religiosas y los peligros que las rodearían y dije a mis hermanas de comunidad, entregándoles la carta: "Miren, hermanas, es duro esto, pero algo querrá el Señor de nosotras".

Como humanas, sentimos dejar una casa que tanto nos había costado arreglar y en la que ya estábamos pertrechadas para afrontar el duro invierno con las tinajas de conservas preparadas... Pero lo que más nos dolía era tener que dejar a las niñas y a la gente, que tanto nos querían.

Las hermanas, aunque con el corazón dolorido, se mostraron todas serenas y dieron testimonio de paciencia a la hora de afrontar el trance.

La carta nos fue entregada en la antevíspera de la Inmaculada –el 6 de diciembre– y para la fiesta –el 8– teníamos que estar en Paishui. La víspera, pues –el 7– recogimos las cuatro cosas que teníamos y en dos carros marchamos con 28º bajo cero.

La llegada de las nuevas religiosas –nos contaron–fue algo tremendo.

El Colegio entero se resistía a recibirlas y alguna maestra, disgustada, se dio de baja.

Los padres capuchinos, por su parte, quedaron con un gran disgusto.

Y hasta los mismos chinos decían: "¿Por qué tiene que ir a Paishui éstas y no las otras?

en Australia, en América y en Roma. Los cimientos de la fundación se deben al padre José Freinademetz, pero, al fallecer éste en 1908, se encargó de realizar oficialmente la fundación –el 2 de octubre de 1910–monseñor Augustinus Henninghaus SVD que había fallecido también en 1939, en vísperas de que sus monjas se asentaran en Pingliang. Cf. más adelante, *El sueño que no pudo ser*, p. 123-126.

Más tarde me enteré, por las propias neoprofesas -que habían sido alumnas nuestras- cómo fue todo.

¡El Señor lo hace todo muy bien, sólo hace falta que nos fiemos de Él! 103

Sifengchen sigue su marcha

En julio de 1935, la comunidad de Sifengchen había quedado formada por Guadalupe de Meliana, Agustina de Sesma, Imelda de Yelz, Catalina de Sesma y Leontina de Pamplona.

Posteriormente, al marchar a Pingliang la hermana Leontina, se incorporó a ésta de Sifengchen, la hermana Marina de Iturmendi.

La vida en esta Estación Misional continuó su ritmo con las estrecheces propias del momento económico que estaba viviendo toda la Prefectura Apostólica y con los sobresaltos, con las idas y venidas que venían provocadas constantemente por la penetración de algunos grupos comunistas y por la alarma que provocaban las incursiones de los bombarderos japoneses.

Por lo demás –y dentro de sus, cada vez más limitadas posibilidades económicas– las hermanas continuaban atendiendo aquí el dispensario, la visita domiciliaria a los enfermos, la Santa Infancia, el Asilo de ancianos, el lavado y arreglo de ropa y, si era del caso y había posibilidades, un catecumenado disminuido, por la escasa comida y falta de dinero.

Si algo hubo más significativo en Sifengchen durante la década 1935 a 1945 fue el fallecimiento el 1 de septiembre

¹⁰³ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 37.

de 1945, de la hermana Guadalupe de Meliana, Superiora de esta comunidad desde 1935¹⁰⁴.

Paishui. La Misión a la que otras renunciaron

Como anotó la hermana Eugenia en su *Relato de China*: "Esta casa la habían construido para religiosas nativas, pero no quisieron ir allí... Y como siempre, tuvimos que ir las terciarias capuchinas" ¹⁰⁵.

Las fundadoras de esta nueva presencia fueron las hermanas Modesta –o Amelia–, Liberata, Milagro y Marina.

La descripción de la vivienda que aquí encontraron y la actividad del día a día que desarrollaron en esta nueva Misión, lo relataron así las propias protagonistas:

 Al llegar a Paishui –escribió la hermana Modesta en su Diario– nos encontramos con una casita de planta baja y con las paredes chorreando de agua por la humedad.

El pueblo en que se encontraba la Misión era pequeñito y mísero y sin murallas (cuando en el Kansú casi todas las ciudades las tenían).

Aquí, a la intemperie, experimentamos la verdadera profundidad del ¡Sólo Dios basta!

¹⁰⁴ El hecho de que la hermana Guadalupe estuviese aquí tantos años seguidos fue debido al hecho del aislacionismo que vivieron las hermanas de China del Gobierno General de la Congregación desde 1936 y que se debió, primero a la Guerra Civil Española (1936-1939) y a continuación, a la II Guerra Mundial (1939-1945). Sobre el fallecimiento de la hermana Guadalupe, ver, más adelante, *Otras dos se quedan en China para siempre*, p. 101-104.

¹⁰⁵ Cf. Galarza, Eugenia, Relato de China, p. 6.

A los pocos días, tres de las hermanas (sólo yo, la más enclenque me libré) tuvieron que guardar cama por un enfriamiento. A mí me tocó cuidarlas y animarlas, cosa que no me resultó difícil, pues ¡como eran tan buenas, se conformaban con lo que el Señor permitía!

Pasaron los días y nos fuimos animando, pues, aunque pobres religiosas, estábamos dispuestas a hacerlo todo por Dios y en verdad, solas con Él, pues ni sabíamos nada de España, ni de religiosas o parientes... Es verdad que "Dios da las fuerzas, cuando a Él nos abandonamos de verdad".

Por otra parte, poco a poco fuimos valorando mejor nuestra casita, que estaba mejor edificada que las de anteriores fundaciones en sus inicios, y que, además disponía de una habitación, aunque chiquita, para cada una de nosotras. Lo único que pedimos a los padres es que nos pusiesen cuanto antes el Sagrario y el Vía Crucis, y en esto fuimos complacidas al momento.

Entre la casa y el dispensario teníamos un patio, del que pronto hicimos un bonito jardín. Por uno de los lados del patio, cruzaba una gran muralla –creo que histórica– y en ella hicimos una gruta y pusimos a Nuestra Madre, que lo llena todo. Y, gracias a ella, nuestra soledad se convirtió en paz y alegría.

La cocina también era pequeñita, pero suficiente para nosotras y el poco personal que teníamos a nuestro cuidado.

Antes de llegar nosotras, en esta Estación Misional sólo había un padre –un santo capuchino¹⁰⁶– que tra-

¹⁰⁶ Fue llevado enfermo desde Paishui a Pingliang, donde murió con 34 años.

bajó mucho. Su habitación era pobre y allí dormía y hacía curas, se hacía la comida y celebraba misa.

Nosotras recogimos el fruto de lo que este padre había sembrado con tanto sufrimiento ¡cuánta razón la de Santa Teresa del Niño Jesús, cuando dice que muchas páginas sólo se leerán en el cielo!

Hacíamos la comida para todos, limpiábamos las dos capillas de la Misión, lavábamos la ropa de los padres y de las dos iglesias, confeccionábamos las formas para la comunión, velas y además todas las pomadas para el dispensario. Teníamos muchas visitas a enfermos y atendíamos a mucha gente en el dispensario¹⁰⁷.

- Aquí -añade la hermana Eugenia- como el dispensario dependía sólo de nosotras 108, nos dimos cuenta de que sí podíamos vivir perfectamente de nuestro trabajo. A los pobres, no les cobrábamos nada, pero sí a comerciantes, militares y labradores con dinero. Con lo que sacábamos podíamos subsistir, comprar nuevas medicinas e incluso invertir en mejoras para la Misión, como, por ejemplo, acondicionar un sitio para cuidar a los niños recién nacidos que acogíamos 109.
- En poco tiempo -continúa recordando la hermana Modesta- nos hicimos con todo el pueblo y nos querían mucho. Y cada vez que subíamos a curar, teníamos un montón de gente pobre que tenían puesta toda la confianza en nosotras y en nuestra medicina¹¹⁰.

¹⁰⁷ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 38.

¹⁰⁸ En Pingliang, por ejemplo, en el dispensario trabajaba un hermano capuchino y –como añade la hermana Eugenia– "era él quien lo gobernaba todo".

¹⁰⁹ Cf. GALARZA, Eugenia, Relato de China, p. 6-7.

¹¹⁰ Cf. arriba, p. 67 y, especialmente, nota 69.

Sólo nos quedaban los sustos de comunistas y ladrones, pues estábamos al borde la carretera y sin ninguna protección ¡Pero el Señor, nos guardó!

Durante el año, el padre Fernando de Dima nos daba una conferencia cada semana sobre Biblia, ascética, mística, vida de santos –sobre todo de la Tercera Orden– formas de oración y contemplación, etc. Era algo grande lo que este padre nos apreciaba, pues decía que "un misionero nunca debe estar solo" y nosotras lo salvamos de la soledad. ¡Muchas gracias tenemos que dar a Dios por este padre y por otros que tanto nos ayudaron a conocer caminos de santidad, que nunca se olvidan¹¹¹.

A Pingliang, de visita

Estando ya asentadas en Paishui, un día, la hermana Modesta comunicó a sus hermanas que necesitaba ir a Pingliang y éstas no lo veían de buen grado, pues suponía encontrarse con las hermanas que se habían quedado con la casa que ellas habían tenido allí. No obstante, la hermana Modesta, aunque el encuentro con aquellas religiosas se le presentaba también violento en principio, se decidió y marchó a la ciudad sede del Prefecto. Y ella misma relató, con el tiempo, así esta experiencia:

Llegué a casa de los padres, y al primero que encontré fue al padre que cuidaba de las religiosas chinas. Al verme se quedó parado (de piedra) y yo, como si no hubiese pasado nada, aunque para mis adentros la situación era terrible y me tuve que hacer mucha violencia a mí misma, permanecí como impasible.

¹¹¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 38-40.

- "¿Cómo por aquí?" me preguntó él.
- "Tengo que hablar con el Prefecto y además quiero ver a mis chicas, que tanto me costaron criar", respondí yo.
- Me llevó donde ellas (a la casa de las monjas chinas) y no se puede describir lo que allí sucedió. Nunca lo hubiera creído, si no lo llego a ver. Hasta la que hacía de Superiora –que era mayor que ellas– no sabía qué hacerse, pues tenía una gran opinión de nosotras, por lo que le habían contado las que fueron nuestras alumnas.

No me dejaron volver en nueve días ¡Cómo me cuidaron y cuán francas fueron!

Me contaron que padecieron mucho cuando les dijeron que la General era la que había exigido el Colegio de Pingliang para ellas y que había sido también ella la que no quiso que fueran a Paishui. Me dijeron incluso que les hicieron firmar a todas la petición de ir a Pingliang.

Cuando iba ya a marcharme, el padre que las dirigía me preguntó:

- "¿De qué les ha hablado estos días? Pues me han dicho que les ha hecho más bien que los Ejercicios que les damos nosotros?".
- "Me dicen -le contesté- que están bien y con menos trabajo que nosotras..., pero que, cuando están enfermas o para morir, les gustaría estar con nosotras".

Las chicas que se habían educado con nosotras, sabían bien cómo vivíamos, pues lo habían visto con sus propios ojos. Y ahora que eran religiosas lo valoraban todavía más¹¹².

¹¹² Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 39.

La situación en Paishui, sin embargo, se fue haciendo cada día más difícil, como, por otra parte, en el resto de la Prefectura. El propio Prefecto llegó a decir a todas las Estaciones Misionales que cada una se arreglase como pudiera, pues él ya no podía cargar con los gastos. Así que, hubo que ir cerrando escuelas y otras obras de caridad, pues no había fondos ni para el sustento de los misioneros.

Aparte de esa alarmante carestía económica, en Paishui no ganaban para sustos:

- A nosotras - recordaría la hermana Modesta - lo único que no nos faltaban eran sustos. Nunca nos quejamos, sin embargo. Tan acostumbradas llegamos a estar a ellos, que ya casi no nos importaba. Parece mentira que se pueda llegar a ello, pero así es.

Una de las últimas noches que pasamos en Puishuit –en la que celebrábamos nuestro año viejo y nos acordábamos mucho de nuestra Patria y familia y de cómo lo pasábamos tal día como ése en nuestros hogares— hicimos una cenica para las tres¹¹³ y lo estábamos pasando muy a gusto. Oímos –es cierto— algún ruido raro, pero nadie llegó y nos quedamos tranquilas. Como la luz de nuestro candil era muy débil, yo creo que ni se dieron cuenta de que estábamos en la casa. ¡Cómo nos cuidaba el Señor! ¹¹⁴

Susto y grande, sin embargo, sí que pasaron cuando –en 1945– se dirigían a Sifengchen para hacer los Ejercicios junto con las hermanas de aquella comunidad, y fueron asaltadas por los ladrones en la posada donde hacían noche.

¹¹³ Para entonces había fallecido ya –el 6 de enero de 1943– la cuarta componente de la comunidad inicial, la hermana *Milagro de Ororbia*.
114 Cf. NOAIN, Modesta, *Diario del viaje a China*, p. 41.

Para entonces, habían sufrido tantos asaltos, que eran ya expertas en esconder lo que ellos pudieran apetecer ¡Gracias a Dios!, no les pasó nada fuera del sobresalto y el mal recuerdo de aquella noche¹¹⁵.

Su fortaleza, el Señor

En los relatos misioneros que se conservan de las hermanas, llama poderosamente la atención, junto al celo apostólico con que atendían a todos, la entereza con que soportaron sin derrumbarse –cual la Virgen al pie de la Cruz– las múltiples dificultades, contrariedades, carencias y asaltos de maleantes y ladrones que vivieron.

La razón fundamental de esta entereza, gallardía y reciedumbre de ánimo, ellas mismas la exponen así:

 ¡Gracias a Dios y a la Virgen María –escribiría la hermana Marina– no tuvimos o fuimos causa de escándalo de mal gusto. Pues en esa enorme China, pasamos de todo...

¡De cuántos peligros nos salvó el Señor! ¡Hizo milagros en nuestro favor! ¡A Él la gloria por los siglos de los siglos! ¹¹⁶

Cuando los japoneses invadieron el este de China

 cuenta, a su vez, la hermana Modesta- subieron a
 nuestra Misión personas de toda clase: ricos, pobres...
 Todos los días teníamos gente en casa y quedaban
 aturdidos de nuestra pobreza y, al mismo tiempo, de
 nuestra limpieza...

¹¹⁵ Cf. Iriarte, Lázaro, Historia de la Congregación, p. 252-254.

¹¹⁶ Cf. Galarza, Eugenia, Relato de China, p. 5.

¡Qué miseria!... ¡Me admiro de la fortaleza que nos daba el Señor! Entre tanta miseria, ni nos acordábamos de nosotras mismas, sólo nos movía el deseo de hacer el bien y especialmente a los más pobres y miserables...

Teníamos en la Misión cinco niñas enfermas de sífilis, que desprendían un olor insoportable. Las teníamos aisladas para prevenir el contagio, y yo misma las cuidaba y adecentaba. Nos visitaron unas señoras distinguidas y, al conocer el caso, quedaron maravilladas de que precisamente la Superiora atendiese a aquellas niñas más necesitadas...

¡El Señor nos daba una fuerza tremenda! 117

Otras dos se quedan en China para siempre

A la muerte de la hermana Pacífica –acaecida en 1934– se sumaron, entre 1935 y 1945, otros dos fallecimientos.

El primero de ellos, fue el de la hermana *Milagro de Ororbia*, que marchó a la Casa del Padre, desde Paishui, el 6 de enero de 1943.

El día de la Inmaculada –escribió al respecto la hermana Modesta– a la hermana Milagro le dio un ataque y se le puso medio cuerpo morado y casi se caía. Así estuvo varios días, hasta que el día de Reyes a las 11 de la mañana murió. Fue la muerte de una santa y tal había sido también su vida.

La mañana en que murió, me decía: "métase aquí en la cama conmigo, que esta usted helada". Y era

¹¹⁷ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 27 y 40.

verdad, pero más fría estaba ella, que tenía ya la agonía reflejada en su rostro.

Su muerte fue un acontecimiento para el pueblo. Pasó mucha gente a verla y se quedaban aturdidos por lo guapa que estaba. Y como había curado a tantos, la querían mucho y muchos.

Cuando las hermanas iban a amortajarla, les dije: "No se olviden de ponerle el pantalón largo, porque cada vez que pasan al lado del cadáver, le levantarán el hábito para ver si lo lleva". Y así fue. La miraban complacidas las mujeres, al ver que iba como ellas, decían: "¡Qué guapa está con pantalones!"

¡Qué tristeza al separarnos de ella y qué alegría, pensando que, desde el cielo, nos ayudaría mucho!

Y para que no faltase nada de los rituales chinos, los hombres, preguntándose dónde estarían los "espíritus malos" de la hermana, pues los "buenos" iban con ella, se fueron a incendiar la casa de los padres capuchinos. La casa ardió, pero pudo apagarse pronto. Para los chinos fue todo muy completo.

A nosotras, en medio de la pena, nos daba risa al ver cómo improvisaba esta pobre gente 118.

La hermana Milagro fue llevada a Pingliang, donde fue enterrada junto a la tumba de la hermana Pacífica. No fue difícil el traslado, ya que el cuerpo, a una temperatura de 25° bajo cero, quedó literalmente congelado. Su entierro tuvo lugar el 11 de enero, festividad aquel año de la Sagrada Familia¹¹⁹.

¹¹⁸ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 40.

¹¹⁹ Cf. VIVES, Juan Antonio, Necrologio. Hermanas Terciarias Capuchinas, T. I, p. 19-23.

Casi tres años después, falleció en Sifengchen –de cuya comunidad era Superiora– la hermana Guadalupe de Meliana. Era el 1 de septiembre de 1945.

A finales de agosto, su salud se resistió de tal modo, que tuvo que guardar cama. En principio, las hermanas pensaron que se trataba de una simple gripe y ella misma, incluso poco antes de fallecer, hizo desistir a las hermanas de llamar a un médico, pues la tos iba desapareciendo y la temperatura descendiendo. Pero precisamente cuando todo parecía ya superado y se cumplían ocho días de su enfermedad, el fatal desenlace se precipitó y, casi de forma ya inesperada, y tras un gran vómito de sangre, marchó al encuentro definitivo del Esposo.

El padre Fernando de Dima celebró el funeral el día 4. En el mismo y en medio de la comitiva que acompañaba el féretro, ondeaban dos grandes pancartas dedicadas a ella por un empleado no cristiano del mandarinato, en las que se leía:

- Desde su juventud, juró guardar perfecta castidad hasta su muerte y conservar la inocencia de la niñez, renunciándose a sí misma. Llena de misericordia y caridad ha merecido retornar a su Salvador".
- Los ejemplos de sus virtudes, permanecerán eternamente. Su voz y su figura, separadas para siempre de nosotros, quedan profundamente grabadas en nuestra mente. Su alma pura como la nieve, ha merecido ya entrar en el Paraíso¹²⁰.

A la muerte de la hermana Guadalupe –que fue enterrada en Sifengchen– siguió otro motivo de pena en la Misión de Sifengchen.

¹²⁰ Cf. Vives, Juan Antonio, *Necrologio. Hermanas Terciarias Capuchinas*, T. I, p. 273-280. Aquí, sin embargo, se dice equivocadamente que fue enterrada en Pingliang, cuando en realidad lo fue en el propio Sifengchen.

Fue tal el sentimiento que su muerte provocó en las niñas del internado, "que tres o cuatro de ellas cayeron enfermas. Tal era el afecto que le profesaban, y en particular una que llevaba su nombre. Contaba trece años. La habían comprado las hermanas cuando tenía ocho meses de edad, pues su padre la vendió, junto con toda la familia, para satisfacer sus vicios. *Guadalupe Tsang*—así se llamaba la niña—estudió primero en Pingliang y de aquí pasó al Colegio de Sifengchen. Era encantadora y de sentimientos delicadísimos. Sentía por las hermanas un cariño intenso y toda su ilusión era viajar a España para hacerse terciaria capuchina.

Cuando se vio sin su querida Male, -como llamaba ella a la hermana Guadalupe, cuando se dirigía a ella como Madre con la característica forma china de pronunciar la ere- no hubo consuelo para ella. Lloraba y lloraba, siempre estaba triste. Y enfermó de manera alarmante de un mal misterioso, que el médico diagnosticó apendicitis aguda. Cuando se vio que su vida estaba para terminar, el padre le impuso el escapulario y el cordón de la Orden Tercera; ilusión que ella abrigaba desde hacía tiempo en espera de tener la edad requerida. Con esto, la niña se sintió feliz y ya no hablaba más que de su dicha de volar pronto al cielo. Entre delirios gozosos o verdaderas visiones de contenido sorprendente, pasó hasta el día 8 de octubre, en que expiró dulcemente. Había pasado tan solo un mes y siete días desde el fallecimiento de la hermana Guadalupe. La pequeña fue amortajada con el hábito de terciaria capuchina y sepultada muy cerca de su Male" 121.

Con la muerte de la hermana Guadalupe, ya sólo eran seis las hermanas que permanecían en las Misiones de Pingliang. Tres –Liberata, Marita y Modesta– en Paishui, y otras tres –Leontina, Imelda y Agustina– en Sifengchen.

¹²¹ Cf. Iriarte, Lázaro, Historia de la Congregación, p. 257-258.

Las fuerzas se repliegan (1945~1948)



A pesar de su reducción numérica –pues se habían visto reducidas a seis las once hermanas llegadas a China entre las expediciones de 1929 y 1931– las hermanas optaron por mantener abiertos dos frentes misionales: Paishui y Sifengchen.

*



De Paishui a Kingchow

A pesar de los reveses que iban sufriendo, de las carencias económicas y de los casi continuos sobresaltos, las hermanas continuaron en Paishui hasta 1947¹²². En este año, el Prefecto, considerando que la situación de la Estación de Paishui era muy delicada y que las hermanas estaban expuestas allí a mucha inseguridad y peligros, les invitó a cambiar de residencia y trasladarse a la Estación Misional de Kingchow, donde el padre encargado de la misma había solicitado insistentemente la presencia de las hermanas para atender sobre todo el dispensario.

Con gran pena –recuerda la hermana Modesta– nos despedimos de Paishui, pues hacíamos aquí mucho bien a las personas más pobres, que nos apreciaban mucho ¡Cómo había cambiado el ambiente desde que vieron nuestra abnegación, servicio y caridad!

Recogimos los cuatro trastos que teníamos y en dos carritos salimos hacia Kingchow, acompañadas del muchacho que cuidaba los carros. Íbamos las hermanas Liberata, Marina y yo.

Al llegar a Kingchow oímos que hablaban por unos altavoces, que en dieciocho años no habíamos escucha-

¹²² En este mismo año –1947– la Prefectura de Pingliang tuvo la gran alegría –en medio de sus estrecheces y penurias– de celebrar la ordenación de los primeros sacerdotes chinos formados en la Misión. A ellos se fueron sumando otros, hasta alcanzar en poco tiempo el número de quince, y este hecho, como es natural, llenó de ilusión y esperanza a misioneros y misioneras (cf. IRIARTE, Lázaro, *Historia de la Congregación*, p. 252).

do, y nos dimos cuenta de que se trataba de los protestantes, que debían estar dando una misión.

Aquí nos esperaban las autoridades con el padre. Les habían hecho llamar para retirar a las protestantes, diciendo que llegaban las hermanas para encargarse del dispensario...

Nos entregaron una placa escrita con caracteres chinos, en la que nos daban la bienvenida.

En la casa de Kingchow no se hizo ninguna reforma, y nos acomodamos en lo que había hecho.

Nosotras estábamos muy contentas porque podíamos seguir nuestro apostolado, aunque con los sustos y miedos de siempre, por si llegaban comunistas¹²³.

Vuelta a la primera casa

Transcurrido poco más o menos un año desde la llegada de las hermanas a Kingchow, éstas tuvieron que trasladarse urgentemente a Pingliang, a requerimiento del Prefecto, pues los comunistas¹²⁴ acechaban ya los alrededores y la ciudad de Pingliang, por estar amurallada, ofrecía un poco más de seguridad.

La hermana Modesta narra así su viaje desde Kingchow y su acomodo, junto con el resto de sus hermanas, en su antigua casa de Pingliang:

¹²³ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 44.

¹²⁴ Finalizada oficialmente la II Guerra Mundial en el Pacífico el 15 de agosto de 1945, la débil alianza sellada entre el ejército del Gobierno Nacionalista Chino y el ejército comunista se rompió bien pronto. Los nacionalistas fueron arrinconados poco a poco hasta Taiwan y los comunistas fueron haciéndose rápidamente con el poder en todas las provincias.

 Dos días tardamos en llegar a Pingliang. Aquí nos acomodaron en nuestra casa, con nuestras chicas que ya eran religiosas.

Nos recibieron muy bien y no sabían qué hacernos. Nos colocaron con ellas en la clausura, en el refectorio... Todo lo hacíamos con ellas.

Los comunistas, entre tanto, rodeando la ciudad y bregando por entrar, aunque las grandes murallas se lo impedían.

Cuando ya los de dentro no pudieron resistir más, los comunistas lograron abrir una de las puertas y entrar en la ciudad. Y mientras éstos entraban por una puerta, nosotras, junto con la gente, nos íbamos escapando por otra¹²⁵.

Refugiadas en Mongolia

Nosotras¹²⁶ -sigue relatando la hermana Modestatuvimos la suerte de encontrar acomodo, junto a unos chinos, en un viejo camión que nos llevaría hasta Mongolia¹²⁷. Íbamos apretadas "como sardinas en cuba". Parte de la noche la pasamos parados en lo alto de un monte de los más altos de allí, sin comer y heladas de

¹²⁵ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 44.

¹²⁶ La hermana Marina puntualiza que, junto a ellas iban cinco padres capuchinos, seminaristas y cuatro religiosas nativas (cf. GALARZA, Eugenia, *Relato de China*, p. 9).

¹²⁷ Se trata de *Mongolia Interior* –Región Autónoma de Chinacuya capital Hohhot se encuentra a unos 1.000 km de Pingliang. En principio, el Prefecto había dispuesto que se trasladasen a esta ciudad capital (cf. Galarza, Eugenia, *Relato de China*, p. 9), pero se quedaron en un pueblecito tan pronto como pasaron la frontera de esta Región Autónoma.

frío ¡Qué noche! Y el día, lo mismo, sin comer y atemorizadas, pues nos dijeron que también allí habían llegado los comunistas y les teníamos a pocos kilómetros.

Por fin, llegamos a un pueblo chiquitín de Mongolia, que tenía pocos habitantes, casitas de planta muy pobres y cuevas.

Nosotras parecíamos la Sagrada Familia buscando albergue. Dimos, por fin, con una casita que tenía disponible una habitación parecida a las cuadras de nuestra tierra, donde están las vacas. La gente nos miraba con recelo y la mayoría decían: "¡Diablos extranjeros!"

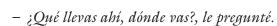
En la casa en que nos acomodamos nos trataron muy bien. La habitación tenía dos kanes. En un lado, se acomodaron los padres y los seminaristas y en el otro, nosotras con las niñas –unas veinte en total– y sin tener apenas para matar el hambre.

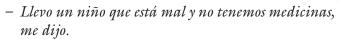
Traíamos con nosotras unas pocas medicinas, a pesar de que el Prefecto nos había dicho que era inútil que las llevásemos, pues enseguida tendríamos que salir hacia España por Hanoi (Vietnam) ¡Qué pena la nuestra! Era poca la medicina, aunque, eso sí, cogimos la mejor.

La comida que hacíamos eran tallarines, con harina de trigo o cebada, que trabajaban las religiosas chinas y que se cocinaban con un poco de vinagre y guindilla.

Los primeros días, no salíamos más que lo imprescindible y nos colocábamos detrás de la casa, pues allí no había más sitio de esparcimiento.

Por fin un día se me ocurrió ir hasta un ancianito que estaba cerca de nosotras y veo que una viejecita venía trayendo un bulto entre sus manos:





Y como nosotras sabíamos que la costumbre era tirar a los perros al niño desahuciado, para que no les pasen a ellos los malos espíritus, le dije que me lo mostrara, y yo aproveché para poner agua en un algodón y –diciendo que yo llevaba una medicina muy buena y que me dejase curarle– lo bauticé.

Experimenté una alegría tremenda y, cuando volví al kan lo notaron y les conté lo que me había pasado y les dije que debíamos salir, y así lo hicimos. Salimos Liberata, Marina y yo con algunos seminaristas... Venían en caravana detrás de nosotras. Y mientras nosotras los curábamos, los seminaristas les hablaban, mezclando en su conversación algo sobre nuestra religión.

Cada día crecía el celo entre nosotras. La vida de sacrificio, pobreza y caridad hacían fuerte nuestra fraternidad, pues, a pesar de lo que estábamos pasando, no se veían caras tristes ¡Gracias a Dios, reinaba la perfecta alegría entre todos!

Algunos días, vimos que vendían algo de carne -más negra que nuestros velos- pero como "para buen hambre, no hay pan duro", la comíamos y nos sabía a jamón. (Esto sin embargo, fue pocos días).

Uno de los padres decía a los otros: "Que no se vayan las hermanas, que nos morimos de hambre" (lo decía porque con lo poco que sacábamos de las curas, traíamos de comer para todos).

Cuando llevábamos allí dieciséis días, ya no resistíamos la ropa tan llena de piojos y sin podernos cambiar. Y me veo al padre Félix que venía tan contento y le digo:

- ¿Qué pasa, a qué tanta alegría?
 Y me responde:

- Vengo de tirar la camiseta, ya no le cabían más.

Nosotras llevábamos pantalones como las chinas -claro que debajo del hábito- y me dice la hermana Marina:

- Deme los pantalones, que se los descargue un poco.

Y la pobre hizo una buena matanza, pues no eran sólo piojos, sino también liendres.

Cuando hacía ya diecisiete días desde nuestra llegada, nos dicen que podíamos volver a Pingliang. ¡Ni qué decir la alegría que nos dieron!

Marchamos contentas por haber podido hacer algo por aquella pobre gente, entre los que bautizamos a unos doce y, entre ellos, un mahometano (algo muy difícil).

Cuando ya estábamos recogiendo los cuatro pingos que cada una llevaba, preguntamos si habían pasado hambre y todos contestaron que no. Aunque la comida había sido muy sencilla, todos pudimos matar el hambre.

Nosotras añadimos, para que se viera cómo se había cumplido lo que dice el evangelio, que aún nos había sobrado lo equivalente a 1.500 pesetas ¹²⁸. Como dice el evangelio ¿Si el Señor cuida tanto de las cosas, cómo no va a cuidar de nosotros? ¹²⁹ Sólo quiere que le amemos y nos fiemos de Él ¹³⁰.

¹²⁸ Evidentemente pesetas de acuerdo al valor que tenían en 1948.

¹²⁹ Cf. Mt. 6, 26.

¹³⁰ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 44-46.



De nuevo en Pingliang

Al regresar de Mongolia, las hermanas permanecieron de momento en Pingliang, pero la hermana Modesta, inquieta por temperamento y siempre dispuesta a emprender nuevas acciones sin amedrentarse ante los peligros que acechaban la región, quiso marchar inmediatamente a Kingchow, a recoger unos papeles que se habían dejado allí y esta decisión pudo costarle un serio disgusto, como ella misma relataría:

- Cuando ya estaba en Kingchow recogiendo las cosas, me llamó fray Isidro y me dijo:
 - "Dese toda la prisa que pueda, que ya están cerca los comunistas. Váyase enseguida. Yo, en cuanto recoja los cálices, me escondo".

Lo primero que hice es ponerme el traje chino debajo del hábito por lo que pudiera pasar. Cogió el chico que me acompañaba el carrito y salimos. Y como era tarde, nos quedamos en Paishui, en nuestra antigua casa. Al poco de estar aquí, nos dicen que los comunistas estaban muy cerca. Yo, como estaba muy cansada, me dije: "Qué sea lo que Dios quiera", y me acosté. Como a las dos horas, se oyó un tiroteo y el padre de aquella Estación me dijo: "Hay que salir ya. El chico está ya fuera con el carro".

Salimos, y cuando llevábamos recorridos 2 ó 3 km, vimos a la izquierda de la montaña un rebaño de cabras y alguna oveja. Y como en China nunca iban juntas ovejas y cabras, me entró miedo ante lo extraño de la situación. Y me puse a rezar el rosario. El chico me dijo:

- "Hermana, hoy parece que tenga miedo".
- "¿Υ tú?", le contesté yo.
- "Yo -respondió- también, pero a ti te tiemblan los labios, como nunca te he visto".

 "Es que me parece -le dije- que estamos en mucho peligro y cualquiera nos puede ver muy bien desde la carretera".

Unos kilómetros más tarde, nos alcanzó el padre, que iba en bicicleta, y nos dijo que lo que a nosotros nos había parecido un rebaño eran los comunistas, que esa noche habían atacado Paishui y Pingliang.

El padre, rodeando el río, llegó a Pingliang antes que nosotros, pues iba en bicicleta. Y cuando yo llegué, me dijo el Prefecto:

"No sé cómo no la han apresado ya".

Pasamos algunos días más con nuestras chicas que eran ya monjas en Pingliang y después nosotras tres regresamos a Kingchow¹³¹.

Dos regresan a España

Aunque, después de aquellos grandes y casi continuos sustos que las habían hecho refugiarse en Mongolia, las hermanas regresaron a sus respectivas Misiones y continuaron de momento sus quehaceres cotidianos, a pesar de la inseguridad reinante, esta situación no se prolongó demasiado.

Ante el inminente peligro que acechaba a las Misiones, algunas hermanas, percatándose de la situación, entraron en comunicación con las Superioras y, como cuenta la hermana Marina:

 Desde Roma nos mandaron pasaportes para viajar por todos los países, menos por Rusia. Y la Superiora General, la hermana M^a Luisa, nos mandó volver a España.

¹³¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 46-47.

Se lo comunicamos al padre Prefecto y nos contestó que no tenía dinero para los billetes de regreso. Pero, poco después, nos comunicó:

 Hermanas, yo no me hago responsable de lo que a ustedes les pueda pasar. La que quiera volver a España, puede hacerlo.

El ambiente se tornó tenso entre nosotras. Ninguna quería volver. Pero yo pensé:

 "No sé si haré bien o mal, pero sé que obedezco a mis Superioras".

Al final, Imelda y yo salimos hacia Shanghai, para recoger allí la documentación necesaria para regresar. Viajamos en un avión de la K.L.M. (holandesa) que nos dejó en Roma a finales de agosto de 1948.

Cuando llegamos a Massamagrell, la hermana M^a Luisa me preguntó:

- "Y las demás ¿por qué no han venido?"
 Yo le respondí:
- "Pregúnteles a ellas por qué. Podían haber venido lo mismo que nosotras" 132.

Sifengchen, el último bastión

Ante la propuesta que el Prefecto nos había hecho de regresar a España –cuenta la hermana Modesta– cuatro hermanas –Leontina, Liberata, Agustina y yo– queríamos quedarnos y escribimos a la General para pedirle permiso:

 Estábamos dispuestas a pasar lo que fuera, antes de abandonar a toda aquella pobre gente y la General nos lo permitió.

¹³² Cf. Galarza, Eugenia, Relato de China, p. 9-10.

Como las que se volvieron –sigue con su narración la hermana Modesta– eran una de cada comunidad, nos quedamos sólo dos de cada Estación Misional, para atender el dispensario, al personal que teníamos recogido (ancianos, niños, enfermos…), en fin todo lo que no quería nadie.

Seguimos trabajando, pues, un tiempo en Sifengchen y Kingchow, pero, como todo iba de mal en peor, decidimos juntarnos las cuatro en una sola casa.

Las de Kingchow pensábamos que nuestra casa era la mejor opción, pues estábamos al lado de la carretera, mientras que las de Sifengchen estaban a un día de camino de la misma y en caso de apuro sería imposible salir de aquel rincón. Pero ellas hablaron con el padre y como a él le convenía tenerlas allí y ellas tampoco tenían demasiadas ganas de abandonar aquel lugar, cedimos Liberata y yo, pensando:

– En fin, vayamos allá donde ellas, aunque estemos seguras de que no vamos a tardar en regresar por el mismo camino para marcharnos a España. Y decíamos España, porque aunque la hermana Gloria estaba empeñada en llevarnos a Venezuela, los padres nos hicieron desistir, diciéndonos que nuestros padres y hermanos ya llevaban veinte años sin vernos y que después ya iríamos donde fuera¹³³.

Ya en Sifengchen –prosigue todavía la hermana Modesta–, poco a poco se fue cerrando la escuela, el catecumenado, etc... No había casi recursos para mantenernos nosotras mismas.

Gracias al dispensario, y con las medicinas caseras que hacíamos y otras que nos proporcionaban, íbamos tirando, pero sufríamos mucho, pues, aunque viéramos lo que

¹³³ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 47.

viéramos, ya no podíamos acoger a nadie, pues no había recursos para mantenerlos.

Además, para poder salir a curar ya tenía que ser con un pase especial (salvoconducto). En fin, todo se iba poniendo muy feo.

La hermana Agustina, refrendando lo delicada y peligrosa que se estaba poniendo la situación en Sifengchen, escribiría:

Las líneas comunistas se habían estabilizado a 20 lis -unos cuarenta kilómetros— de nuestra residencia. Peligraba nuestra vida. El gobierno mandó soldados mahometanos para custodiar a las "buenas madres", como allí nos decían. Los hijos del Profeta nos apreciaban mucho y estaban dispuestos a morir, antes que los comunistas nos tocaran un pelo de la ropa.

Los mahometanos, en lucha cuerpo a cuerpo, rechazaron varios ataques de los comunistas hasta derrotarlos por completo. Pero el peligro no había desaparecido sino temporalmente¹³⁴.

A pesar de tan negro panorama, las hermanas Leontina y Liberata aún dirigieron un curso de Pediatría a un grupo de enfermeras de la Cruz Roja, que fue muy elogiado por el super-mandarín, presente en la clausura del mismo¹³⁵.

¹³⁴ Cf. Sesma, Agustina de, en Surgam 1 (1949), p. 261-262.

¹³⁵ Cf. VIVES, Juan Antonio, 50 Años de historia. Provincia de la Sagrada Familia, p. 143.

Realidades y sueños



Antes de despedir a las cuatro hermanas, que aún permanecían en China, en su viaje de regreso a España, es importante recoger aquí y ahora algunas de las realidades que llevaron a cabo durante los casi veinte años de la presencia de la Congregación en el gran país asiático, y también algunos de los ideales que les impulsaron a actuar y los sueños que, desde el principio a fin, las acompañaron, aunque no pudieran verlos cumplidos.



En defensa de la mujer

Ya en su viaje de ida a China, las hermanas de la primera expedición se sintieron fuertemente impactadas al comprobar el trato recibido por las mujeres en algunos de los puertos en que atracó el vapor.

Ese impacto, sin embargo, se acrecentó cuando fueron conociendo de cerca la cultura china que les tocó conocer. Y, por supuesto, hicieron todo lo que estuvo en su mano para dignificar a la mujer y su papel dentro de la sociedad. Estos tres testimonios que recoge la hermana Modesta en su Diario son buena prueba de ello:

 Nos querían mucho, tanto cristianos como paganos y hasta los mahometanos, que solían venir mucho al dispensario.

Los mahometanos no dejaban salir a las mujeres recién casadas hasta pasado un año (ni tan siquiera al dispensario) y nos pedían visita domiciliaria. Pero nosotras, al percatarnos de la situación, nos negamos a ir a sus casas y conseguimos que las dejaran venir al dispensario.

Una vez me atreví a ir al barrio de los mahometanos y me enseñaron hasta la mezquita, las costumbres que tenían y hasta dónde podían entrar las mujeres.

Entré en una de las casas y allí estuve con las 6 ó 7 mujeres que estaban. El jefe religioso musulmán me saludó con mucha reverencia y después bendijo a toda la familia, que se había arrodillado en torno a él con mucho respeto.

Trabamos amistad. Hasta me pidieron el modelo de nuestras tocas para sus mujeres, pues se admiraban de que nunca se nos veía el pelo. Y esto es lo que ellos querían, pues por cada pelo que se le veía a la mujer, le daban un palo.

¡Qué esclavitud! Todos contra las pobres mujeres¹³⁶.

 Un día asistimos a un parto. La mujer estaba arrodillada en el kan y dio a luz una niña, en medio de una gran hemorragia.

Como la nacida era niña, tiraron a la mujer a una esquina del kan con el propósito de no hacerle ni darle de comer.

Lo primero que hicimos fue ponerle una inyección para que se le pasase la hemorragia. La madre de la recién nacida tenía 15 años.

Todos iban contra la recién nacida y la madre la tapaba, tratando de protegerla.

Si el nacido es niño, todo les parece bien, sin embargo.

Nosotras les pedimos que nos entregaran a la niña, pero no quisieron ¿Dónde iría a parar la pobre? Es fácil que acabase siendo alimento de los perros 137.

También la hermana Marina deja un testimonio de cuán triste era la condición de las mujeres allí y cómo las hermanas luchaban por defenderlas desde la infancia:

Las niñas, por lo general, son pasto de los perros, gavilanes o del horno de fuego. Es algo tremendo. Y los chinos lo ven como la cosa más normal y natural. Vamos, algo espantoso. Esta es desgraciadamente su cultura,

¹³⁶ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 26-27.

¹³⁷ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 26.



sus costumbres y mentalidad. La mujer está tremendamente discriminada con relación al varón. Es algo terrible.

Si nace un niño, todo es fiesta, alegría y algarabía. Si es niña, dicen: "Ha nacido una niña muerta". Y no es que haya nacido muerta, pero en señal de desprecio añaden el calificativo "muerta" y les dan la mínima comida hasta que las venden. Si son pequeñas, por 20 kg de trigo y, si son algo mayores y están bien, las intercambian por un burro o un caballo.

A menudo nos preguntaban:

- "¿Cómo es que vuestras niñas están tan majas?"
 Y nosotras les contestábamos:
- "Comen todo lo que quieren, pues están creciendo".
 Pero esto no les entraba en la cabeza.

Allí, una mujer no puede ir sola por la calle, ni tan siquiera si es anciana. Llevan a un niño de la mano, ni por equivocación una niña 138.

El sueño que no pudo ser

Ya durante el camino de ida a China, las hermanas exclamaron más de una vez: "Tenemos que fundar un Noviciado en el Kansú ¿Por qué las chinas no han de vestir nuestro hábito de Misioneras Capuchinas para ser luego, juntamente con nosotras, sembradoras del bien y del consuelo?"

Y Dios quiso que, antes de que se cumpliera un mes de su estancia en Pingliang, cayera en el corazón de una niña china la semilla de la vocación religiosa. Era una niña que

¹³⁸ Cf. GALARZA, Eugenia, Relato de China, p. 7.

había sido rescatada por las hermanas cuando iba a ser vendida por sus padres. Se llamaba María.

Por supuesto, las hermanas se llenaron de contento con esta primera vocación. Y entre tanto, María jugaba y se entretenía con otras niñas de la Santa Infancia; rezaba y aprendía, pero sin dejar de soñar siempre en lo mismo, y las hermanas cuidaban muy bien de animarla espiritualmente y de darle una educación esmerada conforme al ideal de sus ensueños" 139.

Esta ilusión y sueño de las hermanas misioneras en China, de poder abrir allí un Noviciado de la Congregación y de contar en un futuro con vocaciones nativas no pudo, sin embargo, convertirse en feliz realidad.

Uno de los historiadores de la Congregación resumió así lo acontecido al respecto:

– Hubo un plan vocacional, ya que no pocas muchachas, relacionadas con las hermanas, manifestaron su deseo de hacerse terciarias capuchinas. Pero esto pareció prematuro tanto a los misioneros, como al Gobierno de la Congregación, por lo que las candidatas fueron encaminadas al noviciado de un instituto diocesano fundado por un padre alemán 140.

Las protagonistas –las hermanas que estaban en Chinarelatan así, el desencanto que experimentaron:

 El padre Pedro -escribió la hermana Modesta- era el encargado de llevar chicas al Noviciado diocesano, y como con la Superiora anterior -la hermana Guadalupe- las chicas no tenían confianza, él estaba tran-

¹³⁹ Cf. Verdad y Caridad, 1930, p. 281-282.

¹⁴⁰ Cf. Iriarte, Lázaro, Historia de la Congregación, p. 180.



quilo. De hecho la hermana Guadalupe me decía a mí que las chinas nunca podrían ser como nosotras, que tendrían que ser de otra categoría 141. Yo no podía ni escuchar este comentario. Y no sé si escribiría algo de esto a las Superioras.

El caso es que, al llegar yo de Superiora en 1935, las chicas se volcaron y me decían:

 "Si no podemos ser de las vuestras, te vienes tú con nosotras con las mismas cosas que hacéis y ya te cuidaremos cuando seas mayor".

Viendo el padre Pedro que las chicas estaban prendadas de cómo éramos y obrábamos y que querían ser de las nuestras, me dice un día:

- "No les hable a las chicas de su Congregación".
 Υ yo le dije:
- "Mire, padre, una buena hija es imposible que deje de hablar de su madre".

Pero el padre continuó haciendo propaganda de la Congregación diocesana, llegando a poner en el Colegio fotos de las hermanas de esta Congregación 142.

¹⁴¹ Esta tentación de menospreciar vocaciones nativas e intentar –en contra de la voluntad expresa del padre Fundador– hacer "distinción de clases" dentro de las hermanas, por desgracia no era nueva en la Congregación. También en Colombia –donde ¡qué casualidad! estuvo también la hermana Guadalupe– hubo un intento similar. Y esto, tristemente sucederá siempre que los misioneros, engreídos de su cultura, no sean capaces de encarnarse de verdad en la cultura de las gentes que van a *evangelizar*, pero nunca a colonizar y menos a clonizar (cf. VIVES, Juan Antonio, *Historia del Comisariato de Colombia*, p. 129, notas 16 y 17).

¹⁴² Cf. NOAIN, Modesta, *Diario del viaje a China*, p. 35. Cf. también, p. 39.

– En China –anotó, por su parte, la hermana Marinateníamos vocaciones y muy majas. Con sangre de mártires en sus venas. A estas niñas nos las habían traído de una Provincia vecina, en la que no había llovido durante unos cuantos años y, por no verlas morir de hambre, las habían internado en nuestra Misión, cuando tenían 10 y 11 años. Todas eran católicas y los abuelos de algunas de ellas habían sido mártires por la fe en Cristo.

Las chicas, como era natural, querían ser de las nuestras, pues decían que éramos las primeras monjas que habían conocido.

No les valió, sin embargo, ni a ellas ni a nosotras. El que manda, manda ¡Cómo siempre! Y se las llevaron a una Congregación nativa de China y... se terminó el rollo... Pero hay que pasar por ello para valorar lo ocurrido 143.

Florecillas misioneras

En todas las situaciones de la vida, en las que actúan personas sencillas y con corazón de niño –no aniñado– que las impulsa al bien, se producen escenas que tienen el sublime encanto de aquellas *florecillas*, protagonizadas por los primeros seguidores de San Francisco de Asís.

También las hermanas terciarias capuchinas protagonizaron o fueron testigos, durante su estancia en China, de algunas *florecillas* –o si se prefiere, anécdotas–, que, por su misma naturaleza, no necesitan situarse necesariamente en las coordenadas del espacio y tiempo, por lo que se recogen aquí de forma unitaria.

¹⁴³ Cf. GALARZA, Eugenia, Relato de China, p. 5-6.

Peripecias, cruzando ríos

En sus traslados, las hermanas tuvieron que cruzar a menudo ríos que venían crecidos:

En una ocasión, íbamos en tres caballos y una, en un borriquillo, y, al llegar al río, el borriquillo se separó de los caballos y se iba por la orilla. Yo, asustada, pensaba que a la hermana le pasaría algo, pues los caballos ya se habían metido en el río y les llegaba el agua a mitad de la tripa y nosotras, mojándonos. De pronto vemos al borriquillo que, allá a lo lejos, sólo se mojaba las patas y que la hermana iba más tranquila que nosotras.

En otra ocasión, nos sacaron a hombros los hombres, pues el carro se quedó a mitad de la corriente, sin poder salir y con el agua hasta la mitad dentro del todo. Y aún nos reíamos de las gordas, que doblaban a los pobres hombres que las llevaban.

La tercera ocasión fue de espanto. Resulta que llegamos a mitad del río, ya casi cerca de la corriente que estaba en la orilla y nos dice el muchacho que guiaba el carrito: "Suniç—hermanas— estamos en peligro tremendo. Tenemos que subir por el terraplén sin camino, porque no podemos volver atrás. Si no llegamos arriba, hay peligro de que, al retroceder, nos arrastre la corriente" ¡Qué apuro! Pero como teníamos tanta devoción a San José, todas le pedimos que nos ayudara, como tantas veces lo hacía. Se arreó fuerte al caballo y el caballo, todo sofocado, no conseguía llegar arriba. De pronto, un chino le coge del morral y lo sostiene, salvando así la difícil situación. Fue cuestión de unos segundos. Nosotras quisimos darle las gracias, pero no lo vimos más ¡Gracias, Dios mío!

Una cuarta aventura fluvial la pasamos el 29 de enero de 1949, cuando las cuatro últimas que quedábamos en China salimos hacia España. Leontina y yo íbamos en un carrito y Liberata y Agustina en otro. Y, al pasar un río todo helado,

el carrito de Liberata y Agustina pisó una zona menos helada y se hundió una rueda, quedando el carrito todo caído de un lado y yo, riendo, dije: "ha sido el peso de la hermana Agustina" 144.

El agua milagrosa

Un día que yo iba sola a curar a la cárcel de hombres ¡qué miseria! jamás he visto algo igual, sucedió que me hicieron entrar en una casa que era como una pagoda ¡Qué me iba a figurar yo que en aquella casa pudiese haber una familia de tanto rango! ¡Qué casa! ¡El kan (cama) tenía hasta pieles!

Me hicieron sentar al lado de una señora elegantísima -toda una china completa a su estilo con mucha ceremonia-, me hicieron tomar el té en una taza de plata... y me dejaron sola con la señora y ella me dice: "Hermana, si viera lo que me pasa. Tengo un grano que no tiene cura, hemos recorrido incontables sitios y me han dicho que no pueden curarme y son ya siete los años que lo tengo...

Yo, en mis adentros, estaba pensando: "Señor, como Tú y tu Madre no hagáis algo..." Y entonces se me ocurrió: "Mire –le dije a la señora– aquí llevo un agua que muchas veces ha sido un éxito, si quiere, le corto un poquito el pelo y se la pongo (el grano lo tenía en la cabeza).

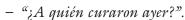
Y ella, toda contenta, me dijo enseguida: "Sí".

Cogí mi frasco de agua bendita y, con mucha fe, se la puse y me dije: "Él, si quiere, lo hará"

Y lo hizo tan bien, que yo ya no me acordé del grano en todo el día.

¹⁴⁴ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 19.

Cuando a la mañana siguiente temprano viene el padre y me dice:



Casi temblaba, pues curábamos más de 150 en la enfermería.

No -dijo él- se trata de una señora que tenía un grano.

Miré a la calle y estaba llena de pancartas, alabando lo que había hecho la doctora cristiana.

Yo, cuando leí lo de doctora, pensé: "Sí, sí, doctora, pero en burrología".

Pero Dios muchas veces se sirve de lo más inútil.

A los tres días, me vinieron con un apuro tremendo, diciendo que a un niño le había traspasado el vientre una astilla que le había hecho dos agujeros, y que estaba muy mal, porque seguramente le había perforado los intestinos. Y me pidieron que, por favor, le echara de aquella agua, pues creían que no tenía remedio.

Me dio tanta pena, que se la puse. Yo no puedo decir lo que pasó en el interior de aquel niño, porque no lo vi, pero lo que sí puedo asegurar es que se curó, gracias a Dios 145.

Otros milagros de la fe

Estaba yo curando a un enfermo, y me fijé que una anciana me miraba fijamente y de pronto se me acercó y poniendo su mano en el pecho me dice: "¿Qué tienes ahí?".

De momento, casi me asusté y ella añadió: "Tú no eres como otras personas". "Yo creo que tienes algo que yo no logro entender".

¹⁴⁵ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 20-21.

Yo le contesté: "La única cosa es que soy cristiana y tú no lo eres. Esto es lo que me distingue".

Al día siguiente muy temprano, apareció con una especie de velitas pequeñas y me dice:

- "Quémalas a tu Dios, al Dios de los cristianos"

Yo añadí: "Ese Dios que vosotros creéis que ha hecho el firmamento y todas las cosas del cielo, ese mismo es nuestro Dios 146.

No tardó mucho en volver y empezar su catecumenado y hacerse cristiana. Pero como ya era muy mayor, no le entraba el catecismo. Lo único que aprendía era el amor a las tres Personas de la Santísima Trinidad. Y cuando los demás catecúmenos –eran 40 y cada uno a su estilo– le hacían sufrir, en vez de quejarse, iba a la capilla y repetía unas cuantas veces el "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo" y el "Ave María" (que eran las únicas oraciones que había aprendido) y regresaba de allí tan contenta.

Se bautizó con gran fervor y fue una buena cristiana. Como yo andaba por entonces bastante delicada, se creía que me iba a morir joven y sólo pedía ir al cielo conmigo. Un encanto de anciana. También en su casa le tocó sufrir lo suyo, pues todos eran budistas 147.

Un día, arreglamos un cuartucho pequeño y pobrísimo y establecimos nuestro primer dispensario. Los chinos creían que éramos médicos y se fiaban plenamente de nosotras. Leontina—una de las enfermeras— cuando empezamos a curar sabía muy poquito de chino y le sucedieron situaciones graciosas... Fue un verdadero milagro que durante 20 años que estuvimos

¹⁴⁶ Estas palabras de Modesta hacen recordar con espontaneidad el discurso de Pablo en el areópago, cuando predicó a los atenienses sobre el Dios desconocido (cf. Hch. 17, 22-28).

¹⁴⁷ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 21.



ejerciendo la enfermería y en los que curamos a miles de personas, nunca tuviésemos un percance grave. Todo lo hacíamos gratis ¡Qué felices éramos! Nunca esperamos recompensa¹⁴⁸.

Un bautismo de deseo

Un día nos llamó una señora urgentemente pues se sentía mal y quería bautizarse. Tenía 4 hijos y los 4 se agarraron a la madre, para que no la bautizásemos. Nada pudimos hacer. Ella quedó llorando. Al contárselo al padre nos dijo: "Tranquilas que esa señora ya está bautizada de deseo" 149.

Criando una sietemesina

En una ocasión, recogimos a una niña sietemesina a la que su familia quería estrangular, porque casi muere la madre. Nos la trajeron y no teníamos nada que darle.

Compramos una cabra, a la que casi no se le veía la ubre. La ordeñamos entre las tres que estábamos en la casa, y casi no pudimos. Lo poco que conseguimos, lo pusimos en un frasco al baño de maría y con eso y agua de arroz la fuimos alimentando. Al año, la niña cambió completamente y se curó. Nos levantábamos de noche para darle el alimento...

Un padre de la Misión compró una ternera, para que diera leche para los padres y las hermanas. Y como la compró poco después de acoger a esa niña sietemesina..., pudimos tener una buena temporada leche para ella y para todos nosotros 150 .

¹⁴⁸ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 16.

¹⁴⁹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 41.

¹⁵⁰ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 41-42.

De novia a novicia

Un día llegaron unos cristianos con su hija para casarla (aquí se estilaba que los novios no se vieran hasta el momento mismo del matrimonio).

La muchacha, sin embargo, no quería casarse, pues, al conocer a las hermanas, le entraron ganas de ser religiosa.

Esta chica era de una familia de cristianos viejos. Sus abuelos habían sido martirizados, como tantos otros cristianos 151.

Cuando llegó el momento de la boda, ella –que se había vestido ya de novia– no se movió de su asiento a la hora de ser presentada al novio.

Yo le dije al padre misionero –que estaba apenado—: "Ya que los novios no se conocen, deje a la muchacha tranquila y dele en matrimonio a alguna de las chicas que tenemos aquí y que tienen unas ganas tremendas de casarse. Y así se hizo.

La chica se quedó con nosotras y se hizo religiosa, aunque le tocó sufrir mucho, pues quería ser de las nuestras y lo nuestro nunca se arreglaba, pues, al depender, como Congregación, del Papa y no de un obispo diocesano, había en ello una gran dificultad¹⁵².

Con la hermana de Mao

Un día atendimos a una señora de bien que era pagana. Tenía la matriz hecha polvo y desprendía un fuerte olor. Era el día de la Inmaculada. Mientras la curábamos, le hablamos de nuestra religión y del bautismo...

¹⁵¹ Posiblemente en la persecución de 1900, al tiempo de los mártires de Tayanfú (cf. arriba, p. 37-38).

¹⁵² Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 25.



Y en cierto momento, me dijo: "Quiero bautizarme", pero que no se entere mi familia.

Después nos pidió una medallita y le regalamos una de Santa Teresa de Lisieux.

La familia, el verla tan contenta y sin quejarse, no sabían cómo agradecérmelo.

A los dos días, se puso grave y me llamaron. Estaba ya en agonía. Nos esperamos y la arreglamos un poquito y le quitamos la medalla. Al poco, expiró y nos quedamos a amortajarla en compañía de la hermana de la hermana de Mao, que nos iba dando lo que le teníamos que poner. Entre otras prendas, le pusimos 7 pantalones, lo mismo que chaquetas. Parecía que nunca íbamos a terminar.

Lo más grande fue que, al empezar a amortajarla, toda la habitación quedó invadida de un perfume fuerte de rosas.

El hecho nos hizo comprender que Santa Teresita estaba con nosotras y que, desde el cielo, continuaba su misión en la tierra...¹⁵³

Tragedia familiar

En una ocasión, tuve que ir a una casa muy lejana y no puede volver aquella noche a la Misión. Iba sola con el catequista.

En la casa a donde fuimos eran unos 30 de familia y al entrar veo que en una mesita tenían escrito lo poco que vivía cada una de sus generaciones.

Empiezo a ponerles el termómetro y no había ni uno sin fiebre. Estaban todos contagiados de tuberculosis. Parecían cadáveres ambulantes ¡Qué pena me dieron! Había entre ellos cuatro niños que bauticé y murieron. A la madre la cuidé

¹⁵³ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 27-28.

hasta el amanecer. Por fin, me acosté un poco, mientras el catequista les hablaba algo sobre nuestra religión... Se empeñaron en que tenía que desayunar y yo me resistía, pues quería llegar pronto a casa para la Misa y poder comulgar. Al final tuve que ceder porque les podría parecer, si no, un desprecio. El desayuno consistió en una taza de alpiste cocido 154.

En un sitio muy raro

Un día nos llamaron para atender a una señora que se encontraba mal y me tocó ir a mí sola. Me la encontré sentada en el kan y dos señoras con abanicos, dándole aire, pero me llamó la atención un señor muy raro, con trajes escandalosos, que estaba allí. Pero lo más raro fue oír el sonido de una campanilla, que era para llamar a alguien. Sentí de pronto algo tan extraño, que me asusté y procuré salir cuanto antes.

Hice el propósito de no volver más allí, pero, como me lo había encomendado el padre misionero, me decidí a regresar, aunque escogí de compañía a una hermana que era angelical... Al entrar en la casa, oímos los mismos ruidos del día anterior... Al salir, la hermana me dijo: "No me traiga más aquí". Hablé con el misionero y no volvimos 155.

El misterio de las tocas

En las Misiones sufríamos muchísimo frío, porque no teníamos ni ropa ni calzado adecuados. Además, con aquellas tocas

¹⁵⁴ Cf. Noain, Modesta, *Diario del viaje a China*, p. 23. La conclusión de esta historia en la que la hermana renuncia a su devoción por ejercer la caridad, evoca aquellas palabras de San Vicente de Paul, cuando ante el caso de dejar la oración para atender a un pobre, dijo: eso es "dejar a Dios por Dios" (cf. SVP IX, 1125).

¹⁵⁵ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 22.



duras de almidón, tan frías y duras, con las que nos tocaba acostarnos muchas veces, junto a la familia que estábamos visitando. Y como las mujeres eran tan sencillas nos preguntaban:

- "¡Las lleváis desde que nacisteis?" 156

Casas que se caen

Teníamos una casa apuntalada, porque se nos caía. Un día, estando haciendo oración, se nos cayó la pared que daba al barranco, quedando sólo lo esencial: el Señor en el Sagrario.

La pared enseguida la arreglamos con paja y tierra y ¡hasta otra!¹⁵⁷

Otro día que íbamos a cambiar los ornamentos a la Iglesia, oímos un estruendo fortísimo, como de una bomba, y resultó que se desplomó el techo de la misma –hecho de paja y papel– por la cantidad de palomas que allí habían anidado. Las recogimos –estaban las pobres congeladas– y las pusimos en conserva con vinagre. La Divina Providencia nos proveyó así de buen alimento para el invierno 158.

Compartiendo comida con un muerto

Una vez me fui a curar, se me hizo bastante tarde y, al llegar cerca de la ciudad, resultó que estaba rodeada de comunistas y no pude entrar, permaneciendo sin comer todo el día, y, como no me encontraba bien, tuve que quedarme en una casa

¹⁵⁶ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 48.

¹⁵⁷ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 33.

¹⁵⁸ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 32.

en la que estaban de entierro, y pasé la noche donde estaba el difunto. Y había allí tanta comida para el viaje del muerto, que me dije en mis adentros: "Aunque hayan hecho todas las supersticiones sobre estos alimentos, y los hayan adornado con tantos colores, no paso la noche sin coger una ración para saciar mi hambre y aliviar mi desfallecimiento". Y así lo hice. En un descuido, alargué la mano, cogí un pan, le quité la corteza con sus adornos y me lo comí. ¡Cuán verdad es que para buen hambre, no hay pan duro!

A la mañana siguiente, llegué a casa y encontré a las hermanas asustadas por lo que me hubiese podido pasar. Yo les dije: "¿No veis cómo el Señor nos saca de tantos peligros? Así cada día y cada momento y en los largos y duros inviernos¹⁵⁹.

Al borde de una repatriación forzosa

A mí no me probaba China y andaba muchas veces mal con fiebre... Y en una de las crisis, se me presentó la hermana Catalina de Sesma diciéndome que regresaba a España, pues no se entendía con la Superiora. Por fin, me llevaron a Shanghai a un hospital de las T.T. Misioneras y allí me repuse durante un mes (la Superiora quería mandarme también para España) y pude volver a la Misión. Esa fue mi mayor alegría, pues tenía vocación de misionera y mi vida estaba entregada completamente a la Misión¹⁶⁰.

Testimonio de amor

¡Cuánto nos queríamos! Nuestras mesas redondas eran a la hora de la comida. Allí nos decíamos las cosas, hacíamos pla-

¹⁵⁹ Cf. NOAIN, Modesta, Diario del viaje a China, p. 32.

¹⁶⁰ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 33.



nes, nos contábamos lo que cada una había pasado y, si llegaba carta de España –en 4 años no recibimos ninguna– fuera familia de quien fuera, todas escuchábamos su lectura, como si se tratara de la propia familia.

 Υ esto admiraba a las niñas que, al ver el amor que nos teníamos, nos decían que un día querían ser como nosotras y estaban muy ilusionadas por ser religiosas 161 .

Amansando una fierecilla 162

Entre nuestras niñas, había una con un carácter muy difícil y en una ocasión, cuando la hermana Milagro le llevó una taza de comida, al parecer no le gustó y, cogiéndola, se la tiró con toda su fuerza, yendo a parar su contenido en el escapulario.

La hermana, muy disgustada, me dijo: "Mire cómo me ha puesto Francisca ¿Qué hago?"

Yo le dije: "Hermana, lo que haría yo, pero no le mando que lo haga, es lo siguiente: sin limpiarme nada, tal como tú estás ahora, le prepararía una taza de otra cosa y se la llevaría con más cariño que antes. Yo sé que me costaría mucho".

Así lo hizo la hermana, le llevó otra taza con mucho cariño y se la ganó. La niña reconoció al momento lo mal que se portaba y ya no dio más disgustos, y a todos decía lo buena que había sido la hermana con ella 163.

¹⁶¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 25.

¹⁶² Esta florecilla hace recordar con pasmosa espontaneidad, el relato franciscano de la *Conversión de los ladrones* (cf. *Leyenda de Perusa*, 115 y *Espejo de Perfección*, 66) o, si se quiere, la Florecilla del *Amansamiento del lobo de Gubio* (*Florecilla*, 21).

¹⁶³ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 30.

Las alegrías de Navidad y Pascua

En las fiestas mayores –Navidad y Pascua– venían a la Misión cantidad de familias. Los hombres y niños se alojaban en la casa de los padres y las mujeres y niñas en la nuestra.

Esos días teníamos más tarea, pero gozábamos mucho con estas personas que eran los más pobres de todos.

En estas fiestas se bautizaban los catecúmenos ¡Qué impresión nos hacía el ver entrar en la iglesia a tanta gente y desde ancianos de más de 80 años y jóvenes. Esto nos hacía olvidar nuestros sacrificios y padecimientos.

Cuando llegaban las familias, muchas lo hacían con un borrico y parecían la Sagrada Familia, buscando posada¹⁶⁴.

Aventuras de Liberata

Una vez que tenía que salir a hacer curas a domicilio le trajeron un mulo para que montara en él, pero, cuando llegaron a un río muy caudaloso, ella no se fió y pasó el puente a pie. El muchacho que la acompañaba, con aires de buen jinete, lo montó y, a mitad del puente, el mulo se asustó y se tiró al río con él. Todo acabó bien, siendo motivo de santo jolgorio.

Otro día que salió, tardó 7 días en regresar y nosotras temíamos que le hubiese pasado algo, pero lo que sucedió fue que la llevaban de cueva en cueva y de casa en casa, para hacer curas, con un cariño y respeto grandísimo, tanto de los hombres, como del resto de la familia. Realizó muchos bautizos. Y las hermanas experimentamos gran alegría al verla aparecer "vivita y coleando".

¹⁶⁴ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 22-23.



En otra ocasión, le llevaron otro mulo y el chiquillo que lo conducía se descuidó, el mulo se asustó y ella quedó con los pies enganchados en el mulo y la cabeza y parte del cuerpo en el suelo. Ella, sin embargo, se lo callaba todo para que no riñéramos a los pobres chinos. Por eso la querían tanto.

Otro día más en que Liberata y Marina salieron a atender pacientes, volvieron mojadas como dos "pollitos". Hubo que hacerles cambio completo de ropa, mientras tiritaban de frío. Pero, a pesar de todo, estaban contentas, pues habían subido un ribazo, haciendo hoyos con las manos para poner los pies, porque se resbalaban, pero habían podido llegar y habían encontrado que tenían allí un niño muriendo. Con la alegría de salvar un alma, todo se les pasaba. También ayudó la copita que yo les di¹⁶⁵.

Un bautizo que se hizo famoso

Era una época en la que yo me sentía bastante apenada, porque las capuchinos no ponían en su revista nada de las hermanas. Y aprovechando que uno de ellos (Berardo) vino con una lista de personas, para que nosotras las bautizáramos "in articulo mortis", le dije: "Está bien, nosotras los bautizaremos, pero a ustedes nunca se les ocurre poner algo de las misioneras, ni de nuestra Congregación, en su revista. Y también nosotras queremos que se entere de nuestra existencia la juventud y podamos así tener algún día personal que nos reemplace".

Y me contestó: "Seguro que va a salir en más de 2.000 revistas". Y al día siguiente, vino con su máquina y nos sacó algunas fotos. Entre ellas, me sacó a mí, bautizando a una niña que estaba muriendo. Esta foto salió tan bien, que ganó un premio en Roma y creo que aún la tienen puesta en Cas-

¹⁶⁵ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 32.

telgandolfo. Salió en más de 2.000 revistas de Propaganda Fide, en portadas y en calendario. Y así que suscitó no pocas vocaciones, incluso en España¹⁶⁶.

¹⁶⁶ Cf. Noain, Modesta, *Diario del viaje a China*, p. 31. La fotografía a que hace referencia la hermana Modesta puede verse en el *Álbum fotográfico* que se incluye al final de esta obra, p. 161.

Entonando un "Hasta luego"



A un ritmo crecientemente acelerado, todo se fue poniendo tan feo, que "desde Roma se dio la orden de retirada, aunque se dijo que los padres se quedaran un poco más para no dejar todo abandonado de repente".



Las cuatro últimas hermanas que quedaban en China, acatando el mandato de los Superiores, se dispusieron a abandonar Sifengchen, su último bastión misionero. La Superiora de esta comunidad relata así los momentos de la despedida:

 Por fin, nos decidimos a salir ¡Qué sufrimiento tan terrible al dejar toda aquella pobre gente indefensa!

Cinco niños que habíamos acogido recién nacidos y que ya tenían 4 ó 5 años nos preguntaban:

- "¿Dónde os vais?"

Creíamos que se nos partía el corazón. Era un frío 23 de enero de 1949. Nos prepararon dos tartanitas con unas ruedas separadísimas para que no se dieran la vuelta en aquellos caminos llenos de nieve (con temperaturas de 28 y 30° bajo cero).

Nos colocamos dos en cada carrito y cuando la gente nos vio ya montadas, rompieron a llorar como niños.

Al llegar a una explanada nos encontramos con el buen padre Fernando de Dima que había salido a despedirnos allí.

Al rato de separarnos del padre Fernando, llegamos a un río que estaba completamente helado. Y pasamos mucho miedo, pues las caballerías se resbalaban y, al llegar a una parte en la que el hielo no era tan grueso, se hundió una de las ruedas del carrito en el iban las dos hermanas más gruesas. Y a mí, al verlas con el carro de medio lado y las caras que ponían, me entraba la risa. Las pobres sólo pensaban quién nos podría ayudar en aquel desierto y con el tiempo que hacía. Sólo se veían lobos y otros animales que anda-

ban muertos de hambre. Menos mal que íbamos en los carros y estaban con nosotras los dos muchachos que nos cuidaban ¡Qué buenos fueron con nosotras! ¡Gracias, Dios mío! 167.

Desde Sifengchen, llegaron a Pingliang, a donde acudieron para rezar ante las tumbas de las dos hermanas que allí permanecerían para siempre, como testigos vivos de lo que había sido aquella aventura misionera de la Congregación y como signo de esperanza de un futuro regreso.

Desde Pingliang, acompañadas del padre Eduardo de Legaria, emprendieron ya –el 27 de aquel mismo mes de enero de 1949– el viaje hacia España.

En una primera etapa, llegaron a Kingchow, de donde había salido hacía unos meses para concentrarse las cuatro que quedaban en Sifengchen. Y desde Kingchow se dirigieron, en coche de línea, a Sianfú, provincia de Sensi.

El 2 de febrero, salieron, vía aérea desde Sianfú hacia Shanghai. Aquí se detuvieron algún día y asistieron a una celebración presidida por el Delegado del Papa y, al finalizar la Eucaristía hablaron con él y, llevadas por la pena que sentían al abandonar a aquella pobre gente, le dijeron:

 Deje que nos quedemos aquí, para regresar, en cuanto sea posible, a nuestra querida Misión, pues las cuatro estábamos decididas a ello, con la ayuda de Dios ¡Tal era el cariño que sentíamos por aquella pobre gente...

Nos respondió, sin embargo, que era imposible, pues los misioneros estaban abandonando ya todas las Provincias, ante el imparable avance comunista¹⁶⁸.

¹⁶⁷ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 48.

¹⁶⁸ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 48.



Salida definitiva de China

Desde Shanghai viajaron, también vía aérea, hasta Saigón:

Al bajar del avión en Saigón –cuenta la hermana Modesta – experimentamos un notable cambio de clima, pues pasamos de un frío de 28º bajo cero a una temperatura de pleno verano. ¡Y nosotras con ropa de invierno!

Nos chocó que las monjitas de la casa en que nos hospedamos aquí iban descalzas y con hábitos escotados 169.

Tras una breve estancia en Saigón, llegaron, después de una pequeña escala del avión en Abisinia, a Trípoli, donde fueron hospedadas en un elegantísimo hotel, que causó estas impresiones a las hermanas:

 Las paredes del comedor de este hotel eran todo espejos ¡Qué apuros los nuestros en medio de toda aquella gente elegante!

Nos decíamos para nosotras mismas: "Estamos hechas unas chinas de verdad, por nuestro color amarillo". Pareciera mentira, pero así era.

Las azafatas finísimas con nosotras, pues nos cogían del brazo para que no nos cayésemos. Y atentísimas en todo. Yo creo que nos parecíamos a los pastores de Belén.

En el comedor nos fijamos cómo comía la gente elegante y vimos que comían más ordinariamente que nosotras. Nos pusieron sopa de tomate (tomate y gorriones). Esperamos a ver qué hacían los elegantes y todos cogían los gorriones con las manos. Y lo mismo

¹⁶⁹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 48.

hacían con las chuletas de cordero que nos dieron después. También nos sirvieron fruta y café.

¡Qué ganas teníamos de estar solas y poder hablar tranquilas!

Nos llevaron desde el comedor a un salón y, cerquita de allí, cada una de nosotras tenía su habitación.

Cerramos la puerta del salón y dijimos:

 "Ahora es la nuestra, pues aún llevábamos con nosotras "familia numerosa" (piojos, etc.) y estábamos ansiosas por descargarla".

Nos quitamos los hábitos, nos sentamos en el suelo y porfiábamos a ver quién era la primera en encontrar algún bicho. Íbamos contando una tras otra: "Aquí, uno; aquí, otro" y así... Creo que no paramos hasta dar con todos.

¡Qué descansadas nos quedamos!

Gracias a Dios, nadie se dio cuenta de nada. Nosotras, por nuestra parte, decíamos:

- "¡Si la gente supiera lo que estamos haciendo!"

Se nos hizo tardísimo para acostarnos, pero ¡Qué tranquilas lo hicimos! Ya no vimos ningún parásito más en todo el viaje ¡Gracias a Dios! ¹70

Partiendo de Trípoli, aterrizaron en Damasco, donde, en la comida, les sirvieron un vino muy bueno y disfrutaron mucho, recordando a San Pablo.

La siguiente escala fue Siracusa, donde visitaron la tumba de Santa Lucía. La escala aquí se alargó más de la cuenta, pues el avión sufrió una avería:

¹⁷⁰ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 49.

De hecho –escribe la hermana Modesta– el avión venía haciendo un ruido tremendo y de pronto se rompió algo y nos vimos casi en el suelo o en el agua. Pero como el avión tenía 2 motores, nos pudimos salvar, gracias al que no se había estropeado. El susto fue tremendo. Creíamos que no saldríamos con vida. A todo esto, el padre durmiendo como un tronco y cuando despertó y le contamos, dijo: "Cosa de monjas". Pero, cuando se percató de la realidad, se quedó sin color¹⁷¹.

Estando en Siracusa les ofrecieron viajar a Roma o a París, y ellas, sin dudarlo lo más mínimo, dijeron: "Roma". Embarcaron, pues, en un avión de Alitalia, rumbo a la Ciudad Eterna.

Estancia en Roma

El 22 de febrero aterrizaron en el aeropuerto de Roma y fueron hospedadas en una Residencia de chicas que allí tenían las Siervas de María. "Aquí –como recordaría la hermana Modesta– no pudieron portarse mejor con ellas" 172.

Al día siguiente –el 23– se presentaron en la residencia el padre Joaquín Guillén –terciario capuchino– y los padres capuchinos Elías de Labiano y Pascual de Pamplona. Lo sucedido posteriormente en Roma, lo narra así una de las protagonistas:

 El padre Joaquín se empeñó en darnos la comunión en las Catacumbas. Tanto él, como el padre Elías, se desvivieron por enseñarnos lo principal de Roma y lo hicieron con detalle. Lo que más nos impresionó fueron

¹⁷¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 49.

¹⁷² Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 49.

las Catacumbas, la Basílica de San Pedro y, por supuesto, la audiencia particular con Pío XII (después asistiríamos también a otra audiencia general).

¡Con los deseos que había tenido yo de ver al Papa antes de ir a China y el Señor me los colmaba a la vuelta! ¡Qué emoción poderle dar la mano al Papa y estar con él con aquella confianza¹⁷³.

También visitamos al Cardenal Protector – Tedeschini – que había conocido a nuestro Padre Fundador. Al entrar en su despacho, nos arrodillamos alrededor de él y, ayudándonos a levantar, dijo:

 "Soy yo el que se tendría que arrodillar ante estas misioneras".

Este gesto nos hizo recordar la humildad y bondad de nuestro Padre Fundador.

Estuvimos también un ratito con los hermanos terciarios capuchinos—que vivían en una finca, en la que cada piso estaba ocupado por una comunidad distinta de religiosos. Apenas entramos, no sabían qué hacer por nosotras. Nos dijeron:

- "Hoy no hay clausura en esta casa. Sois nuestras hermanas".

Pasamos un rato muy a gusto, hablando de todo.

No sé si merendamos o comimos, y como queríamos ver muchas cosas, no nos pudimos entretener mucho.

Estábamos emocionadísimas. Todo nos parecía un sueño 174.

¹⁷³ La hermana Carmen Pagola añade en su Testimonio sobre China, que el Papa, al saludarlas, exclamó: ¡Ay, mi China!.

¹⁷⁴ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 49-50.



A España, pasando por Lourdes

Camino ya de España, vía férrea, se detuvieron en Lourdes, donde, emocionadas, dieron gracias a la Virgen por el feliz regreso, ya que a la ida tampoco pudieron pasar por aquí.

Después, de Lourdes ya directas a Irún:

 Al llegar aquí, nos daban ganas de abrazar a todos -cuenta una de ellas— Era una emoción tremenda. Y eso que aún no habíamos visto a familiares ni religiosas¹⁷⁵.

A continuación, llegaron a San Sebastián a las 23 h. Al parecer, las hermanas no sabían de su llegada y al llamar ellas a la puerta de la casa, la hermana Julia que les abrió empezó a gritar:

- "¡Las hermanas de China!"

Todas las hermanas se levantaron, alborozadas por la noticia y les prepararon una buena cena.

- "¡No sabían qué hacerse con nosotras!", recordaría la hermana Modesta¹⁷⁶.

Antes de salir hacia Massamagrell –la Casa Madre, donde se encontraba la Superiora General– la hermana Modesta escribió a dicha Superiora, recordándole que le había prometido que, si algún día volvía de China, la dejaría ir con su hermana Mª Cruz –también terciaria capuchina– a visitar a sus padres. Cosa que inexplicablemente le fue negada¹⁷⁷ y tuvo que ir a visitar a sus padres –a los que no veía

¹⁷⁵ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 50.

¹⁷⁶ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 50.

¹⁷⁷ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 50.

desde hacía casi veinte años– con una de las compañeras de viaje¹⁷⁸.

De paso por Madrid, se detuvieron en la comunidad de la Escuela Hogar Sagrada Familia –posteriormente Colegio Santa María Goretti– donde Modesta pudo encontrarse con su hermana María Cruz. Desde aquí visitaron también a la comunidad de la Casa de Familia Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Tanto en un sitio, como en el otro fueron muy obsequiadas.

Finalmente, llegaron a Massamagrell. Aquí les esperaban para que entraran en Ejercicios Espirituales y para, a continuación, destinarlas a distintas comunidades, pues según les dijeron: "Aún no habían hecho nada por la Congregación".

Como es de suponer, estas palabras –dichas por quienes debieron haberlas recibido con los brazos abiertos, como un día recibiera el Padre Misericordioso de la parábola al hijo que regresaba– causaron gran disgusto a las que llegaban ilusionadas de poder abrazar a sus Superioras Mayores tras largos años de incomunicación.

La hermana Modesta, recordando esas palabras que les dirigieron –a todas luces injustas y faltas de sentimientos de piedad y cariño– finalizaría así su *Diario*:

 Aunque sentimos en el alma esas palabras, las aceptamos con perfecta alegría franciscana.

Ahora sabíamos bien cuánto amábamos a la Iglesia y lo mucho que a ella le debíamos, pues nos había alimentado con una fe recia, que no nos dejó desfallecer nunca y nos mantuvo siempre fieles a la Congregación.

¹⁷⁸ Como es natural, esto fue motivo de disgusto para la hermana Modesta, que lo sintió sobre todo por sus padres, que estaban muy delicados, y que, quizá, sería la última oportunidad de estar junta toda la familia.

De no haber sido así, difícilmente hubiéramos podido mantener el favor del noviciado, que nos acompañó hasta el final.

¡Bendito sea Dios por todo. Y gracias a cuantos nos ayudaron! 179

Unos meses después de la llegada de las hermanas a España, se produjo –dentro aún del año 1949– la victoria total de los comunistas. Un poco más tarde, la Santa Sede elevó a Obispado la Prefectura de Pingliang y, en septiembre de ese mismo 1949, fue consagrado en Shanghai su primer obispo, monseñor Ignacio Larrañaga.

Pronto comenzó, en Pingliang –como sucedía también en el resto de China– la persecución metódicamente planeada, la indoctrinación marxista de los cristianos, los juicios populares contra los misioneros, la prisión del obispo con sus propios seminaristas como carceleros, y, por fin, la expulsión de todos los misioneros extranjeros 180.

Al enterarse de todo esto, la hermana Modesta exclamaría:

- ¡Cuánto hicieron pasar a aquellos padres! ¿Qué hubiese pasado si nos llegan a apresar junto a ellos? 181.

¹⁷⁹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 50-51.

¹⁸⁰ Cf. Iriarte, Lázaro, Historia de la Congregación, p. 252.

¹⁸¹ Cf. Noain, Modesta, Diario del viaje a China, p. 47.

Epílogo Se prepara el retorno



A la muerte del padre Luis Amigó, Fundador de la Congregación (en 1934), las hermanas Terciarias Capuchinas estaban presentes en *España* (desde su fundación en 1885), en *Colombia* (desde 1905), en *Venezuela* (desde 1928) y en la propia *China*, donde se habían hecho presentes en 1929.

En los años sucesivos –a causa, primero de la Guerra Civil Española (1936-1939) y a continuación de la II Guerra Mundial (1939-1945)– no se pudieron realizar nuevas fundaciones.

Ya en vísperas de que las hermanas salieran de China –el 27 de enero de 1949–, la Congregación se extendió –en el año 1948– a dos nuevos países: *Panamá* y *Brasil*. Y en el mismo año –1949– en que se cerró la presencia de China, las Terciarias Capuchinas se hicieron presentes en *Argentina*.

Posteriormente –en una especie de rosario de fundaciones– se abrieron casas en: Costa Rica (1950), Ecuador (1952), Bélgica (1956), Italia (1959), Alemania (1961), Guatemala (1961), Suiza (1962), Zaire –después República Democrática del Congo– (1971), Puerto Rico (1979), Bolivia (1980), Perú (1982) y Paraguay (1982).

Con estas fundaciones –llevadas a cabo desde 1948 y especialmente desde 1949– las hermanas habían consolidado y ampliado notablemente su presencia en *América del Sur* y *América Central*, se habían extendido también por *Europa* e incluso habían abierto una primera Casa en el *Continente Africano*.

Llamaba, sin embargo, la atención que, transcurridos –en 1982– cincuenta y tres años desde su salida de China, la Congregación no hubiera abierto aún ninguna casa en *Asia*. Esta carencia se superó, por fin, cuando, por iniciativa de la Provincia de la Inmaculada, se estableció una presencia en *Filipinas* el 24 de marzo de aquel mismo 1982.

Más tarde, se abrieron casas en: Chile (1984), Centroáfrica (1988), México (1989), Tanzania (1990), Benín (1990),

Nicaragua (1992), República Dominicana (1992), Guinea Ecuatorial (1993) y Eslovaguia (1995).

Cuando se cumplían catorce años de la primera fundación en Filipinas, la Congregación se estableció –oficialmente el 25 de marzo de 1996– en una segunda nación asiática –y en esta ocasión ya en el Asia continental– con la apertura de una Casa en *Corea*.

Casi coetáneamente a esta fundación de Corea, se realizó –también en 1996– la de *Polonia* y, a continuación, las de *Cuba* (1998) y *Honduras* (2001).

Fue, sin embargo, a partir más o menos de 2006, cuando las hermanas apostaron fuerte y decisivamente por una extensión más amplia de la Congregación en Asia. Y fue, a raíz de esta apuesta y compromiso, que el 12 de junio de 2008 se hicieron presentes en Rameswaram (*India*)¹⁸²; el 11 de diciembre de 2011, iniciaban su presencia en Madampela (*Sri Lanka*) y el 25 de marzo de 2015 fundaban en Ho-Chimhin (*Vietnam*).

Al tiempo que se realizaban estas últimas fundaciones en India, Sri Lanka y Vietnam, las hermanas iban mirando, cada vez con más ilusión y decisión, su regreso a China.

Uno de los hechos que más significativamente influyó en el renacer del sueño chino –si es que se puede hablar de renacer de algo que siempre había estado presente, de forma más o menos explícita en el ánimo de las hermanas– fue la llegada a Filipinas de Teresa Lan Hong Yan, la primera vocación china¹⁸³.

Poco después de la llegada de esa primera vocación china, la hermana Elena Echavarren, Delegada General de Fi-

¹⁸² Esta primera presencia en India se amplió –el 26 de noviembre de 2013– con una segunda casa en Trichy.

¹⁸³ Es significativo que ya dos de las grandes fundaciones misioneras de la Congregación –la de *Colombia* y la de *Venezuela* –habían estado

lipinas, acompañada de la hermana Dora María, visitaron China –y en especial la zona en que se movieron las hermanas misioneras– del 16 al 24 de octubre de 2006. Era la primera vez que unas terciarias capuchinas pisaban tierra china desde que salieron del país las últimas cuatro hermanas que habían quedado, a principios de febrero de 1949.

Ante el arraigo y expansión que la Congregación iba experimentando en el Continente Asiático, el 11 de marzo de 2008, el Gobierno General creó la Viceprovincia General "Santa Clara" de Asia, con las cinco casas que entonces existían ya en Filipinas, las dos de Corea y la que ya estaba próxima a abrirse en la India. En el mensaje que acompañó el Decreto de creación de esta Viceprovincia, la Superiora General, entre otras cosas, ya decía: "Filipinas, Corea, India y en un futuro no lejano China, es la viña que el Señor os entrega para trabajarla" 184.

Pasados cinco años de la creación de la Viceprovincia de Asia, las hermanas reunidas en el II Capítulo Viceprovincial –celebrado del 21 al 24 de febrero de 2014¹⁸⁵– adquirieron el compromiso de regresar a China.

En sintonía con este compromiso capitular, la hermana Ángela, en compañía de la hermana Clara, visitaron tam-

precedidas por la llegada al Noviciado de dos vocaciones nativas: la de la colombiana Gregoria Armenta Calvo y la de la venezolana Mª Angélica Pérez Mármol. Y que en estos dos casos, las hermanas interpretaran dichas llegadas como un signo de que la Providencia las quería en esas naciones. Ahora, con la llegada de Teresa Lan se despertaba, de alguna manera, un sentimiento similar en las hermanas y empezaban a plantearse que era llegada la hora de regresar a China.

¹⁸⁴ Cf. Hoja Informativa. Curia General, n. 13 de junio de 2008.
185 El I Capítulo de esta Viceprovincia se había celebrado del 7 al
11 de abril de 2010.

bién –del 7 al 12 de julio de 2014– los lugares de China más entrañables para la Congregación.

Al finalizar dicho viaje, la hermana Ángela expresó, entre otros, estos *desafíos y posibilidades*:

- El Papa nos está llamando a impulsar la misión en Asia, y el tiempo de volver a China es ya un desafío, porque si lo posponemos más, llegaremos demasiado tarde...
- Urge mantener contactos vía e-mail con las personas
 -obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares- que
 hemos conocido en China y volver aquí de forma regular
 (al menos tres veces al año) y muy especialmente en vera no para ayudar en catequesis y participar en las jornadas
 de jóvenes...
- Respecto a la fundación de China es, además, algo urgente planear con antelación y definir la situación de las hermanas chinas. Ellas no deberían ser destinadas a otro lugar distinto a su tierra. De lo contrario, sería como quitarle la única oveja al pobre (Cf. 2 Sam. 12, 1-4). Hay que definir sus estudios, alimentar sus esperanzas y ser prácticas, consecuentes y claras con ellas, pues es sabido que, debido a su lengua, ellas no pueden desempeñar el apostolado más eficazmente que en su país.
- Además, las posibilidades evangelizadoras son inmensas...

 Tenemos la bienvenida del Obispo de Xi'an; contamos con cuatro hermanas chinas profesas –regalo de Dios, fruto de la visión de futuro de hermanas que apostaron por recibirlas—; contamos con la bendición anticipada del Padre Fundador y la intercesión de nuestras hermanas que fueron misioneras en China; tenemos el apoyo de la Congregación y de la Iglesia misionera, y contamos también –¿cómo no?— con el Espíritu Santo que es quien impulsa la misión, con la Divina Providencia que nunca nos ha fallado, con

muchos pobres y creyentes que no están atendidos ni acompañados y con otros muchos no creyentes que esperan aún el anuncio del Evangelio.

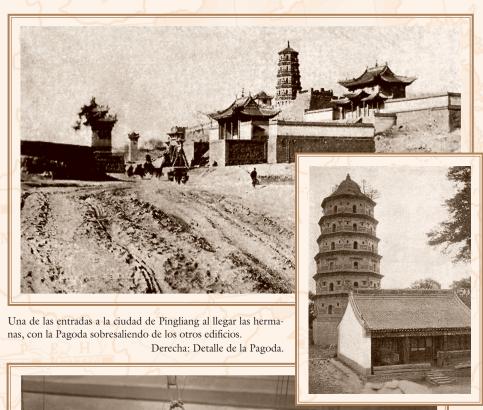
Álbum fotográfico



Fundadoras en China (1929): 1. Guadalupe de Meliana. 2. Pilar de Altura. 3. Modesta de Oroz-Betelu. 4. Leontina de Pamplona. 5. Pacífica de Anna. 6: Catalina de Sesma.



La 1ª expedición a bordo del vapor Saarbrüchen: 1. Leontina de Pamplona. 2. Catalina de Sesma. 3. Amelia de Oroz-Betelu. 4. Pacífica de Anna. 5. Guadalupe de Meliana. 6. Pilar de Altura.





Barco en que la 1ª expedición viajó de Shanghai a Tientsin. A pesar de su mala calidad, logran distinguirse: 1. Guadalupe de Meliana. 2. Pilar de Altura. 3. Amelia de Oroz-Betelu. 4. Catalina de Sesma. 5. Pudiera ser Leontina de Pamplona y 6. Sería Pacífica de Anna.



Hermanas de la 2ª expedición: 1. Marina de Iturmendi. 2. Agustina de Sesma. 3. Liberata de Azcona. 4. Imelda de Yelz. 5. Milagro de Ororbia.



La segunda expedición a bordo del vapor *Coblenz*. Se distinguen: 1. Imelda de Yelz. 2. Milagro de Ororbia. 3. Marina de Iturmendi. 4. Liberata de Azcona. 5. Agustina de Sesma.



Las hermanas de la 2ª expedición, junto con los misioneros que las acompañaron, a su llegada a Pingliang: 1. Marina de Iturmendi. 2. Imelda de Yelz. 3. Liberata de Azcona. 4. Agustina de Sesma. 5. Milagro de Ororbia.



Las hermanas en Pingliang, después de la llegada de la 2ª expedición y antes de la fundación de *Sifengchen*: 1. Milagro de Ororbia. 2. Agustina de Sesma. 3. Marina de Iturmendi. 4. Imelda de Yelz. 5. Liberata de Azcona. 6. Leontina de Pamplona. 7. Catalina de Sesma. 8. Guadalupe de Meliana. 9. Pacífica de Anna. 10. Amelia de Oroz-Betelu.

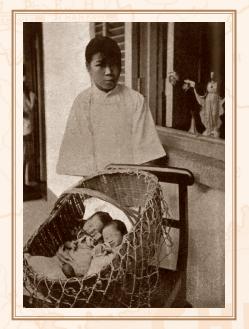




Instantáneas del dispensario de Pingliang en su primera época.



Grupo de la Santa Infancia de Pingliang junto a hermanas y padres capuchinos.



Muchacha de la Santa Infancia, junto a dos pequeñas recogidas en la Misión de Pingliang.



Niño de la Santa Infancia rezando ante el Niño Jesús en la Cruz, traído por las hermanas.



Las hermanas acogen en la Misión unas niñas abandonadas, que les trae un señor. Aparecen en la foto: 1. Liberata de Azcona. 2. Amelia de Oroz-Betelu y 3. Catalina de Sesma (la otra hermana no se puede identificar).



Hermanas y ayudantes en el planchado y arreglo de ropa.



La hermana Liberata de Azcona, con niños de la Santa Infancia.

CHINA



Patio de recreo de las *Escuelas* de la Misión de Pingliang, con su campo de baloncesto y su columpio. La foto debió sacarse antes de la fundación de Sifengchen, pues en ella aparecen un total de seis hermanas. Y desde la fundación de Sifengchen ya no hubo más de cinco en cada una de las casas.

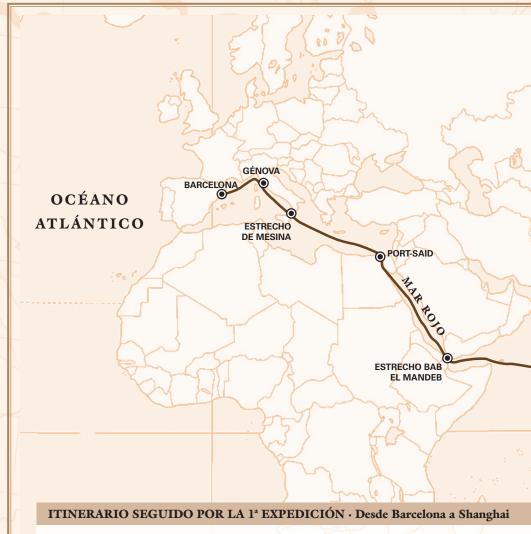


Niños de la Santa Infancia comiendo al aire libre.





Instantáneas de un funeral en una de las Misiones en que estuvieron las hermanas. En ellas se pueden apreciar elementos típicamente chinos. El funeral muy bien pudiera ser el de alguno de los capuchinos fallecidos allí, o incluso el de alguna de las tres hermanas que reposan en China.



Puertos que tocaron camino de China:

10-11-1929 Salen de Barcelona.

11-11-1929 Llegan a Génova.

15-11-1929 Salen de Génova.

17-11-1929 Pasan el estrecho de Mesina.

20-11-1929 Llegan a Port-Said.

21-11-1929 Salen de Port-Said para pasar Canal de Suez.

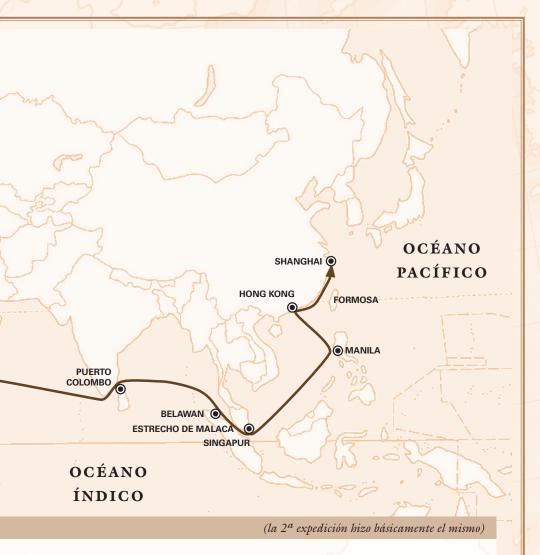
22-11-1929 Pasan por el Mar Rojo.

25-11-1929 Pasan la gran isla de Dahlak (a las 12'30 h.), y después por un sitio donde había 10 ó 12 islas pequeñas (16 h.). 26-11-1929 Pasan estrecho Bab el Mandeb

(8 a.m.). Bordean Islas Perim.

27-11-1929 Pasan unas 5 islas (Sawabi Island).

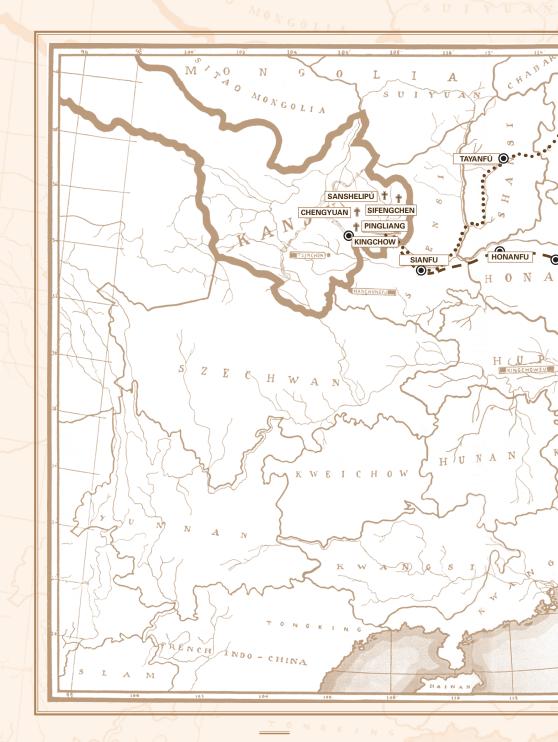
28-11-1929 Pasan unas cuantas islas casi juntas,



Socotra y archipiélago de Yemen, y salen del Golfo del Mar Índico, Golfo de Adén (10 a.m.). 4-12-1929 Llegan a Puerto Colombo (6'30 a.m.) A las 15 h. salen de este puerto. 9-12-1929 Llegan a Belawan (8 a.m.). A las 00 h. salen de este puerto. 10-12-1929 Estrecho de Malaca.

11-12-1929 Llegan a Singapur (7 a.m.).

A las 18 h. salen de este Puerto. 12-12-1929 Entran en el Mar de China. 16-12-1929 Llegan a Manila (12 meridiem). 17-12-1929 Salen de Manila a las 17 h. 19-12-1929 Llegan a Hong Kong (19 h.). 21-12-1929 Salen de Hong Kong. 23-12-1929 Llegan a Formosa (8 a.m.). Salen de aquí a las 17 h. 25-12-1929 Llegan a Shanghai (8 a.m.).





ITINERARIO TERRESTRE Seguido por la 1ª y 2ª expedición de las Hermanas

米

••••• 1^a expedición

— 2^a expedición



La hermana Amelia (Modesta) bautizando a una niña que se estaba muriendo. Esta foto apareció en muchas revistas de *Propaganda Fide*. Se hicieron de ella también estampas y calendarios y fue colocada, incluso, en uno de los pasillos del Palacio del Papa en Castelgandolfo (cf. arriba, p. 139-140).



Pingliang en 1935 ó 1936. La foto está tomada delante de la casa construida para las hermanas en 1933 en forma de pagoda. Aparecen las hermanas: 1. Amelia de Oroz-Betelu. 2. Marina de Iturmendi. 3. Milagro de Ororbia. 4. Leontina de Pamplona. 5. Liberata de Azcona. Entre los invitados se encuentran seguramente el doctor Mei con su esposa e hijos.



Capilla de la nueva Casa de las hermanas en Pingliang, construida en 1933. Junto al cuadro del *Sagrado Corazón*, que preside, se encuentran: la Virgen del Perpetuo Socorro (a la izquierda) y uno de la Sagrada Familia (a la derecha). Las imágenes son: la de San Francisco (a la izquierda) y la de Santa Teresa de Liseux (a la derecha).



Santa Infancia de Sifengchen en 1940. Aparece la hermana Liberata de Azcona.



Alumnas de una de las Escuelas de Pingliang hacia 1936. Aparecen las hermanas: 1. Marina de Iturmendi. 2. Liberata de Azcona. 3. Modesta de Oroz-Betelu. 4. Leontina de Pamplona. 6. Agustina de Sesma.



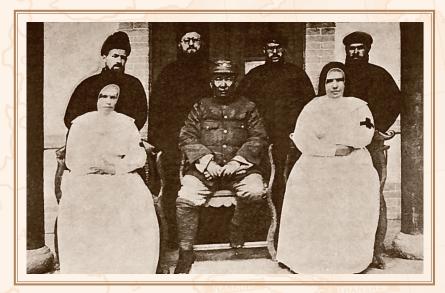
Alumnas de otra de las Escuelas de Pingliang, sacada el mismo día que la de arriba. El orden de las hermanas es el mismo que el de la foto superior.



Fotografía sacada en Sifengchen el 12 de septiembre de 1939. Aparecen las hermanas: 1. Guadalupe de Meliana. 2. Leontina de Pamplona. 3. Agustina de Sesma.



Uno de los patios de la Misión de Sifengchen.



Entrada al Hospital de Sangre de Sanshelipú. *Aparecen sentados de izquierda a derecha:* la hermana Milagro de Ororbia, el general mahometano Manjongping y la hermana Liberata de Azcona (cf. arriba, p. 71-72).





Arriba: Documento de Identidad chino de la hermana Amelia de Oroz-Betelu.

Izquierda: Foto tomada probablemente en diciembre de 1940, cuando se reunieron en Pingliang las dos comunidades para hacer los Ejercicios Espirituales. Aparecen:

- 1. Milagro de Ororbia.
- 2. Amelia de Oroz-Betelu.
- 3. Guadalupe de Meliana.
- 4. Leontina de Pamplona.
- 5. Agustina de Sesma.
- 6. Liberata de Azcona.
- 7. Marina de Iturmendi.
- 8. Imelda de Yelz.







Arriba izquierda: Hermana Milagro de Ororbia, fallecida en Paishui el 6 de enero de 1943 (cf. arriba, p. 101-102).

Arriba derecha: La niña Guadalupe Tsang, fallecida en Sifengchen el 8 de octubre de 1945 y enterrada allí junto a su querida Male, la hermana Guadalupe de Meliana, que había fallecido el 1 de septiembre de ese mismo 1945 (cf. arriba, p. 104).

Foto sacada en Pingliang, en enero de 1943, cuando las hermanas de Sifengchen llegaron a esta ciudad, acompañando los restos de la hermana Milagro de Ororbia. En la foto, junto a varias religiosas chinas de la Casa de Pingliang, aparecen las hermanas:

- 1. Leontina de Pamplona.
- 2. Agustina de Sesma.
- 3. Marina de Iturmendi.
- 4. Amelia de Oroz-Betelu.



Foto sacada el 22 de enero de 1949, día en que se despedían de la Misión de Sifengchen las cuatro hermanas que quedaban en China. Son, de *izquierda a derecha:* Leontina de Pamplona, Agustina de Sesma, Amelia de Oroz-Betelu y Liberata de Azcona.

CHINA

